

# Bogotá cuenta

ESCRITOS BAJO UN MISMO CIELO





“Los talleres son espacios donde se exponen los textos a las críticas y sugerencias del director y los compañeros; eso me impulsó a participar, pues son estos factores los que enriquecen y perfeccionan el oficio de escribir. Son el mejor termómetro para saber cómo escribo y lo que puedo hacer para afinar la pluma”.

JHON JAIRO MUÑOZ CÁRDENAS,  
padre de familia, peluquero y escritor.  
Taller de Chapinero.

“Contrario a lo que se ha dicho durante décadas, yo creo, enfáticamente, que sí se puede enseñar a escribir. Si no lo creyera, con honestidad, renunciaría al trabajo que he venido desarrollando durante doce años como director de talleres de creación literaria”.

CARLOS CASTILLO QUINTERO,  
director del Taller de Cuento de Bogotá.

“Están la técnica y los libros recomendados, pero también hay textos leídos, risas y comentarios. Un lugar lleno de experiencias donde dialogan, casi que bailan, distintos puntos de vista que se escriben, borronean, corrigen y leen. Los talleres son espacios de creación, discusión y trabajo; formación alternativa en la que todos pueden participar”.

ORIANA CORTÉS,  
antropóloga.  
Taller de Usaquéen.

“Como lector, también aprendí mucho al tener que leer los textos de mis compañeros con mucha atención, pensando más allá de la simple lectura. Siento que también es un acto de generosidad cuando se te ocurren otras ideas con respecto al cuento de alguien más y se las puedes compartir”.

MAURICIO MONTES,  
realizador de cine y televisión y escritor.  
Taller de Cuento de Bogotá.

“Tuve un participante de unos 57 años, un ingeniero de sistemas, con todo solucionado en su vida, familia, casa, todas esas cosas, y siempre había querido ser escritor. Y se atrevió y empezó a contar un día de viaje en tren en 1965, con lujo de detalles; fue un ejercicio de memoria hermosísimo y nostálgico. Él mismo se sorprendió con el resultado”.

CRISTIAN VALENCIA,  
director del Taller de Crónica de Bogotá.

“Todos los aprendizajes son posibles siempre y cuando existan intereses claros; los míos estaban dirigidos a comprender y aprender cuál era el lugar de la escritura desde el que me encontraba y a qué construcciones como mujer escritora iba a llegar. Desde ahí nace el interés por formar parte de un taller de escritura”.

MÓNICA MARITZA CASTRO,  
licenciada en artes visuales y escritora.  
Taller de Ciudad Bolívar.

“Una vez a la semana aparecíamos en un aula, para convertirla en un espacio de discusión abierto y respetuoso, donde los clásicos y los escritores consumados tenían que compartir su papel estelar con nosotros: los embriones de la literatura”.

LUCAS H.,  
estudiante de medicina.  
Taller de Los Mártires.



# Bogotá cuenta

ESCRITOS BAJO UN MISMO CIELO



## **Alcaldía Mayor de Bogotá**

Secretaría Distrital de Cultura,  
Recreación y Deporte

*Clarisa Ruiz Correal*

Secretaria de Cultura, Recreación y Deporte

Dirección de Lectura y Bibliotecas

*Yaneth Suárez Acero*

Directora (e)

## **Instituto Distrital de las Artes – IDARTES**

*Santiago Trujillo Escobar*

Director General

*Bertha Quintero Medina*

Subdirectora de Artes

*Valentín Ortiz Díaz*

Gerente del Área de Literatura

*Paola Cárdenas Jaramillo*

Profesional especializado

*Javier Rojas Forero*

Profesional universitario

*Mariana Jaramillo Fonseca*

Contratista

*Daniel Chaparro Díaz*

Profesional universitario

*Carlos Ramírez Pérez*

Profesional universitario

## **Cámara Colombiana del Libro**

*Enrique González Villa*

Presidente

*Diana Carolina Rey Quintero*

Directora Feria Internacional del Libro de Bogotá

*Adriana Martínez-Villalba*

Coordinadora Cultural

*Adriana Montoya*

Coordinadora de Comunicaciones

Primera edición: Bogotá, abril de 2014

© De los autores

© De la edición: Instituto Distrital de las Artes – IDARTES.

Todos los derechos reservados. Esta obra no puede ser reproducida, parcial o totalmente, por ningún medio de reproducción, sin consentimiento escrito del editor.

[www.idartes.gov.co](http://www.idartes.gov.co)

isbn 978-958-58335-5-5 (impreso)  
isbn 978-958-58335-8-6 (epub)

*Melba Escobar de Nogales*  
Edición

*Fredy Javier Ordoñez*  
Corrección de estilo

*La Silueta*  
Diseño gráfico y fotografía

*eLibros Editorial*  
Producción eBook

Hecho en Colombia  
Junio de 2014

# Bogotá cuenta

ESCRITOS  
BAJO UN MISMO  
CIELO

# ÍNDICE

## Presentación

Santiago Trujillo

Director General Instituto  
Distrital de las Artes –IDARTES

## Prólogo

Melba Escobar

Editora

## Otro decálogo inútil

Darío Jaramillo Agudelo

### TALLER DE CUENTO

## Entrevista a Carlos Castillo Quintero

## Trixie y los Pielroja

Mauricio Montes

## Desidia

Santiago Jiménez

### TALLER VIRTUAL

## El horror de la vida diaria

María Cuesta

## Ideografía

Diana Carol Forero

### TALLER DE USAQUÉN

## Entrevista a Andrea Salgado

## Mi funny Valentine

Oriana Cortés

### TALLER DE CHAPINERO

## Después de misa

Jhon Jairo Muñoz

### TALLER DE SANTA FE



**100% perfecto**  
Fabio Alexander Pulido

TALLER DE SAN CRISTÓBAL

**Lo que pasa en mi calle**  
Johana Naranjo

TALLER DE KENNEDY

**Oficina de cartas muertas**  
Jair Roberto Vargas

**Cartas para no llorar**  
Melissa Cobo

TALLER DE FONTIBÓN

**El desfiladero**  
Hugo Hernández

TALLER DE ENGATIVÁ

**Alimento para gatos**  
Daniel Suárez

TALLER DE SUBA

**Así se escribe un final**  
Juan Manuel Silva Cely

TALLER DE BARRIOS UNIDOS

**Esquirilas**  
Diego Niño

**No nos enseñaron a apagar el fuego**  
Jafitza Quipo

TALLER DE TEUSAQUILLO

**Yo tengo un amigo que me ama**  
Linda López

**A la vuelta de la esquina**  
Lina Munar

TALLER DE LOS MÁRTIRES

**Entrevista a Rafael Cely**

Susana se tragó el universo

Lucas H.

Hacía falta una mujer

David Moreno

TALLER DE CIUDAD BOLÍVAR

Belleza post mórtem

Mónica Maritza Castro

Lejanías

Luis Carlos León Páez

TALLER DE SUMAPAZ

Juegos que no pasan de moda

Grupo Tunal Bajo

Niñez sin juegos

Grupo Tunal Bajo

Coplas

Luis Alfredo Romero

TALLER DE CRÓNICA

Entrevista a Cristian Valencia

Incendio en los patios

Sergio Roldán

Desde estos ojos

Karol Ramírez

TALLER DE NOVELA

Entrevista a Pedro Badrán

DIRECTORES DE TALLER

# Presentación

Santiago Trujillo

Director General Instituto  
Distrital de las Artes –IDARTES

La escritura es uno de los medios a través de los cuales es posible recorrer los mundos interiores de quienes escriben, sus recuerdos, sus sueños, sus sentimientos. A partir de este escenario íntimo es, también, posible relacionarse con el entorno y con los otros. Desde este universo particular se ve la realidad, y se actúa en los escenarios de la vida pública, en la ciudad, y allí, la escritura recobra un valor fundamental porque se revela como una de las formas para relacionarse con el mundo, para comprenderlo, criticarlo, para resignificar experiencias.

Para una ciudad como Bogotá, construir y conservar espacios dedicados a la escritura, hace posible que los ciudadanos se pongan en contacto con otros y puedan darle vida a sus propias historias, puedan afirmar su propia voz, y así mismo entender aquello que los rodea, verlo con otros ojos, transformarlo. En este sentido, escribir es una clara forma de ejercer la ciudadanía a través de la palabra, de la narración. Por esta razón, para la Alcaldía Mayor de Bogotá, la Secretaría de Cultura Recreación y Deporte y para el Instituto Distrital de las Artes IDARTES, es un honor presentar esta compilación que da cuenta de los procesos que se han vivido en el marco del proyecto Escrituras de Bogotá: evidencia del talento existente y del lugar central de los talleres de literatura en la dinámica cultural de nuestra ciudad como una forma de expresión de las individualidades y diversidad de sus habitantes. Relatos y textos que nacen desde de los diferentes orígenes, edades, condiciones y ocupaciones de sus autores, que comparten la inquietud por la escritura, el anhelo de acercarse al oficio.

Escrituras de Bogotá, con los Talleres Distritales Ciudad de Bogotá, asociados a Relata, y la Red de Talleres Locales de Escritura, permite que

Bogotá sea un territorio que se piense desde la literatura, la lectura y la escritura; desde lo local, haciendo que sus habitantes puedan usar la palabra escrita para narrar sus experiencias y fantasías en una ciudad diversa, cambiante e incluyente. Escrituras de Bogotá es una iniciativa que requiere de constancia en el tiempo para que quienes asisten a los talleres continúen después de ellos sus procesos individuales y puedan, con el tiempo, convertirse en las voces que más adelante cuenten quienes somos.

# Una huerta para la literatura

## Prólogo de la editora

La selección de historias que usted encontrará a continuación tiene mucho valor, a niveles muy diversos. Para empezar hay relatos extraordinarios, que bien podrían hacer parte de una antología sobre el nuevo cuento latinoamericano. Y aun los que no serían seleccionados en esa antología hipotética, los que no están preparados todavía para ganarse un premio, dan muestras de tener algo único e irrepetible.

Para empezar, han sido escritos por personas que en su inmensa mayoría están entrando en contacto con la pluma y la tenebrosa hoja en blanco por primera vez. Muchos llegan a los talleres de escritura creativa (estudiantes, controladoras de tránsito, peluqueros, amas de casa, pensionados) por una curiosidad, una pulsión, un deseo oculto y, casi todos, encuentran un refugio, una comunidad, una suerte de hogar donde juntarse con personas que comparten sus intereses y anhelos.

Hay quienes pasan años al acecho de un encuentro que les ayude a darle un sentido a su cotidianidad, o un oficio que los motive más allá de las rutinas y obligaciones, como hay quienes nunca encuentran con quien conversar sobre una obsesión que les desvela. También hay quienes tienen una historia atragantada, aquella que no llega a salir sin la ayuda de un maestro que sepa hacer las preguntas apropiadas.

Pues bien, los talleres son espacios para esos encuentros transformadores, muchas veces definitivos. Son lugares para el desahogo, la comunicación en su sentido más hondo, el descubrimiento. También son una pequeña huerta donde se siembra y, a menudo, se cosecha literatura; son espacios para crecer gracias al intercambio con otros creadores,

motivados por un maestro que, como el buen jardinero, sabe regar la semilla y acercarla a la luz.

Los cuentos, poemas y crónicas que se encuentran en estas páginas son el fruto de esa semilla. En algunos casos, los lectores encontrarán robustos urapanes; en otros, apenas un capullo, una promesa de lo que vendrá.

Lo cierto es que en todos hay belleza, intensidad, originalidad, el susurro de una voz propia, o bien el primer brote de aquello que con mucha dedicación, un día, podrá ser exuberancia literaria.

Entre las historias, respira la violencia de los tantos pueblos remotos del territorio nacional. También está la ironía bogotana y su capacidad para reírse de los males propios y ajenos. No falta alguna historia de amor no correspondido en una ciudad que aparece a veces gris y lluviosa, y otros días soleada, siempre con gatos en los tejados y pandillas de perros callejeros merodeando las calles. No se encuentra ausente la señora de los tintos, el paquete de Pielroja, el campesino inmigrante, las estafas, los paraguas y los campus universitarios desde donde el futuro parece infinito.

La compilación, como podría esperarse, da cuenta de una ciudad amplia, expansiva y diversa, donde han encontrado un hogar personas venidas de todas las regiones de Colombia y por toda clase de razones. Para bien o para mal, este hogar no siempre cálido, y tan a menudo disfuncional, es a su vez un espacio literario que se construye desde el barrio y, más exactamente, desde la localidad.

Bogotá se divide en veinte localidades, y la Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte a través de la Gerencia de Literatura de IDARTES ha querido apostarle a tener un taller en cada una de ellas. Así, de los cuatro talleres que se tenían habitualmente: Cuento, Crónica, Novela y el Taller Virtual, se sumó uno por localidad. De esta manera, la huerta ha sextuplicado su número de beneficiarios.

La formación de una red de talleres de escritura creativa obedece también a la creciente demanda de personas interesadas, con respecto a los cupos disponibles.

El deseo por acercarse a la literatura y la responsabilidad de facilitar este encuentro son la base para la generación de esta red, la cual se propone acompañar muchos de los talleres ya existentes en las localidades, para vincularlos y ofrecerles apoyo.

Es así como a los veinticuatro (los fundacionales, más los veinte que entran a la red) se les pide hacer una selección de los textos más preparados



para hacer parte de una colección. Los directores de taller tienen a su haber la difícil tarea de elegir y presentar sus escogidos, para una selección definitiva.

Vale decir que fueron elegidos una tercera parte de los textos postulados. Los directores hicieron un trabajo juicioso al recopilar este material que previamente había sido trabajado en el proceso editorial y de corrección que se adelanta en el taller. Los textos que encontrarán a continuación han pasado por dos filtros: el de los directores de taller y el del proceso editorial.

Las personas que participan de estos talleres llegan espontáneamente a través de una convocatoria que los invita, de forma gratuita, a vincularse a un proceso de formación de cuatro meses y sesenta y cuatro horas de intensidad. Es por esto que los escritos elegidos llegan a estas páginas por medio de un proceso incluyente, de puertas abiertas. Los participantes con quienes tuve oportunidad de hablar manifiestan haber encontrado lo que buscaban: un espacio para darle vida a una idea, satisfacer una curiosidad o encontrar una tribu. Algunos han iniciado blogs, clubes de lectura, tertulias, e incluso han comenzado a generar publicaciones propias.

Así mismo el taller, donde la literatura es una experiencia ligada al territorio, guiada por un maestro con más preguntas que respuestas, nos permite saber qué cuenta Bogotá cuando las personas pueden acercarse a las palabras de manera desprevenida, por el simple interés de contar una historia, de buscar una voz propia, de darle vida a una experiencia, un sueño, un recuerdo, una pesadilla.

Es decir, en el taller se cuece la literatura por la literatura, sin más. Y esto pasa lo mismo en la zona industrial de Puente Aranda, que en la dividida entre violentos y pacifistas de Ciudad Bolívar; pasa en La Candelaria antigua, como en esa ciudad dentro de la ciudad que es Kennedy. Y, sin embargo, muchas veces, como ocurre en la literatura, la gente busca mirar hacia fuera, hacia otro barrio, otro municipio, otro país, incluso otro universo.

No es de extrañarse que los personajes tengan nombres en inglés o que los sucesos tengan lugar en otras galaxias. Hay tanta originalidad e imaginación, como hay rastros de lo que somos. Una ciudad donde convergen personas de todas partes del país. Una ciudad que ha sido refugio de la violencia, pero también donde ésta se vive a diario. Una ciudad cosmopolita y sofisticada, así como una ciudad agresiva y desigual.

La selección incluye cuento, el género predominante en número y calidad, así como crónica y poesía. En el caso de la localidad de Sumapaz, territorio rural que se adhiere a la ciudad como la localidad 20, hay un par de textos escritos a varias manos, donde se busca explorar algunas de las tradiciones de la comunidad campesina de la región. Así mismo, en un despliegue de admirable dominio del género, las coplas se destacan por su rareza frente a un contenido predominantemente urbano.

No queda más que esperar que éste sea un libro para pasar de mano en mano, subrayar, regalar, cargar a todas partes y comentar en los talleres, en un ejercicio crítico que no debe acabar nunca, y mucho menos cuando aparece el libro impreso.

Junto a los veinticuatro textos que integran esta colección, se encuentran cuatro entrevistas a experimentados directores de taller hablando de sus métodos, recomendaciones y autores de cabecera, entre otros.

Y como la cereza en el pastel, el “Decálogo inútil” de Darío Jaramillo Agudelo, texto inédito del narrador y poeta colombiano, no es solo un texto delicioso sino un antirrecetario pavorosamente lúcido de lo que debería tener en cuenta todo aprendiz de escritor.

Solo me resta decir que para ser el producto de un proyecto piloto la calidad de los textos es realmente buena. Ojalá esta colección sea la primera de muchas por venir, y un antecedente para expandir la literatura por la ciudad como quien riega una semilla. Los frutos ya los verán los que siguen. Y que siga creciendo la huerta.

Melba Escobar de Nogales

*Abril 8 de 2014*

# Otro decálogo inútil

Darío Jaramillo Agudelo

Hace pocos años, invitado por el posgrado de escrituras creativas de la Universidad Nacional, les decía con otras palabras que no conozco ninguna ley universal sobre el asunto de escribir poesía o novela o cuento o ensayo o crónica o libreto.

Estamos ante un caso extremo de patafísica, aquella ciencia integrada por leyes universales de un solo caso. Cada uno tiene su propio método, sus propios tics, sus propias costumbres.

Les hablaba de que no existe un decálogo para la escritura creativa. Eso les dije y, al oírme ante ellos, supe que debía investigar el tema de los decálogos para escribir.

El resultado de esa inmersión fue un “Collage sobre los decálogos para escritores” que aparecería en noviembre de 2011 en el número 125 de *El Malpensante*.

Se trata de un recorrido por casi cien decálogos para escritores donde se nota que donde uno dice blanco otro puede decir negro. Por ejemplo, Stephen Vizinczey, Colm Tóibín y Richard Ford prohíben mezclar la bebida con la escritura mientras Augusto Monterroso la aconseja.

El anterior es sólo un ejemplo de varios asuntos en los que los *decalogadores* no están de acuerdo entre sí. Pero —eso sí—, oh limitada imaginación humana, los temas de esos decálogos son básicamente los mismos. Con una excepción entre los decálogos que investigué, todos los demás aconsejan leer y mencionan autores obligatorios (Cervantes, Chejov, Kipling, Felisberto Hernández, Borges, Rulfo, García Márquez, y sólo menciono algunos). Con respecto a la lectura, sin embargo, creo que debo citar textualmente el decálogo de Vizinczey:

“7. No dejarás pasar un solo día sin releer algo grande. En mi adolescencia estudié para ser director de orquesta, y de mi educación musical adopté una costumbre que considero esencial para los escritores: el estudio constante y diario de las obras maestras. La mayor parte de los músicos profesionales de dicha categoría conocen de memoria centenares de partituras; la mayor parte de los escritores, en cambio, solo tienen el más vago recuerdo de los clásicos, lo cual explica que haya más músicos expertos que escritores expertos. Un violinista que poseyera la técnica de la mayor parte de los novelistas publicados no encontraría nunca una orquesta en la que tocar. Lo cierto es que solo absorbiendo las obras perfectas, los modos específicos inventados por los grandes maestros para desarrollar una toma, construir una frase, un párrafo, un capítulo, se puede aprender todo lo que hay que aprender sobre la técnica. Nada de lo que ya se ha hecho puede decirte cómo hacer algo nuevo, pero si comprendes las técnicas de los maestros tienes más posibilidades de desarrollar las propias. Para decirlo en términos de ajedrez: aún no ha existido un gran maestro que no conociera de memoria las partidas de campeonato de sus predecesores”.

Hace poco conocí las palabras de posesión como académico de la lengua del sin par narrador mexicano Élmer Mendoza. Como estoy seguro de que nadie aquí oyó a Élmer, me siento en libertad de repetir algunas de sus palabras, que están ni pintadas para una ocasión como ésta. Con esa prosa suya tan coloquial y tan sabia, lo primero que suelta es que “nadie puede escribir una novela si antes no ha leído quinientas”.

Luego Mendoza se refiere a tres divisas, no sé cómo decirlo, tres brújulas, que puede resumir en frases. La primera es “tomar el toro por los cuernos”: “Tomar el toro por los cuernos, lo interpreté como crear a pesar de todo: de mis limitaciones, el cansancio, falta de método, incultura, debilidades físicas, modas; era también una advertencia para que en vez de contar mis ideas a mis amigos en los cafés hiciera llover sobre la hoja o sobre la pantalla. Órale. Me pareció tan sencillo y tan duro”.

La segunda es intentar escribir una línea que nadie haya escrito antes. Cito a Élmer Mendoza: En esa acción de leer cien libros al año cayó en mis manos una novela autobiográfica: *Mi Dagestan*, cuyo autor no recuerdo, pero era un comisario de cultura de algún pueblo de esa pequeña república soviética con costa en el mar Caspio. Al que sí recuerdo es a Abutalib, un

poeta analfabeto de 80 años, personaje al que el comisario invitó a la primera reunión de un taller de poesía. Abutalib escuchó atento las ideas del coordinador del taller y las de un joven poeta que fue expulsado por negarse a escribir sobre las bondades del socialismo, obreras felices y *mujik* sonrosados. El poeta, que vivía en las afueras del pueblo, no volvió a las reuniones que eran semanales. Dos meses después el comisario, preocupado por su salud, fue a visitarlo, al llegar vio salir al joven poeta al que saludó de mala gana. En cuanto encontró a Abutalid le reclamó: “Cómo es posible que pierdas tu tiempo con ese tipo, un imbécil, un renegado, un pequeño burgués, ¿por qué lo recibes? Abutalib fue tajante: Porque él ha escrito una línea que nadie ha escrito”.

La tercera vino por boca de un amigo suyo, Gonzalo Celorio: “Luego leyó uno de mis cuentos y me dio la clave que debía sumar a lo demás: Tener voluntad de estilo, un precepto que imbriqué a los otros dos y empecé por el principio. Firme, porque como decían mis mayores, quien ha empezado ha recorrido la mitad del camino”.

En verdad, el discurso de Élmer Mendoza no tiene presa mala; después de su tríptico (tomar el toro por los cuernos, intentar escribir una línea que nadie haya escrito y tener voluntad de estilo), nuestro académico cuenta que “Luego leí una entrevista del trompetista norteamericano Louis Armstrong, donde hablaba de tres momentos claves en la formación de un artista que pude comparar con los míos y adaptarlos cada que es necesario. Ser novelista es arduo y se requieren fortalezas ajenas para encontrar lo divertido y alentador que puede ser. Decía Armstrong que todo aspirante a artista debía pasar por tres etapas: Primera: Conseguir el instrumento, ¿cómo escribir una novela sin un lápiz o una lap top? No estamos entrenados para componer historias como Homero. Segunda: Aprender todas las técnicas, oh, ¿y esas dónde están? Pues en las novelas: Tolstoi, Dumas, Flaubert, Dos Passos, Güiraldes, Joyce, Proust, Chandler, Hammett, Faulkner, Rulfo, Mann, Sarraute, Del Paso, Woolf, Sciascia, Fonseca, Vargas Llosa... Para mí cada autor es un sistema de escritura. Tercera etapa: Tocar con el alma. Qué buen punto, a poco no. Crear una literatura que toque las fibras más sensibles de un ser humano. También personajes que se vuelvan entrañables como don Quijote, don Juan Tenorio, el Lazarillo, los tres mosqueteros o Romeo y Julieta”.

Mendoza al final dice lo que hay que decir sobre este asunto: “Cada escritor crea sus precursores, y sin duda, también son responsables de lo

que uno hace y deshace. Durante muchas páginas intenté escribir con el código estándar y me resultó muy difícil; evidentemente era una hazaña que no me correspondía; un día descubrí que narrar con cierto aire de libertad donde se mezclaba el estándar, el popular, el técnico y algunos términos cultos extraídos de mis lecturas de Borges, autor de *Hombre de la esquina rosada*, una joya del lenguaje popular, me dio la suficiente confianza para sentirme escritor mientras narraba, capaz de escribir emocionado, sin miedo, posicionado de una historia, un lenguaje, una idea de contar y tres tremendos principios que se convirtieron en la base de mi ritual cotidiano”.

Para continuar con los decálogos sin abandonar del todo a Élmer, ya verán, otro tema frecuente en estas piezas de diez pinzas es el escritor ante sí mismo. Allí, la gama de contradicciones llega a ser divertida, y son tantas las contradicciones que la contradicción misma es un modo de referirse al asunto, como Vizinczey, que en su cuarto punto dice “no serás vanidoso” y en el quinto “no serás modesto”. Y el apego a sí mismo que van desde “ten fe ciega en tu capacidad”, como lo proclama Horacio Quiroga en el cuarto precepto de su decálogo, hasta el sapientísimo Augusto Monterroso que dice así en el noveno mandamiento de su decálogo: “9. Cree en ti, pero no tanto; duda de ti, pero no tanto. Cuando sientas duda, cree; cuando creas, duda”.

Otros puntos frecuentes en los decálogos son el lugar en dónde escribir, la carpintería y las herramientas. Ya se sabe que la eficacia de los decálogos, al menos el de Moisés, consiste en que cada precepto, menos el primero, es una prohibición. Entre los decálogos para escribir son frecuentes las prohibiciones; y son las que mejor demuestran que aquí no hay reglas generales; lo que le funciona a uno es contraproducente para otro. El escritor inglés Geoff Dyer dice en su segundo precepto: “no escribas en lugares públicos”. Bueno, ¿y César Aira? Aira ha declarado muchas veces que escribe en libretas sentado en cafés de su vecindario del Barrio de Flores en Buenos Aires.

También las técnicas de trabajo son materia de los decálogos. En este capítulo figura uno de los consejos más sabios y más útiles que me han sido dados. Se debe al nunca suficientemente ponderado Kurt Vonnegut: “empieza tan cerca del final como te sea posible”.

En fin, estamos ante dos hechos: uno, que existen montones de decálogos y, dos, que a lo sumo son útiles para quien los redacta y aquí otra confesión: me ocurrió preparando este texto para ustedes que encontré un



decálogo entre mis archivos, un decálogo redactado por Sebastián Uribe Riley, un escritor imaginario que inventaba escritores imaginarios y que es el protagonista de una novela publicada con mi firma y titulada *La voz interior*. Lo curioso es que el decálogo en cuestión se quedó entre los borradores de la novela y nunca llegó hasta la versión final. Este es el “decálogo inútil”, como lo llamaba el mismo Sebastián:

1.- Sólo escriba si siente la absoluta *necesidad de hacerlo*.

Escribo porque, a pesar de ser un añadido, me es indispensable en el proceso de relacionarme conmigo y con el mundo. En cierto modo es una muleta, una ayuda que supone una carencia: no soy capaz de conectarme a través de palabras con el mero procedimiento de pensar, de reflexionar. Necesito escribir para lograrlo. En otro aspecto de mis relaciones conmigo mismo, también me es imprescindible fijar con palabras las emociones mismas, las percepciones insólitas, los productos de mi imaginación.

2.- *Tiene que haber distancia entre la emoción y el texto*. “Cuando siento, no escribo”, decía Bécquer en una de sus cartas, alguien de quien menos se esperaría este mandamiento decisivo para darle alguna esperanza de ser poesía a cualquier escrito. Ah, y siempre repito las palabras de Jaime Jaramillo Escobar: “el buen poema se come frío”.

3.- *En la escritura la experiencia no es acumulativa*, cada día es el primero, y uno no puede dar por sentado que ya aprendió si cada día es volver a empezar. Si la experiencia fuera acumulativa, cada nuevo libro de todos los autores sería mejor que el anterior y es evidente que eso no sucede.

4.- *Encuentre un lugar y un instrumento para escribir*, lugar e instrumento que sean cómodos hasta el punto de que no haya que pensar en ellos. De preferencia, que el lugar sea aislado y silencioso.

Me gusta escribir a mano, con tinta —tengo varios estilógrafos que estimo mucho—, y luego, después de que hayan pasado meses, transcribir personalmente esos manuscritos a la computadora.

5.- *Escribir es corregir*. Repita conmigo: escribir es corregir. Repítase a usted mismo cada vez que pueda, mínimo una vez al día: escribir es corregir.

Corregir muchas veces y con diferentes criterios: corrección frase a frase, corrección párrafo a párrafo, otro capítulo a capítulo. Revisión de los tiempos verbales, revisión de los verbos —¿existe un verbo más preciso que el que estoy usando?—. Mirar el orden de las palabras en la frase,

cerrar los ojos para revisar si lo que dicen las palabras se puede visualizar, revisar el sonido de las palabras. Revisar los detalles: sobre este aspecto, las palabras de Élmer Mendoza son imperdibles: “poco a poco me fui inclinando a la fineza del detalle, incluso a concluir que el pulido del detalle era muy importante, ¿por qué a Rulfo le llevó esos años escribir Pedro Páramo? Seguramente por trabajar los detalles, concluía con ligereza. No me gusta meditar demasiado en la teoría, no me lo explico pero así es”.

Escribir es corregir y así lo ha sido desde siempre: dice Horacio en su *Poética*: “censurad el poema que no han corregido muchos días y muchas tachaduras no han pulido diez veces”. Y agrega más adelante: “si compones poesías, que nunca te engañen los espíritus que están ocultos bajo la piel de zorro. Si se leía algo a Quintilio, decía: ‘Corrige, por favor, esto y también esto’; si se decía que no se podía hacer mejor tras dos intentos en vano, te rogaba que lo destruyeras y que pusieras de nuevo sobre el yunque los versos mal torneados. Si se prefería defender el error en lugar de corregirlo, no decía ni una palabra de más ni se gastaba en una obra inútil, de manera que no impidiera que el autor se amara sin rival, él y sus versos. El hombre honesto y reflexivo criticará los versos sin fuerza, condenará los duros, trazará una línea negra en sentido transversal con su pluma en los versos toscos, suprimirá los ornamentos pretenciosos, obligará a que se aclare lo poco claro, denunciará lo dicho de una manera ambigua, señalará lo que se debe cambiar...”.

6. *Escribir es tachar*. Repita conmigo: escribir es tachar. Repítase a usted mismo cada vez que pueda, mínimo una vez al día: escribir es tachar. Así lo dijo George Orwell en la última de sus cinco reglas para escribir con eficacia: “Si es posible recortar una frase, eliminar una palabra, siempre hay que hacerlo. Cualquier palabra que no contribuya a dar el significado exacto en un paso más corto, diluye su poder. Menos es siempre mejor”. Lope de Vega dice lo mismo en prosa —“ríete del poeta que no borra”— y en verso:

¿Cómo compones? –Leyendo,  
y lo que leo imitando,  
y lo que imito escribiendo,  
y lo que escribo borrando,  
de lo borrado escogiendo.

- 7.- *Escribir es un placer*. Si sufre escribiendo, mejor déjelo. Escribir es un placer.
- 8.- Escribir es un placer, aunque no es un placer fácil. *Requiere esfuerzo*, requiere repetición, requiere persistencia, requiere constancia. La compensación consiste en que el placer es también constante.
- 9.- Nunca escriba con prisa. *La escritura es enemiga de la prisa*.  
De varias maneras se conjuga el tiempo con la escritura. La obvia es que la redacción inicial de un texto debe ser sin prisa. Cada palabra se toma su tiempo. Pero hay otras: como los vinos, como los quesos, es bueno que los manuscritos reposen y se maduren entre un cajón. Cada uno pone su plazo y medida para que transcurra el tiempo necesario para olvidarlos, así la corrección se hace con más distancia y más despiadadamente.
- 10.- *Si con la escritura busca fama o dinero, se equivocó de puerta*. Para la fama lo mejor es salir mucho en televisión. Para el dinero hay variados medios ilegales, legales y casi. Todo depende de los riesgos que quiera tomar. En todo caso, si busca ser una celebridad o hacerse millonario, lo suyo no es la escritura.
- 11.- Como en todo decálogo, lo más importante consiste en que *este decálogo no es obligatorio* y puede ser violado siempre, por ejemplo, escribiendo su propio decálogo que pueda violar a sus anchas.

---

**Darío Jaramillo Agudelo.** Santa Rosa de Osos, Antioquia, 1947. Ha publicado siete libros de poemas y siete novelas. Sus más recientes son una antología temática titulada *Del amor, del olvido*, la novela *La voz interior* y el ensayo *Poesía en la canción popular latinoamericana*. Fue becario de la *John Simon Guggenheim Memorial Foundation*, 2008-2009, y es miembro de la Real Academia de la Lengua en Colombia.

# TALLER DE CUENTO

Director: Carlos Castillo Quintero

# El cubo de Kubrick

[Entrevista]

De todos los directores, Carlos Castillo es quien más años cuenta en el oficio de enseñar a escribir cuentos. “El cubo de Kubrick” es el nombre con el cual quiso titular este escrito, un viaje a la memoria y un recuento de algunas de sus prácticas pedagógicas, a partir de un puñado de preguntas que Carlos supo enriquecer desde su rigor, su trayectoria de lector dedicado y crítico, y su extensa carrera como maestro de escritura y escritor en formación.

¿Se puede enseñar a escribir?

Contrario a lo que se ha dicho durante décadas, yo creo, enfáticamente, que sí se puede enseñar a escribir. Si no lo creyera, con honestidad, renunciaría al trabajo que he venido desarrollando durante doce años como director de talleres de creación literaria. Yo mismo, en mi formación como escritor, he recurrido a talleres; primero en la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia y luego en el Taller de Escritores de la Universidad Central (TEUC), en donde tomé un diplomado orientado por el maestro Isaías Peña, quien respecto a este tema señala que hoy en día existe una caja de herramientas abundante en recursos para el escritor, las cuales se pueden enseñar y se pueden aprender. Sin embargo —subraya Isaías Peña—, si el artista no existe, difícilmente se puede enseñar el arte.

Es necesario señalar también que un escritor puede aprender su oficio de múltiples formas: leyendo literatura, leyendo libros sobre el arte de escribir y, algo que recomiendo mucho, leyendo diarios y memorias de

escritores. Puede que un escritor en formación no asista a un taller literario porque no le gusta, no lo cree necesario o porque no tiene la posibilidad de hacerlo; pero si lee, por ejemplo, *Mientras escribo*, el manual en donde Stephen King comenta sus inicios como escritor y expone una serie de herramientas esenciales de la escritura, estoy seguro de que le va a servir, de que va a aprender, incluso si no le gusta la literatura de Stephen King. Podría señalarse lo mismo respecto al libro *Cartas a un joven novelista*, de Mario Vargas Llosa, en el que el Nobel peruano se apresura a señalar que “Éste no es un manual para aprender a escribir, algo que los verdaderos escritores aprenden por sí mismos. Es un ensayo sobre la manera como nacen y se escriben las novelas, según mi experiencia personal, que no tiene por qué ser idéntica ni siquiera parecida a la de otros novelistas”. Este manual, sin embargo, enseña, y mucho.

Cosa muy diferente pasa con el talento, que es muy difícil de medir e imposible de enseñar. Existe, claro. En literatura, como en otras manifestaciones artísticas, el talento se tiene o no se tiene, es definitivo. Pero es necesario cultivarlo. De nada sirve ser muy talentoso si no se desarrolla una disciplina de trabajo, y eso lo puede estimular la realización de un taller de escritura creativa o de una carrera universitaria en letras. Aquí, quizá, sirva recordar la fórmula de William Faulkner para convertirse en un buen novelista: 99% talento... 99% disciplina... 99% trabajo (*Paris Review*, 1956).

¿Existe algo así como “las claves” de un buen cuento? ¿Cuáles son?

En literatura no hay ninguna ley, ninguna clave. Terminado un cuento, un libro de cuentos o una novela, lo que se ha hecho allí no sirve para un nuevo libro. Sin embargo sí hay “principios” que pueden considerarse universales. Un principio es aquello que se ha hecho antes, que muchos otros han probado y que ha posibilitado la creación de obras valiosas. La teoría sobre escritura creativa se ha dedicado a sistematizar esos principios, ya sea como poéticas de la escritura, decálogos, manuales o libros especializados, como los que he citado antes.

Con la conciencia de que “en Literatura no hay nada escrito”, como señaló Augusto Monterroso en su decálogo, tomando el riesgo de

equivocarme y echando mano a mi experiencia como escritor, los principios que recomiendo para escribir un buen relato, son cuatro:

1. *Cuente algo*. Todo relato que valga la pena narra un hecho o situación que le ocurre a alguien, en un tiempo y un espacio determinados. El cuento “Donde su fuego nunca se apaga”, de May Sinclair, por ejemplo, permite múltiples lecturas e interpretaciones; sin embargo en todas ellas será muy difícil callar que su protagonista está atrapada en un impensado averno de aburrimiento. Causa miedo. De igual manera ningún lector podrá olvidar nunca que Gregorio Samsa despertó una mañana convertido en un monstruoso insecto.
2. *Sea verosímil*. Sin interesar cuánto ponga de realismo o de fantasía en su relato, es imprescindible que lo que se cuente sea verosímil, creíble, válido en ese pequeño universo autónomo que es un cuento y a cuyas leyes deben responder todo y todos los que allí habiten. En “Los largos años”, uno de los relatos de *Crónicas marcianas*, Ray Bradbury recrea la vida del señor Hathaway y su familia, habitantes de un abandonado planeta de vaga arena azul, con ruinas de ciudades ajedrezadas y ocasos amarillos. Los Hathaway viven en una casa de piedra, se calientan las manos al fuego y noche a noche, sin ningún motivo, contemplan el cielo. Jorge Luis Borges, en el prólogo que escribió para este libro, dice: ¿cómo pueden tocarme estas fantasías, y de una manera tan íntima? Toda literatura (me atrevo a contestar) es simbólica; hay unas pocas experiencias fundamentales y es indiferente que un escritor, para transmitir las, recurra a lo *fantástico* o a lo *real*, a Macbeth o a Raskolnikov, a la invasión de Bélgica en agosto de 1914 o a una invasión de Marte. ¿Qué importa la novela, o novelaría, de la ciencia ficción? En este libro de apariencia fantasmagórica, Bradbury ha puesto sus largos domingos vacíos, su tedio americano, su soledad, como los puso Sinclair Lewis en *Main Street*.
3. *Juegue limpio*. El escritor desde la primera palabra establece un pacto tácito con el lector: cúmplalo. Fórmulas básicas como que todo fue un sueño no sirven. Gabriel García Márquez en “El rastro de tu sangre en la nieve”, por citar sólo uno de sus cuentos, anuncia desde el primer renglón que a la Nena Daconte le está sangrando el dedo con el anillo de bodas. Eso la mata. Lo sabe el lector y el escritor cumple con marcar, párrafo a párrafo, el rastro de esa tragedia.

4. *Seduzca*. Es bueno recordar que contar historias ha sido, desde el comienzo de los tiempos, un acto de entretenimiento, así esta palabra y lo que entraña sea “superficial” para algunos escritores. Es necesario seducir al lector, entretenerlo, tarea que hoy no resulta fácil dada la explosión de medios que demandan la atención de quien está leyendo. Y no me refiero solamente al celular o las redes sociales que invaden en tiempo real, sino a las múltiples posibilidades a través de las cuales se narran historias hoy: el cine, el video, la novela gráfica... etc. Un buen libro, en el mejor de los casos, no sólo seduce al lector sino que a través del tiempo seduce a todo aquel que tenga algo que ver con el medio editorial. *Narraciones extraordinarias*, de Edgar Allan Poe, es un buen ejemplo de ello.

¿De dónde salen las ideas inspiradoras para un cuento?

Recomiendo que quien esté interesado en escribir lleve siempre consigo una libreta o lo que llamo un “cuaderno de escritor”, ya que las ideas, o detonadores de la escritura, están en todas partes y pueden surgir en el momento menos esperado. En el sueño o en la vigilia. Adentro o afuera. En la realidad o en la fantasía, aguardan las imágenes que pueden originar un cuento. Es necesario anotarlas en dicha libreta. Es necesario desconfiar de la memoria que, con frecuencia, derrocha y desecha ideas geniales.

El título de la presente entrevista, “El cubo de Kubrick”, por ejemplo, proviene de una traición de la memoria, de la lengua. En una sesión de taller quería comparar el proceso de gestación y escritura de un cuento con el cubo de Rubik y, en un segundo, cambié un apellido por otro, lo cual, creo, resultó afortunado. En su momento anoté la equivocación. Ahora falta escribir el cuento completo.

¿Qué errores frecuentes comete un autor inexperto?

Tengo la percepción de que los autores noveles sufren de afán. Casi siempre inicio mi taller con la lectura de “Ítaca”, el poema de Constantino Cavafis, para señalar que en este oficio quizá lo mejor de todo sea el viaje, no el punto de llegada.

Si se desean escribir relatos creíbles, con personajes que no sean de cartón paja sino que inspiren reales acercamientos a la condición humana, es necesario trabajar sin apuros, entendiendo que escribir es una profesión



como cualquier otra, a la que deben dedicarse muchas horas de trabajo diario. La construcción de una catedral no puede hacerse en ocho días, trabajando a ratos. Tener oficio significa explorar las diferentes posibilidades de un texto: tonos, narradores... etc. En ocasiones digo: trabaje su cuento hasta que esté listo, corríjalo una, diez o más veces hasta que esté seguro de que usted ha dado todo lo que podía, así el cuento termine en la caneca de la basura. No importa, Ítaca nos ha dado el viaje. Claro, hay que procurar que algunos cuentos finalicen en manos del lector. Ayuda recordar que una gota de agua termina rompiendo una roca, no por su fuerza sino por su constancia.

Otro error frecuente es el de escribir animado por motivaciones diferentes a la misma literatura. Fama, dinero, viajes, placeres de la carne o de la gula: todo cabe. Si el aliento para escribir proviene de estas ambiciones, fijo la obra termina contaminada por ellas y se hace efímera, sin importancia. La escritura debe satisfacer un llamado superior. Dejó dicho Borges “Escribo para responder a una urgencia, a una necesidad interior. Si hubiese sido Robinson Crusoe en una isla o Edmond Dantés, del Conde de Monte-Cristo, no habría escrito. Escribo cuando siento necesidad”.

Lo anterior no quiere decir que un escritor, ya sea el que comienza o uno experimentado, no deba aspirar a recibir dinero por su trabajo. Todo lo contrario. Señalé antes que este es un oficio, una profesión como cualquier otra y así mismo debe generar dividendos. Y mientras más altos, mejor. No hay dinero suficiente para pagar el trabajo, el esfuerzo y la dedicación de un verdadero artista. Pero eso viene después y no antes de concebir y llevar a cabo la obra; y eso, con frecuencia, se le olvida a quien está comenzando.

¿Para usted qué diferencia al cuento de otros géneros narrativos?

Un cuento, en esencia, narra un hecho que le sucede a uno o varios personajes, en un espacio y en un tiempo determinado. Dada su brevedad, el cuento privilegia la acción, por lo que la progresión de los incidentes narrados apunta en todo momento hacia el propósito que se ha fijado el autor. En el cuento, se ha dicho hasta el cansancio, nada puede estar de más.

En su conferencia “Aspectos del cuento”, comparando el oficio del cuentista con el de un fotógrafo profesional Julio Cortázar señala que “Fotógrafos de la calidad de un Cartier-Bresson o de un Brasai definen su

arte como una aparente paradoja: la de recortar un fragmento de la realidad, fijándole determinados límites, pero de manera tal que ese recorte actúe como una explosión que abre de par en par una realidad mucho más amplia”. Así mismo el cuentista. En una novela el escritor, quizá, describa con detalles la totalidad del cuadro que desea representar con palabras. Un poeta seguramente se limite a transmitir la imagen condensada de lo que ese cuadro le dice a su sensibilidad. El cuentista, por su parte, privilegia un fragmento de ese cuadro y lo narra dotándolo de la capacidad evocativa de representar lo que no se ve, lo que no está escrito.

Por otra parte se han gastado horas y páginas discutiendo si obras como *La metamorfosis* de Franz Kafka, *Aura* de Carlos Fuentes o *El perseguidor* de Julio Cortázar —por citar algunas— son cuentos largos, relatos, o novelas breves. Digo yo: eso no interesa, son geniales, bien escritas. Y eso es lo que debe buscar un escritor. Ya los académicos tendrán tiempo de ubicar esas obras en uno u otro género.

¿Qué tendencias ha encontrado en el Taller de Cuento “Ciudad de Bogotá” frente a temáticas e intereses? ¿Por qué cree que son esas y no otras?

El grupo de seleccionados de cada año es siempre heterogéneo. Así mismo sus intereses y tendencias. El taller es un reducto de la contemporaneidad, es decir que en un mismo auditorio conviven el realismo desafortado con lo fantástico, el surrealismo y la escritura automática con explosiones eróticas, la experimentación formal con estructuras clásicas... etc. Una constante, sin embargo, es la preeminencia de lo urbano sobre lo rural, la literatura terrígena y el costumbrismo. Aún quedan ecos del realismo mágico que, poco a poco, se van acallando.

De otra parte en todo taller hay —como le escuché decir en alguna ocasión a un conferencista— un Borges, un Rulfo, un García Márquez, un Carver y un Bukowski..., lo que es natural y corresponde a procesos lógicos en la formación de un escritor en donde las influencias resultan importantes y en muchas ocasiones inevitables.

¿Cuáles son las ventajas y desventajas de participar de un taller de cuento?

Tomar un taller de escritura creativa —no sólo de cuento— tiene muchas ventajas, entre ellas puedo mencionar las siguientes: a) la revisión de las herramientas de la escritura con la orientación y acompañamiento del director del taller que, en los casos afortunados, es un escritor experimentado; b) la lectura del canon del género que se esté trabajando, de manera ordenada, y la confrontación de estas lecturas con personas que comparten los mismos intereses; c) la inserción en el medio literario mediante el conocimiento de otros escritores y lectores, y d) la lectura y revisión de los textos generados en el taller.

Así mismo, y citando nuevamente al maestro Isaías Peña, un taller sirve para descartar vocaciones erradas, lo cual es duro pero muy útil. Y, al contrario, sirve para afianzar vocaciones. Y eso vale por todo.

Lo anterior tiene sentido considerando que quienes llegan al taller afrontan, con honestidad, su posibilidad de ser escritores. Cuando no es así, aparecen las que, a mi modo de ver, son desventajas: a) el taller se convierte en un punto de encuentro social y recreativo —de terapia, incluso—, alejado del cumplimiento de objetivos que tengan que ver con la literatura; b) si el director del taller no es experimentado, se corre el riesgo de que quiera imponer su forma de escribir, o de concebir la literatura, y c) es frecuente que algunas personas asistan a un taller, luego a otro y a otro... hasta adquirir la peste denominada “talleritis”.

“Dada su brevedad,  
el cuento privilegia la  
acción.”

¿El dar el taller ha tenido un cambio sobre lo que usted escribe?

¿Cuál?

Cuando se enfrenta este trabajo con pasión, la sinergia entre quien dirige un taller y quienes lo toman es de vampiros: se da todo y, simultáneamente, se toma todo. Los años que llevo dirigiendo talleres literarios me han brindado la oportunidad de enterarme de cómo son, qué leen y qué escriben quienes llegan al taller. Estos grupos son representativos de una masa de escritores en formación, y siento como un privilegio el poder interactuar con ellos. No podría precisar de qué manera lo anterior ha influido en lo que yo escribo. Lo que sé es que, en ocasiones, el taller resulta tan agotador que no puedo escribir. En otras sucede exactamente lo contrario: el taller resulta estimulante y dinamiza una obra en proceso.

## ¿Cree que escribir es reescribir?

Claro que sí. Cuando, cumplido el trabajo de escritura, se llega a lo que yo llamo un “borrador en limpio”, recomiendo que ese texto entre en un periodo de sedimentación que, dependiendo de lo que se trate —un cuento, un libro de cuentos o una novela—, puede ser de una semana o de varios meses. La clave está en que las conexiones internas con dicho texto, si bien deben enfriarse, no se pierdan. Luego viene la reescritura.

Se corre el riesgo de quedarse reescribiendo eternamente, por lo que cabe recordar lo dicho por Irving Wallace en su libro *La creación de una novela*: “No es sencillo escribir bien. Nadie escribe todo lo bien que quisiera; sólo escribe lo mejor que puede... Tolstoi y Balzac escribieron, corrigieron y volvieron a escribir casi de modo interminable. Sin embargo, escribir era su pasión. No sólo era el modo de ganarse la vida, sino una necesidad exigente como el hambre o la sed”.

Explique cuál es el proceso o metodología que usa en sus talleres y por qué.

La metodología del taller considera tres estrategias: 1) *Taller presencial*, en donde se exploran las herramientas de la escritura narrativa, en especial del género del cuento. 2) *Taller de edición o de producción textual*, mediante el cual el grupo general se subdivide en cinco o seis grupos de edición, y semana a semana se trabajan los textos de cada participante. 3) *Taller virtual*, desarrollado mediante la comunicación por correo electrónico, en forma permanente, entre los participantes y el director del taller. Esta estrategia se apoya así mismo con el blog principal del taller, y con un blog subsidiario en el cual se publican los cuentos que se ha pedido leer.

Esta metodología busca que, terminado el taller presencial, algunos de los escritores participantes tengan continuidad en el proceso, bien sea con sus respectivos grupos de edición o a través de las herramientas que de manera permanente brinda el taller virtual.

¿Cuáles serían los 3 o 4 autores de cuento imprescindibles, aquellos de quienes más ha aprendido?

Pienso que son dos preguntas diferentes. Algunos autores que bien pueden ser imprescindibles no enseñan mucho. O mejor, y dada la redondez de su obra, no permiten que se aprenda mucho de ella. Otros, siendo imprescindibles, enseñan. Y, finalmente, están los que, siendo prescindibles, permiten que a través de su obra otros examinen las herramientas del oficio.

En la primera categoría —siendo esta, desde luego, una apreciación puramente subjetiva— ubicaría a escritores como Borges. ¿Qué podría aprender de Borges? Nada. Me limito a admirar su laberíntico trabajo de joyero, y no más. En la segunda categoría, en la de los imprescindibles que enseñan, estaría Juan Carlos Onetti, de quien admiro su capacidad de mantener la atención del lector, de seducirlo, de jugar con sus prejuicios. Rulfo y García Márquez estarían también por aquí. En la tercera categoría, en la de los prescindibles que enseñan, ubicaría al cubano Virgilio Piñera, que con cuentos como “La carne” allanó caminos que algunos hoy estamos recorriendo.

# Trixie y los Pielroja

Santiago Jiménez Quijano

*A partir de cierto momento  
mi historia se confunde con la historia de mis cigarrillos.*

SÓLO PARA FUMADORES, Julio Ramón Ribeyro.

Desde que Ana me abandonó, vengo todas las noches de los miércoles y me paro en la entrada del teatro Jorge Eliécer Gaitán para encontrar una nueva mujer. Aquella vez, caminábamos por la carrera Séptima buscando un café y se detuvo, sin razón. Esperé a que avanzara un poco más, hasta que me diera cuenta de su ausencia y deshiciera mis pasos hacia ella. Antes de poder preguntarle qué pasaba dijo que no podía aguantarlo más. Que por favor no la siguiera. Entonces dio media vuelta y se fue.

Habíamos tenido nuestros problemas, pero me parecía que los llevábamos mejor que otras parejas que conocíamos. Creíamos salir fortalecidos de cada pelea y nos burlábamos de esas relaciones que parecían perfectas a los ojos de todos, porque estábamos seguros de que en su interior todo se pudría. Así que me dolió cuando Ana me dejó para siempre en frente de aquel teatro donde una hilera de gente sonriente esperaba por dos horas de diversión mientras mi mundo se derrumbaba.

Quise alcanzarla.

Necesitaba preguntarle si podía ir al apartamento o si ella pensaba pasar la noche en nuestra cama. Era una cuestión importante porque no tenía otro lugar en dónde dormir y no hubiera soportado hacerlo con ella al lado. Pero recordé sus palabras, “No me persigas”, y quedé paralizado sin saber qué hacer. Después de pensarlo, supuse que al ser ella la que me abandonaba, la que había planeado todo, su obligación era haber conseguido un alojamiento provisional —me engañaba creyendo que aún

no tenía a otro con quién dormir— y por lo tanto yo tenía el derecho de volver a casa a destruirme con alcohol y cigarrillos.

Emprendí el camino de regreso y agradecí que empezara a caer una llovizna que me permitía llorar sin que se notara. Claro que no tenía ganas de llorar, sentía un dolor profundo pero ante todo estaba furioso por haber dejado pasar las señales que me indicaban que ya no significaba nada en la vida de Ana y por pensar que haciendo eso ella olvidaría su desprecio hacia mí y volvería a quererme. Pero sobre todo, por no haber sido yo, el que tenía todo que perder siguiendo a su lado, quien pronunciara las palabras finales. Entonces juré que conseguiría otra mujer, una que fuera totalmente diferente a Ana.

Subiendo por la calle diecinueve se me ocurrió que mi candidata sólo debería tener un atributo: fumar. Ana odiaba el cigarrillo más que a nada en el mundo y fue capaz de hacer que lo dejara a punta de comentarios humillantes, en público, sobre mi condición de fumador —el olor de mi ropa, mi aliento, las uñas y los dientes teñidos de nicotina—, y de manual de autoayuda, en privado —debía encontrar el poder dentro de mí para sobreponerme al vicio—. Yo era un fumador empedernido desde los doce años. Consideraba esa rutina, que había perfeccionado con el tiempo —tomar el empaque del bolsillo contrario de la chaqueta, darle dos golpes secos contra mi otra mano, sacar el cigarrillo, ponerlo en mis labios y decir algo para hacerlo bailar, llevar el fuego protegido hacia la boca, hacer enrojecer su punta aspirando el humo y luego soltarlo con desenfado por la nariz—, como una parte importante de mi personalidad. Por aquella época, igual que hoy, no me sentía muy feliz conmigo mismo, así que cuando Ana logró que dejara de fumar lo tomé como una señal del destino, un nuevo punto de partida, y me sentí mejor y me enamoré aun más de ella. A veces le decía en broma, pero otras como un reproche, que era más efectiva que un parche de nicotina y ella, sin importar con qué intención se lo había dicho, me devolvía un beso de satisfacción. Yo era su trofeo de mostrar a las visitas y los amigos. Así que mi nueva mujer, estaba decidido, debería fumar como una maldita chimenea.

Pero no cualquier cigarrillo.

Siempre fui fumador de Lucky —en una emergencia podía llevarme a la boca un Marlboro o hasta un Mustang rojo, nunca el azul, aunque en ocasiones extremas fui capaz de aceptar un Kool—, pero admiraba en secreto a los que aspiraban el humo de un Pielroja, cigarrillo nacional

legendario, sin filtro, que lleva impreso en cada pieza el perfil de uno de esos indios norteamericanos con su típico tocado de plumas y una prominente nariz capaz de olfatear búfalos en la llanura. Las personas que fuman “peches” se pueden dividir en dos clases: las que prenden el cigarrillo por el lado del indio y las que lo hacen por el otro extremo. Las primeras me interesan más que las segundas, tan políticamente correctas. A estas alturas de mi vida, pensé, no podría empezar de nuevo mi carrera de fumador con los Pielrojas. Pero eso no impedía que el reemplazo de Ana pudiera hacerlo. Entonces, mientras caminaba por la ruidosa avenida rumbo a casa, todo se hizo claro: mi nueva mujer tendría que ser una empedernida fumadora de peches que al encenderlos lo hiciera quemando al indio.

Durante doce miércoles he estado al lado de una vendedora ambulante que se instala en la entrada del teatro, esperando a que una mujer se acerque a pedirle un Pielroja, sin que suceda una sola vez. Esto me hace pensar que tal vez elevé mis estándares de selección un poco más allá de lo deseable. Y aunque tengo ganas de irme antes de tiempo —siempre espero hasta las nueve— una mujer que llegó hace ya un buen rato y que permanece cerca de la taquilla, me ha devuelto la esperanza. Por alguna razón creo que esta figura de jeans rosados y zapatos salpicados de pintura puede ser algo especial. Me aventuro a ponerle un nombre: Claudia. No. Así se llama una de mis tías. Si quiero que sea diferente no se puede llamar así. Trixie. Eso está mucho mejor.

Trixie chequea su reloj por quinta vez y pone cara de haber fallado un penalti. Mira para todos lados y trata de disimular su desespero, sin éxito. Después de cierto tiempo hace lo que yo esperaba: camina hacia la vendedora. Tiene esa cara del fumador que no puede esperar más tiempo sin aspirar un poco de humo. Hago como que miro hacia otra parte, pero estoy alerta. Trixie habla y escucho las palabras con las que he estado soñando durante estos tres largos meses:

—¿Tiene Pielroja?

Me doy vuelta bruscamente para comprobar que lo que oí no fue producto de mi imaginación. La veo inclinarse y alargar su brazo hacia la caja de madera portátil, atiborrada de pasabocas y cigarrillos, en dirección a las cajetillas. Una chaqueta de bluyín sobre un saco de lana fucsia cubre la mitad de sus manos. Cuando está cerca de tomar el Pielroja, en el punto máximo de la extensión de su brazo, la ropa se encoge sobre él y deja al descubierto su muñeca: es blanca y delgada y está decorada con un tatuaje



de finas líneas negras, como una pulsera de tinta. La imagen me embruja y no puedo quitarle los ojos de encima. Sin embargo, alcanzo a distinguir de reojo el Pielroja atrapado entre sus dedos índice y anular de viaje hacia su boca. El brazo queda ahora doblado, pero su articulación permanece desnuda y puedo seguir observándola. ¡Es tan blanca! Pienso en los ciegos que saben cómo es la contextura de una mujer tomándola de sus muñecas. Quisiera ser uno de ellos y reconocer el cuerpo de Trixie en la oscuridad, rodeando la frontera de sus manos con mis dedos.

Trixie estira el brazo y su muñeca vuelve a desaparecer bajo la lana fucsia y el bluyín desteñido. Fuma su Pielroja con disimulada tranquilidad. Me doy cuenta de que por estar pendiente de aquella parte de su anatomía me he quedado sin saber por dónde lo ha encendido. ¡Es una tragedia! Miro sin disimulo hacia el cilindro de papel entre sus dedos tratando de ver si el indio sigue con vida, pero me encuentro con su rostro y una mueca de marcada repulsión. Trixie vuelve a su lugar y mira el reloj como si no le diera importancia. Yo diría que ha sido oficialmente abandonada. Debería hablarle. Pero en todo este tiempo, pensando que con sólo fumar Pielrojas una mujer sería mía, dejé de lado el hecho de que primero tendría que aproximarme a ella. Ahora no sé qué decirle. Tal vez que la he bautizado como Trixie. ¿Será ese su nombre? Tampoco sé si valga la pena entablar una conversación. ¿Y si no cumple con el principal requisito que le he impuesto a mi nueva mujer? ¿Qué pasaría si después de todo este esfuerzo por conocerla me entero de que ha encendido el Pielroja como la mayoría de las personas? Tenía un objetivo al poner esa restricción: dar con una mujer interesante. Y esta parece que lo es. Pero, ¿cómo estar seguro? Quisiera ver su muñeca una vez más para darme ánimos, preguntarle por el tatuaje-pulsera. Pero podría asustarse al comprobar que conozco un detalle suyo tan íntimo. La incertidumbre me corroe y me impide actuar.

Trixie levanta su brazo y pone el reloj frente a sus ojos una vez más, quizás la última, y me recuerda que estoy en una carrera contra el tiempo. Debo decirle algo si no quiero perderla para siempre. Después podré averiguar por dónde ha prendido el Pielroja. Me acerco y le digo “hola”. Ella se queda mirando hacia el cielo y expulsa el humo como un suspiro. Su cigarrillo va por la mitad y no logro ver si el indio ha sido calcinado por el fuego. Finalmente habla.

—¿Qué quiere?

Está de mal genio, la entiendo. Ha sido abandonada como lo fui yo hace noventa días en este mismo lugar. Eso nos conecta. Podría ser un buen tema para empezar la conversación.

—Me gusta su muñeca.

Trixie me mira con sorpresa. He logrado sacarla de su estado de total indiferencia.

—¿De qué habla?

—De su muñeca —digo y señalo la mía para que ella entienda.

Su expresión cambia del desagrado al terror. Entonces grita. Me asusto y por un momento no entiendo sus palabras. Cuando me repongo comprendo que está pidiendo auxilio. Los escasos transeúntes que deambulan por la Séptima se detienen a mirar. Por ahora son sólo espectadores que esperan algo de acción. Desde la esquina se acercan dos policías apurando el paso. Trixie no para de gritar, agita los brazos. El cigarrillo cae. Quiero agacharme y comprobar por dónde ha sido encendido. Pero la gente empieza a moverse hacia nosotros amenazante y los policías ya están trotando. Emprendo la huida. Pienso que no me será difícil dejar atrás a mis perseguidores a esta hora que el centro está oscuro y relativamente vacío. Sin embargo, un par de cuadras después, siento que voy a morir asfixiado si no me detengo. Una tos profunda y seca se apodera de mí. Poco a poco, mientras me recupero apoyado contra una pared, el silencio de la calle es reemplazado por un ruido de botas acercándose.

---

**Santiago Jiménez.** Nació en Bogotá, en 1976. Es Químico y Magíster en Escrituras Creativas de la Universidad Nacional de Colombia. Su primera novela, *Réquiem tropical para Samantha*, fue seleccionada como finalista en el concurso Clarín-Alfaguara 2013.

# Desidia

Mauricio Montes

## I

Las voces de los hombres se cuelan por los resquicios de la puerta principal, los vidrios rotos y el techo. Es una casa de campo de corte colonial, en donde los límites entre interior y exterior han ido desapareciendo, un poco por descuido y otro por la acción de una vegetación fuera de control.

—¿Ves eso?

—¿Qué?

—Esa cosa que está allá.

—¿Dónde?

—Detrás del sofá.

—Otra vez con lo mismo. ¿Cómo lo haces?

—¿Qué cosa?

—Eso de estar en un lado y proyectar la voz como si estuvieras en otro.

—No sé. Creo que es la mejor estrategia que tengo para esconderme.

A través de una de las ventanas de la sala cuyas cortinas están descorridas, la silueta de un hombre inmenso y barrigón se dibuja y se desdibuja al pasar en un leve movimiento por la poca luz que entra al recinto. Se está secando la cara con una pequeña toalla. El pelo le cae sobre la cara.

—Sal de donde quiera que estés. Vamos a almorzar —dice el gordo, echándose el pelo hacia atrás con una de sus manos. Sus ojos son grandes y saltones, tiene un bigote descuidado y cachetes enormes.

—Primero encuéntrame.

—¿No te parece que estamos muy viejos para esos juegos?

—Viejo tú. Yo apenas tengo 35.

—Ven, vamos.  
—¡No! Hasta que me encuentres.  
—Pero si ya sé dónde estás.  
—¿Seguro?  
—Detrás del sofá.  
—No. Esa es tu mamá.  
—¿No la habías sacado?  
—¿Y qué querías? Después del show que hiciste anoche.  
—¡Ah! Qué mierda, preciso antes de cobrar la pensión. Vamos ya.  
—¿Cuál es el afán?  
—Tenemos que ir al dentista.  
—Pero si dijiste que íbamos a almorzar.  
—Sí. Y después vamos al dentista.  
—A mí no me gusta ese señor.  
—A mí tampoco. Pero es bueno y barato.  
—Bueno no es. Ningún dentista puede ser bueno. Y lo de barato será porque es tu tío.  
—¡Ay, yaaa! Es por tu bien, cosa.  
—Te he dicho muchas veces que no me digas “cosa”.  
—Sabes que te lo digo con cariño.  
—¿Y tú crees que decirle “cosa” a alguien es cariñoso?  
—Pero es que no te lo digo como si fueras una cosa.  
—¿Entonces cómo me lo dices?  
—Pues... no sé. Simplemente me parece que suena bonito. Diferente.  
—Pues a mí no me parece que suene bonito ni... Vete.  
—¡Ah! No se te puede decir nada.  
—¿No? ¿Qué tal que yo te dijera “chinito”? Ven aquí, mi chinito.  
—Tú sabes que no me gusta que me digas así.  
—Pero si suena bonito.  
—Seguramente cuando se lo decías a tu ex.  
—Querrás decir a nuestro ex, al que también le decías cosa. “Cosita”, que es peor.  
—¡Ah! Otra vez la misma mierda. Me voy. En la nevera quedan unos raviolos de ayer.  
—Saludos a tu tío.  
—La cita era para ti.

La puerta de entrada de la casa se abre. El hombre gordo sale vestido de mujer. Su torso es mucho más largo que sus piernas. Lleva una peluca rubia, un vestido de arabescos, unos zapatos cerrados de tacón moderado color marrón que lo hacen ver descomunal y unas enormes gafas de sol, a pesar de lo opaco del día. Se dispone a cerrar la puerta.

—No me vuelvas a pegar así —dice el hombre que se ha quedado en el interior de la casa y que ahora se deja ver por una pequeña ventana que da hacia la puerta de salida. Es bajito, con un rostro perdido en medio de una gran melena negra, crespa e indomable. El hombre vestido de mujer se detiene. Respira. Vuelve a entrar en la casa y cierra.

El sonido del golpe seco de la puerta se confunde con otro sonido que parece hacer parte de otro tiempo. Es un grito de dolor seguido de las voces de los mismos hombres. “¡Ya! ¡No más, para!”. “Pero te estoy defendiendo”. “¡Claro! Me defiendes dándome en la jeta”. “Pero...”. “Mañana mismo me largo de esta casa”. “¿Así me pagas?”. “Yo a ti no te debo nada”. “Tú no te vas para ningún lado... y ya mismo limpias todo este desastre, incluyendo a la vieja esa”. “¡La vieja esa es tu madre, así que tú verás qué haces con ella!”. Cesan las voces pero se mantiene el sonido de las respiraciones pesadas de los hombres y unos jadeos femeninos que se van apagando.

Una parte de la silueta del hombre travestido se divisa a través de la ventana que da a la sala. El otro se le para enfrente.

—Perdóname. Pero tú sabes que estabas insoportable... Perdóname.

—Todavía tengo el pedazo de diente en mi mano. ¿Será que aún sirve para algo?

—No sé, pero vamos rápido a donde mi tío. De pronto él tiene alguna solución.

—Ya, sabes qué... —dice el más pequeño, mientras intenta despejarse su gran melena de la cara, y sale corriendo perdiéndose de vista.

—Está bien, voy a buscarte, ¿quieres que cuente?

—Sí. Hasta veinte.

—Pero si ya sé dónde estás escondido.

—Pues espera a que dé con otro escondite.

—Okey, okey. Como quieras. Uno, dos, tres, cuatro...

—Te ves extraño vestido de tu madre.

El gordo se queda pensativo. Pasan por su cabeza algunas tontas imágenes que nunca compartirá. Él, de niño, vestido de jardinera a cuadros mirándose al espejo. Sus manos, pequeñas y rechonchas, intentado meter en uno de sus anchos pies un zapato de plataforma con un tacón descomunal. Él cantando en un bar gay, personificando lo que sería la versión gorda de Paloma San Basilio.

—Vamos, escóndete —dice el gordo retomando el conteo casi al final, como calculando el tiempo que dilapidó en sus recuerdos—... dieciocho, diecinueve, veinte. Salgo a buscar.

## II

Mucho tráfico, no obstante el ruido no alcanza a opacar las voces de los mismos hombres, provenientes del interior de un alto edificio blanco de consultorios.

—Hola, ¿qué pasó? Llevo como media hora esperándote.

—Había mucha gente en la notaría —dice el gordo, que ya no está vestido de mujer.

—¿Pero pudiste cobrar la pensión?

—Sí.

—¿Y cómo hiciste con el certificado de supervivencia?

—En la notaría había un aviso que decía que ya no era necesario, pero en el banco me tocó hacerme el enfermo. La enferma. Para que me dejaran ir rápido.

—¿Cómo?

—Tosía durísimo, procurando hacerlo en la cara del cajero. Hacía como si ya casi me fuera a desmayar. Estuvo divertido.

—¿Y la firma?

—Desde que estaba en el colegio aprendí a firmar como mi madre.

Los dos hombres se ríen, primero suave y luego con una carcajada a destiempo.

—¿Y qué vamos a hacer el próximo mes?

—Hola sobrino, pasa —dice un hombre gordo, de ojos saltones, muy parecido a su sobrino pero más viejo, con los cachetes caídos y completamente calvo. Viste una bata blanca y larga.

—Hola, tío.

El gordo se dirige hacia donde su tío. Se saludan. El parecido es asombroso.

—¿Esa cosa es tu nuevo novio? —pregunta el dentista ya dentro del consultorio.

—No le digas cosa. No le gusta —le susurra el sobrino.

—Pero y... ¿qué pasó con el otro, el mono ese acuerpado que vino la vez pasada?

—Es el mismo tío, lo que pasa es que ha estado un poco enfermo.

—Qué mala mano, sobrino. ¿Y la cita es para ti o para él?

—Para él, pero yo quería hablar primero contigo.

—Dime.

—Lo que pasa es que él está un poco mal de la cabeza y te va a decir que yo lo golpeé y le fracturé el diente.

—¿Le fracturaste un diente?

—¡Shhh! No. Eso es lo que él te va a decir.

—¿Pero tiene un diente fracturado?

—Sí.

—¿Y cómo se lo fracturó?

—Se tropezó con un mueble y se cayó con la boca abierta.

—Bueno, pues dile que pase, ¿no?

—Sí. Pero también te quería decir que... —el sobrino baja la voz—. No le arregles el diente. No sé... inventa una excusa y dile que no se lo puedes arreglar por lo que sea.

—¿Y por qué?

—Porque lo voy a dejar, pero si le arreglas el diente estoy seguro de que si me sonrío... no voy a ser capaz.

—¡Ay, sobrino! La vez pasada fue lo mismo con el mono acuerpado. Y no me digas que es el mismo porque no soy tan pendejo como tu mamá.

Flash. La foto de una ceja muy poblada y mona, con una herida abierta. Flash. La foto de un labio con un incipiente bigote, roto y sangrante. Flash. La foto de una oreja con *piercing*, rasgada. Flash. La foto de una boca abierta, con los dientes centrales superiores e inferiores fracturados. Flash.

El sobrino va a decir algo, pero el dentista lo interrumpe.

—¿Por qué no les pegas en otra parte? Ni que te pagara comisión.

El sobrino se encoge de hombros.

—Ven, hazlo pasar que debe estar bien adolorido.

### III

Las siluetas de los dos hombres se mueven en medio del tráfico peatonal.

—¿En qué nos vamos? —dice el melenudo.

—A esta hora es difícil tomar un taxi.

—¿Caminamos?

El gordo asiente. Caminan un rato sin decir nada.

—Tu tío me contó lo del tipo acuerpado. A él le fue mucho peor.

—No le creas nada. Tú tienes razón, ningún dentista es bueno.

—Por lo menos es mucho más buena gente que tú. Quedamos en salir mañana.

—Pero él es casado.

—Tú parecías el marido de tu madre y mira... llevamos dos años juntos.

—No me puedes dejar.

—Ahora entiendo. Tú querías dejarme a mí primero. ¿O no?

—No. Ahora es diferente.

—¿Y por qué habría de ser diferente?

—Porque me he dado cuenta de que te amo.

—¿Por qué siempre me enamoro de tipos tan mierdas como tú?

El gordo se encoge de hombros.

—Mira cómo me quedó el diente.

—Se te ve mucho mejor que antes.

—Solo quieres quedar bien conmigo.

—En serio, te ves muy bien.

El gordo se acerca al melenudo e intenta darle un beso en la boca, pero este se corre y el destino final del beso termina siendo uno de sus cachetes.

—Todavía tienes labial.

El gordo se restriega la boca con la manga de su saco. Se ríe. El melenudo también ríe. Los dos ríen cada vez más fuerte.

—¿Y vamos a seguir viviendo de la pensión?

—Sí. Pero el próximo mes, tú eres quien va a tener que disfrazarse.

Los dos vuelven a reír. Entran a la casa.

—Yo no sé firmar como tu madre.

—Ven dame un beso —dice el gordo.

—Sólo si me encuentras.



—Está bien. Sabes que me encanta esa mirada de perdido que pones... como cuando te encontré por primera vez, cosa.

—Ésta vez te la paso, pero nunca más me llames así.

—Okey, cosa. Cuento hasta veinte.

---

**Mauricio Montes.** Es realizador de cine y televisión, guionista y escritor. Ha publicado los cuentos “Leche de Amnesia” y “Asombrado” (tercer premio Bogotá capital mundial del libro 2009) y el ensayo “You can’t always get what you want”. Como realizador ha hecho los cortos *Apego* y *Good bye* (presente en múltiples festivales) y el documental *Diario de un sueño* (director y guionista), ganador del India Catalina 2014 a mejor documental.

# TALLER VIRTUAL

Director: Jairo Andrade

# El horror de la vida diaria

María Cuesta Santelli

Comenzando por la doctora Adriana, quería verlos a todos muertos, que se tomaran el tinto envenenado y murieran lentamente mientras sus vidas pasan ante sus ojos.

Así fue. El miércoles, cuando la doctora Adriana estaba distraída, le puse cianuro a su tinto. Lo tomó y comenzó a agonizar mientras agarraba con todas sus fuerzas la cartera Ferragamo que compró la semana pasada. Luego pasé al resto del personal.

En total liberé 56 almas. Cuando la policía entró al recinto a investigar el caso, en medio de los cuerpos, dije a los agentes que yo era el autor material e intelectual de esta escena, pero no me prestaron atención, como si mis palabras se las hubiera tragado el viento. Se quedaron en silencio, estáticos, contemplando los cuerpos que yacían en el piso. En ese momento comprendí que la esperanza nos aquieta y nos calla cuando entendemos que al final, en la vida, todo tiene solución.

Los oficiales me preguntaron si tenía algo de tomar. Les ofrecí tinto y ellos, gustosos, lo bebieron.

---

**María Cuesta Santelli.** Escritora.

# Ideografía

Diana Carol Forero

Para qué arabescos,  
glissandos y fantásticas florituras,  
con qué fin narrar  
la increíble caída de Tamerlán  
desde el circonio sin fin del cielo,  
a cuenta de qué desplumarme  
en desaforados delirios  
metafóricos, simílicos  
e hiperbólicos,  
si solo una selecta corte de iniciados  
podría entenderlo,  
si a nadie más que a mí podría interesarle.

Para qué jugar ajedrez con el lenguaje,  
si solo en el simple y brutal canto  
de la vida y la muerte  
el color de las palabras encuentra mejor su significado.

---

**Diana Carol Forero.** Nació en Villavicencio (Meta), en 1974. Es egresada del Taller de Poesía de la Universidad Nacional en 1993 y del Taller de Escritores de la Universidad Central en 1995. Fue mención de honor en el Concurso de Poesía Prensa Nueva de Ibagué en 1996, primer puesto en el Concurso Virtual de Poesía UNAD ZAO 2013. Actualmente estudia Psicología en la UNAD, y es Promotora de Reintegración de la ACR.

# TALLER USAQUÉN

Directora: Andrea Salgado

# Entrevista

Andrea Salgado estudió Comunicación social y luego hizo una maestría en Creación Literaria en la Universidad de Texas en El Paso. Es escritora, periodista y docente en creación literaria. Publicó un libro de crónicas en 2010 que recibió una mención por su calidad literaria en el Concurso de Crónica Ciudad de Bogotá. Asume con rigor y tenacidad su doble vocación de formadora en proceso de formación, pues como bien lo dice, “nunca se termina de aprender a leer y a escribir”.

## ¿Se puede enseñar a escribir?

Uno comienza a leer y escribir entre los cinco y los siete años (a veces antes o después) y nunca termina de aprender.

El maestro guía al escritor por las formas y técnicas trabajadas por otros escritores, lo hace consciente de los mecanismos que rigen las obras, reflexiona con ellos sobre las ideas exploradas por él y por otros. Como un editor, lo ayuda a encontrar caminos que él, por la cercanía que tiene con su trabajo, no logra ver; le habla de la disciplina, le trasmite su pasión, comparte sus angustias y alegrías frente al proceso de creación.

En la aventura ajena, el maestro tiene un papel secundario, nunca el protagónico. Es el Sancho Panza, el escudero del aprendiz que es El Quijote. Cuando es necesario se convierte en Mefistófeles, adquiere forma de ángel o demonio, depende de la necesidad. Está ahí para aligerar la carga, no para hacerla más pesada, no para convertirse en la piedra que hay que empujar colina arriba.

## ¿Qué destacaría como logros del taller de narrativa?

El taller de Usaquén reunió un grupo de personas muy diversas en cuanto a edades, profesiones y estratos socioculturales, las

“El taller de Usaquén reunió un grupo de personas muy diversas en cuanto a edades,

sentó en el mismo espacio y, a través de la literatura, las puso a reflexionar sobre la condición humana, a confrontar ideas y creencias, generó un espacio donde predominó el respeto hacia el otro. Así mismo, avivó el potencial de algunos participantes que continuaron desarrollando sus habilidades en otros talleres.

profesiones y estratos socioculturales, las sentó en el mismo espacio y, a través de la literatura, las puso a reflexionar sobre la condición humana.”

### ¿Qué errores frecuentes encuentra en la producción escrita de los participantes?

Hay muchos problemas en el manejo de la herramienta del lenguaje y un desconocimiento generalizado de la literatura contemporánea. Los escritores latinoamericanos se conocen solo hasta el boom. Hay una marcada tendencia a leer a los norteamericanos, pero, del mismo modo, el conocimiento de dichos autores parece ir solo hasta mediados del siglo XX. La falta de diversidad en las lecturas hace que la búsqueda escrita de los participantes se parezca, tome rutas similares.

La crónica, como género, se desconocía casi por completo. La gran mayoría la asocia con los relatos amarillistas de la televisión privada: *Séptimo Día, Crónicas RCN*.

No sé si estos son errores, yo los llamaría omisiones. Muchas cosas han sido omitidas en la educación literaria.

### ¿Cuál es la metodología del taller?

Se estudian formas y recursos técnicos a través de la lecturas y se ponen en práctica a través de la escritura. Se editan los resultados en un taller grupal y también a través del trabajo personalizado.

Como este primer experimento de taller pretendía ser un acercamiento introductorio a la escritura literaria de ficción, no ficción y poesía, busqué trabajar con recursos técnicos que fueran transversales, de tal modo que cada una de las cosas estudiadas no resultara de uso exclusivo de un género, sino que, por el contrario, alimentara la totalidad de los formatos y estilos.

## ¿Qué se necesita para escribir bien?

Haber nacido para ser escritor y tener disciplina.

## ¿Qué emparenta a los géneros narrativos entre sí?

Los géneros existen no como una camisa de fuerza, sino por el contrario como un abanico de posibilidades que se encuentran al servicio del escritor. Aunque la mayoría de obras literarias sean clasificadas dentro de un género específico, no son necesariamente la expresión pura de éste. *Elizabeth Costello*, de J. M. Coetzee, y *Ficciones*, de Jorge Luis Borges, por ejemplo, juegan cada uno a su manera con las nociones del ensayo; *Especies de espacios*, de George Perec, y *Las amantes*, de Elfriede Jelinek, se encuentran en el territorio impreciso de la narrativa, la poesía e incluso el ensayo; las crónicas de la argentina Leila Guerriero, si ella no hubiera establecido que son reales, podrían pasar por cuentos.

Podría continuar la vida entera encontrando en cada obra literaria la presencia de por lo menos un elemento que no es exclusivo del género en el cual fue etiquetado. Los géneros son métodos de clasificación que permiten establecer criterios editoriales. Hay que poner los libros en algún estante de la librería. No existen géneros puros, existe la literatura.

## ¿Qué libros o lecturas considera imprescindibles en el proceso de formación de escritor?

Toda lista es arbitraria. No expresa otra cosa que el trayecto realizado por un ser humano en el vasto territorio de la literatura. El año pasado una revista me pidió que escribiera cuáles eran los 25 imprescindibles de la literatura, aquellos que todo el mundo debía leer. Intenté, juro que intenté responder esa pregunta, pero no pude. La vida entera no me alcanzaría y quién soy yo para decir semejante cosa.

Hoy que me han vuelto a preguntar sobre imprescindibles y no tengo más remedio que contestar, voy a hablar de los que hoy ocupan mi pedestal, el material de clase que tengo sobre el escritorio.



Para recursos técnicos de la narración hoy tengo *Intimidación* de Hanif Kureishi, *La balada del café triste* de Carson MacCullers, *El testigo escuchón: cincuenta personajes* de Elías Canetti y el capítulo “Los personajes” de *El arte de la escritura dramática* de Lagos Egri.

En ensayo contemporáneo vamos a charlar de la lección 6 de *Elizabeth Costello* de J. M. Coetzee: “El problema del mal”.

Para escritura gastronómica: *Contra los gourmets* de Manuel Vásquez Montalbán, *Rapsodia Gourmet* de Muriel Barbery y *El vientre de París* de Émile Zola.

Para leer y escribir: arte y oficio, me toca *La lotería* de Shirley Jackson, *Los súper juguetes duran todo el verano* de Brian Aldiss, la película *Her* de Spike Jonze y *El crimen perfecto* de Jean Baudrillard.

### ¿Cree en las musas?

Sí, son mujeres de carne y hueso o personajes literarios que sacan al escritor de las profundidades de su mundo de ficción, se lo llevan de paseo, de fiesta, por otros países o a comer. Son las encargadas de devolverlo al mundo, abren las ventanas para que entre el aire y su presencia se convierte en luz sobre la historia que creamos.

### ¿Qué consejo le daría a alguien que quiere empezar a escribir?

Haga lo que le diga el corazón pero no sea romántico sino realista, no se *empelicule*, pregúntese primero: ¿tendré suficiente talento, capacidad? ¿Podré entregarle mi vida a un oficio? ¿Ponerlo por encima de todo lo demás? Si contesta que sí, entonces revise cómo está en el terreno de la fe: ¿cree en usted mismo? Ojalá diga que sí, de lo contrario no continúe, para ser escritor se necesita una fe ciega por la escritura propia, por la capacidad que esta tendrá para hablarle al lector, comunicarse, iluminarlo sobre la experiencia humana.

# My funny Valentine

Oriana Cortés

Estoy enamorado... ¿En realidad lo estoy? A lo mejor exagero, no... no puede ser, ni siquiera sé si es legal. Si la madre de Valentina supiera que estoy interesado en su pequeña hija, una niña blanca, de clase media, que no tiene más de dos años de edad, me echaría a la hoguera rezando el rosario con su grupo de rezanderas. Y es que yo no estaba preparado para esto, yo pensaba que viviría en una casa medianamente liberal, claro, nunca creí que me fueran a dar un gran recibimiento, pero no esperaba una catástrofe si alguien más que Laura me encontraba. Ella me compró hace diez años en un *sex shop* y me envolvió en una bufanda que introdujo en el fondo de su cartera para llevarme a su casa. Laura me acomodó en una caja de cartón bajo su cama, donde conviví de manera pacífica con sus diarios, un par de revistas para adolescentes, una colombina viejísima, y una que otra media perdida.

Laura tuvo grandes momentos conmigo y, bueno, es que soy un gran partido, porque lo he pensado bastante, no soy cualquier consolador vaca muerta, yo vibro, tengo seis velocidades, además estoy recubierto de silicona y soy flexible, no soy grande ni llamativo como esas enormes cosas que ahora sacan, unos vibradores del tamaño de un brazo humano que además vienen con un apéndice que simula ser un grotesco dedo giratorio, hasta alumbran. Yo quisiera saber cómo hacen las mujeres, y los hombres, claro, para esconderlos de sus maridos, esposas, madres, de sus hijos. Yo soy discreto, tengo el decente tamaño del pene promedio, mi figura es la de un pene erecto en plena forma y mi color es fucsia, y creo que fue justamente eso último lo que le llamó la atención a la pequeña Valentina cuando llegó gateando bajo la cama de su hermana y me encontró en la caja

de bufandas. Y es que Valentina me trató como nunca lo hizo Laura. Laura siempre fue utilitarista, cuando estábamos juntos pensaba en otros, y eso lo sé porque nunca tuvo la consideración de quedarse callada, siempre que llegaba soltaba un nombre, Aurelia, Raaaaúl, Franciiiiisco. Lo más grave era cuando aparecía en la habitación borracha a las tres de la mañana con aliento a cigarrillo y a aguardiente, si me iba bien se me acababan las pilas entre sus piernas porque se quedaba dormida, pero también podía lanzarme con furia fuera de su cama una vez llegaba. Aunque Laura tuvo sus aciertos, no lo puedo negar, era una perfecta feminista y yo era indispensable para ella, se sentía orgullosa de mí, más de una vez la escuché comentarles a sus amigas que ella podría renunciar a todos los hombres y mujeres siempre que me tuviera a su lado. Nuestra relación nunca se enfrió, nuestros encuentros eran varios por semana, hasta que se casó. Eso fue un duro golpe para mí, leyó y habló tanta basura y no hizo nada, no subvirtió al mundo como quería, en cambio a mí sí me aleccionó sobre las resistencias contra las normas que gobiernan los cuerpos modernos y, a pesar de todo eso, se puso un traje blanco y un velo, se veía graciosísima, parecía imitando a una pequeña púber del siglo XIX entregada a algún terrateniente para que se reprodujera. Es un alivio que nosotros los vibradores no nos reproduzcamos solos.

Lo cierto es que no he podido dejar de pensar en Valentina, mi funny Valentine. Fue tan sutil cuando me encontró. Silenciosa, mordiendo su labio inferior y llena de babas mezclándose sobre su boca rosada, mejillas y mentón, y la forma en la que me tocó, me agarró con fuerza y me miró como si acabara de descubrir una palabra nueva, una nueva especie, un tesoro perdido. Después me llevó a su boca y me mordió, sentí las leves presiones de sus encías muecas en mi piel, me bañó en sus babas, esta vez no se trató de mí dándole placer a alguien más, esta vez Valentina me convirtió en su objeto de deseo, de conocimiento, tocó los puntos precisos, me encendió cuando creía que no podía volver a funcionar. Explotó en pequeñas carcajadas cuando escuchó mi ronronear y sintió mi movimiento en todas las velocidades mientras me sostenía entre sus pequeñas manos. Luego me dominó y me metió de nuevo en su boca, saboreándome como si fuera una colombina vibrante. Entonces sentí envidia de los humanos, de sus bocas, de sus roces. Y es una embarrada que lo nuestro no pueda ser, que debamos convertirnos en amantes hasta que su madre me descubra o hasta que supere su fase oral, porque no soy estúpido, Valentina me trató así

porque está conociendo el mundo a través de su boca, y yo daría lo que fuera porque su vieja madre estuviera lo suficientemente ciega para confundirme con esas gomas que les dan a los niños tratando de calmar las incomodidades del nacimiento de los dientes. Jugaríamos todos los días, por lo menos durante un año, yo podría morir tranquilo, no me importaría que me quemaran, o me mandaran a la caneca después, viviría como si el futuro no existiera, disfrutaría cada instante en su cuna, de su lengua, sus papilas gustativas rozando mi silicona, de cada risa babosa y de sus manos pegajosas de comida, y es que con ella no me importaría ser un falo pegachento y sucio perdido del camino que debía recorrer. Mierda, y es que finalmente sí estoy enamorado.

---

**Oriana Cortés.** Nació en Cali (Valle del Cauca), en 1985. Es antropóloga de profesión y trabaja en la Secretaría Distrital de Planeación.

# TALLER DE CHAPINERO

Director: Andrés Ospina

# Después de misa

Jhon Jairo Muñoz Cárdenas

¿Por qué un jinete borracho dentro de mi hogar? Sospecho que es mi padre. ¡Mi cabeza revienta! Siempre sueño eso: un corto en blanco y negro sin final. Quiero saber qué pasó ese día.

Mucho alcohol circula por mi cuerpo todavía. Me urge hidratarme y también saber por qué papá estuvo ese día montado en la casa. ¿Qué gritaba? La verdad la saben mis hermanas. Porque son mayores y de buena memoria. Son gemelas, se odian y les encanta el chisme por teléfono.

Mi hermana Mariela: *me coges de apuros, Nanita, pero sí recuerdo ese fatídico día. Fue un domingo, porque muy temprano estuvimos en misa y fue en la iglesia donde empezó la debacle. Todos bañados y peinados como Dios manda y mamá con su velo negro tapándole la cabeza, queriendo cubrir sus pecados con los encajes. Es que mamá siempre tuvo esa mirada baja, de santo alumbrado con mechero. Pa' mí que la pobre, alma bendita, tenía su gato enmochilado.*

*Justo ese día se armó la de Troya, pues al bobo caregallina de Dionisio le dio por coger a papito del brazo en la iglesia y, apartándolo de la feligresía, le soltó, sin anestesia, una sarta de verdades que le helaron hasta la mitocondria. Nunca se pudieron comprobar los bochinches del Dionisio porque su mamá, la misma mía, era hermética. ¡Y con ese mal genio de ají con pólvora! ¿Quién se atrevía a preguntarle?*

*Papito enseguida puso cara de querer matar al mismo padre Manrique y se fue con Dionisio, todavía colgado del brazo de papá, pal estanco de la plaza, sin despedirse. Mirando a mamá con los ojos hechos candela. A mamá se le debieron arrugar las tripas del susto porque papá parecía el mismísimo Chiras. Así que nos fuimos como hilera de patos para la casa a*

hacer el sagrado sancocho de todos los domingos, mientras papito se llenaba el buche y la cabeza de aguardiente.

Según las chismosas del pueblo que eran nuestras tías, lo que el indio patuleco le cacareó a papá fue que su querida esposa, el sábado anterior después del mercado, se le ocurrió sentarse a tomar cerveza, como cualquier peón, con el viejo Juvenal. ¡Imagínese! Con ese anciano torcido y apestoso, que las únicas cosas que hizo en la vida fueron ser alcalde y enemigo de papá. Ahí mismito la gente comenzó a despotricar. ¡Que si amantes! ¡Que si mozos! Así fue como papá, borracho hasta las quimbas, montó su caballo negro y cabalgó hasta dentro de la casa, rompiendo la vajilla que trajo en barco la abuela. Caballo y jinete daban vueltas en la sala, pisando la alfombra y tumbando los muebles.

Ante la idea que la iba a despescuezar, todos, curiosos, asistieron a la función: la lambericas de Helena; los peones; la india Petra, que abandonó la labor de batir y vigilar el acostumbrado almuerzo, por ir a mirar el espectáculo con la bocota más abierta que los ojos. También estaba usted, Nanita, chiquita. Todos se hicieron sitio. Porque, aunque borracho, era imponente mi viejito. Como un libertador. Gritaba arres y oes controlando perfectamente al animal, pero más animal fui yo, que subí a buscar una cámara fotográfica, dizque para eternizar el momento, y cuando bajé ya no había nadie en la sala. Sólo una plasta inmensa de verde boñiga sobre la alfombra blanca. ¡Me provocó arrancarme los pelos de la ira!

Después la vida siguió como si aquel domingo negro nunca hubiera ocurrido. Prohibido estaba hablar de ese día. Siempre he pensado que mi difunta mamá no debió hacer eso de sentarse a beber con el viejo pernicioso de Juvenal. No se espera eso de una mujer casada. Afortunadamente ya los dos partieron el uno para arriba y la otra para abajo. Nunca supimos si papá la perdonó, porque esa relación siempre fue muy rara. Apenas si se hablaban. ¿Cómo hicieron para fabricar tres hijas? ¿Qué le vio a mi mamá? ¿Aló, Nanita?

¡Qué tal el cuento de Mariela! Siempre fue la consentida de papá. ¿Dónde tengo el número de Helena?

Mi hermana Helena: está bien. Yo le cuento la verdad de lo que pasó ese día, pero jure por las llagas del Redentor que usted no le dice nada a la amargada de Mariela. No quiero pelear otra vez con esa bruja espantalavirgen. Lo de la cabalgada del viejo en la casa. Eso pasó un domingo. Pero lo más grave venía pasando atrás. Figúrese, Nanita,

que nuestro padre andaba dándoselas de galanzucho con la hija del alcalde, don Juvenal Prieto. Que además de alcalde era el señor más decente y elegante del pueblo.

La muchachita, hija del excelentísimo burgomaestre, no heredó la belleza de los Prietos. Más bien acholada ella, no hacía más que pavonearse por la plaza luciendo sus greñas de cáscara de mazorca, pelando el diente y batiendo pestaña a cuanto pelafustán se le pasaba. Entre otros mi papá, que ojalá no me jale las patas esta noche. Él cayó en los embelecos de esta ninfa asoleada, hasta que se enteró el barrendero cojo de la iglesia. Y el muy chismoso patecumbia fue derechito a contarle a mi mamá.

Berrionda como era, decidió tomar la vaca por los cachos y el mismo sábado fue a buscar al alcalde pa' hacerle saber las andanzas de la joyita de su hija. ¡Pues sí señora! Se sentaron en el estanco a tomar cerveza. Y ella se despachó a contarle los pecados de esos dos. No recuerdo más de ese día, pero el domingo sí. Salíamos todos de la iglesia, después de pedir perdón por las faltas de mi papá, cuando apareció otra vez el barrendero chismoso. Dionisio se llamaba el mequetrefe ese, que era alquito más que un eunuco al que le quedaron debiendo un pedazo de pata izquierda.

Mi papá escuchó al lenguaraz. ¡Le contó todito! A mi papá se le fue desfigurando la cara por el miedo. Y se fue para el estanco corriendo con el barrendero a emborracharse, para no darle la cara a mi mamá ni al alcalde. Y mi madrecita, como toda una señora, hizo lo que se debe hacer: arrearnos ligerito pal rancho. Porque tarde o temprano el cobarde de mi papá cruzaría el umbral para rendir cuentas.

Más tarde, la india Petra y yo pelábamos las papas para el bendito sancocho de cada domingo. Estaba la floja de Mariela, que no ayudaba ni a bañarse ella misma. Los peones colgando jeta, uno que otro vecino cizañero —que vino a traer maledicciones—, las medidas de las tías y usted, Nanita, chiquita.

Entonces la primera en verlo venir fui yo. Venía rebozando ridiculez, montado en ese escuálido jamelgo. Me provocó una carcajada cuando lo vi cual mamarracho, cayéndose de la perra y del caballo. No se podía ver peor el pobre, porque a decir verdad mi papá no era agraciado. Bonita mi mamá, que parecía la virgen María vestida de civil. La taimada de Mariela salió corriendo muerta del susto. Todos esperábamos las palabras de papá pidiendo perdón, pero nada salió de su boca. Al que sí le salió algo, pero



*no de la boca, fue al caballo, que cagó plácidamente sobre la alfombra blanca.*

*Estallé de risa, pero mi madrecita me mandó a traer la escoba. Y yo corrí pensando que era para sacar al borracho a escobazos, con todo y caballo. Fui hasta el patio y juro que no tardé más de un minuto. Pero cuando regresé ya no había nadie en la sala. Sólo el aromático testimonio que dejó el caballo desconsiderado de mi papá. De ahí en adelante quedó prohibidísimo hablar del tema. Hasta ahora que a usted se le metió el capricho de recordar. Por caridad, Nanita: no diga que yo le conté. Porque la bruja esa es capaz de chuzar mi foto patas arriba. Me despido porque están timbrando. Debe ser la vecina del 202. ¡Anda muy mal porque el hijo dizque tiene novio!*

*Tres Coca-Colas y muchas aspirinas no le ganan al guayabo. Tengo el número de la india Petra. La llamo, aunque no me muero por escucharla.*

*La india Petra: ¡Señorita Ana! ¿Y usted pa' qué quiere saber lo de su taita enancao en un burro? Yo le cuento, pero no se vaya a injuriar. Si quiere saber toitica la verdad, se aguanta. Porque sus papaítos no eran ningunos santos. Es que yo fui un trisito más que una esclava en esa casa.*

*Lo raro no es que el patrón llegara a la casa changado en un burro prestado. Porque el amo siempre se vio metido en esos tejemanejes escandalosos. La historia venía endenantes. Todo empezó el maldingo día en que el zoquete de Juvenal Prieto fue nombrado alcalde. Esa escogencia estuvo bien chueca. Dicen que su papá se amangualó con el viejo Juvenal pa' hacerse nombrar del gobernador. Como los caminos del pueblo eran unos peladeros, los fulanos hicieron pavimentar la calle Real. Y mientras unos indios regalados voleaban mezcla y guadua, ellos se embolsillaban un montón de plata del contrato.*

*El plan les marchaba bien. Ya Juvenal era alcalde y el robo estaba arreglado, pero —con todo respeto, niña— su mamacita se enteró y pidió parte del torcido, como gallinazo palitraquero. Ellos, como eran de machuches, se negaron a darle plata. Plata del pueblo. Así que la misiá amenazaba sapearlos día y noche con ese vozarrón de guitarra destemplada, y ellos la enredaban pa' no aflojar la marmaja.*

*Hasta que ella se emberracó y cogió pa' donde el alcalde, que patiamarillo como pudo la sacó de la oficina y, a empellones, la metió al estanco. Y pa' calmarla le dio un chirrincho doble. Niansesabe qué le dijo. Pero ella, juiciosita, regresó pa' su casa. Fue el domingo, saliendo de misa.*

*Cuando el único hombre valiente de este pueblo, el indio Dionisio, como un héroe, tomó fuertemente a su papá por el brazo, y sanjuaneándolo le exigió las cuentas de la pavimentada. Es que el indio Dionisio, aunque era renco, por un balazo que se ganó sirviéndole a la patria, no era ningún entelerido.*

*Era un indio valiente y no le tembló pa' hacerles saber a todos la maturranga que pretendían hacer sus difuntos padres y el alcalducho. Entonces el patrón salió corriendo pal estanco a hacer las cosas que mejor sabía: esconderse y jartar. Y hasta ahí supe. Porque su mamá nos agarró a punta de alaridos, apurándonos a pelar las papas pal tripazo de menudencias de los domingos. Cuando estábamos en la cocina apareció el patrón acabalgado en el burro del padre Manrique. Chapolo hasta los tuétanos. Rompió unos platos y unos adornos feísimos que su mamá decía que eran herencia, pero que yo mismita la acompañé a comprar en la miscelánea de don Célico, después de hacernos jurar no contarle a nadie.*

*Con el primer plato roto, la risa se le borró. Era un circo, señorita Ana. Estaban los piones, las batusas de sus tías, las gemelas malacarasas, y uno que otro chismoso de por ahí. Antón el burro soltó una plasta encima de un chiro viejo que nos hacía poner en la sala. Con esa jedentina, todos salimos corriendo. ¡Hasta el mismo burro! Y se dañó el contrato del pavimento. ¡Y nanay de plata pa' nadie! Todo gracias a Dionisio, que es el hombre más honesto que ha parido esta región. En su casa no se habló más de ese domingo.*

*Mientras finjo que la escucho el guayabo me fuerza a tirarle el teléfono. Sigo con dudas. En lo único que coinciden es en la gracia del cuadrúpedo. Y ella continúa: Cambiando de tema, niña, a estas horas de Dios nada que pavimentan la calle Real, siguen los chancucos. Siguen las...*

*Al final, en mi casa todo termina así. ¡Qué cagada!*

---

**Jhon Jairo Muñoz.** Nació en Bogotá, en 1976. Es estudiante de Lengua Castellana, padre de familia, peluquero y escritor.

# TALLER DE SANTA FE

Director: Miguel Ángel Manrique

# 100% perfecto

Fabio Alexander Pulido

Antonio repasaba las hojas de un diario que le dieron en la calle. Helena caminó lentamente hacia él y con desgano le dio un beso en la mejilla. Le indicó que se sentara con un gesto vacío de la mano y le comentó:

—Si vieras, esta mañana escuché en la radio una estupidez: que supuestamente en Inglaterra habían encontrado la manera para que las personas encontraran la pareja 100% perfecta. ¡Qué mentira!

—Mmmm.

—Sí, hay gente estúpida, ¿no? Lo peor era cómo lo argumentaban, con estadísticas y todo.

Helena sonrió y sacó un cigarrillo del bolso.

Antonio dubitativo respondió:

—Pero dime, ¿no sería maravilloso pensarlo?

Helena soltó una risotada y dijo:

—Por favor, Antonio, me vas a decir que crees en eso ahora, después de tanto tiempo de no hablarnos. En ese tipo de perfecciones... —besó su cigarrillo y sonrió.

—Sí, pero ten cuidado, acuérdate que fuiste tú la que...

—Bueno, no hablemos de eso. El debate es sobre esa mierda de la pareja 100% perfecta.

—Está bien. Además tengo que reconocer que yo sí pensé que eras mi pareja 100% perfecta —Helena apretó los labios para no reír—. Tan así, que todavía recuerdo la alegría de esos días. Cuando lograste reunir el dinero para la Especialización en Matemática Aplicada. Después, tu entusiasmo, las ecuaciones diferenciales, la emoción de tu supremacía y entendimiento para estas labores; me besabas y me decías: “Amor, cómo es que ellos no

entienden que la ecuación diferencial que define el movimiento de una estructura es... Amaba esa facilidad para hacer de los números tu todo”.

—¿Para qué recuerdas eso?

—No me dices que requieres argumentos lícitos. Ese es uno, importante para mí.

Helena miraba a Antonio intentando escudriñar el tiempo.

—Pero sabes cuál fue el momento en que lo creí, en que creí que eras mi pareja 100% perfecta, cuando me contaste que saliendo de clase encontraste un cartel a medio pegar: “Gran Ciclo de los hermanos Marx”. Me contabas cómo añorabas que llegara el lunes para terminar la clase de Probabilidad y sumergirte en el mundo del cine. Recuerdo que llegaste una tarde, tan plena y alegre, y mientras te desvestías me dijiste: “Si vieras con la frase que salió Groucho en la peli: Nunca olvido una cara, pero con la suya voy a hacer una excepción”. Reíste tanto, que en la vibración de tu cuerpo desnudo descubrí que eras mi pareja 100% perfecta.

Helena consternada tomó la mano de Antonio y musitó:

—Qué bellos momentos, Antonio.

En esos momentos Helena fijó su atención en el bolso. Soltó la mano de Antonio y le dijo:

—Espérate, me están llamando.

Al contestar Helena sonrió gratamente, se levantó de la silla y se alejó.

Antonio volvió al diario que le habían regalado. Al instante regresó Helena vivazmente, diciendo:

—Mira, Antonio, es que tengo un compromiso, me tengo que ir —hizo un gesto como simulando un beso—, estamos en contacto.

Antonio se quedó sentado releendo las páginas. Cuestionándose la seriedad de los estudios sociales.

---

**Fabio Alexander Pulido.** Es estudiante de décimo semestre de Humanidades y Lengua Castellana de la Universidad Distrital. Apasionado por los cuentos de Clarice Lispector y Rubem Fonseca.

TALLER  
DE  
SAN  
CRISTÓBAL

Director: Nahum Montt

# Lo que pasa en mi calle

Johana Naranjo

La parte de mi calle no está rota.

Me gusta salir y sentarme a tomar el sol en las escaleras, ver las Malvinas,

un barrio con casas pegadas con colbón a la montaña, puedo coger el camión de la gaseosa y medirlo con mis manos.

A las casitas les falta color y plastilina, luego me gustaría pintarlas.

Pero ahora no... tengo sueño.

Y sí, son las 11 de la mañana...

---

**Johana Naranjo.** Nací un sábado 17 de abril de 1982 a las 4 y 39 de la mañana. Trabajo en estudios de movilidad, o sea que soy una especie de nómada urbana. Me gusta tejer, coser, crear y algún día tendré un hijo que se llamará Simón.

# TALLER DE KENNEDY

Director: José Pérez



# Oficina de cartas muertas

Jair Roberto Vargas Méndez

## Primera parte: El jefe

Suena el teléfono. Varias veces suena el teléfono.

Desde el otro lado de la oficina se escucha el timbre desesperado del teléfono que nadie contesta.

Madison, preocupada, suspende la música aburrida de las teclas de su máquina de escribir para levantarse, atravesar el corredor y golpear una vez más en la puerta de vidrio tallado del despacho de Frank Mostow donde el teléfono repica como si llorara. No se escucha nada, excepto un teléfono negro que al fin se cansa de sonar. Luego, el ruido lento de los tacones cansados de la secretaria que regresa a su puesto a continuar con la sinfonía árida de su máquina de marca Remington.

—Maddy, ¿ha visto hoy al señor Mostow?

—No, señor, cuando llegué, él ya estaba en su despacho. Lleva todo el día encerrado allí, no ha salido a almorzar, no ha contestado el teléfono y no quiso abrir la puerta para recibir la correspondencia.

—Que nadie lo interrumpa, por favor. Frank no ha querido decírselo a nadie, pero está atravesando por una situación familiar muy delicada. Su esposa lo ha engañado con otro hombre y hace ya un tiempo que optó por abandonarlo para marcharse con el amante. Al pobre hombre le ha costado mantenerse en pie.

—Señor, temprano lo escuché llorar, creo que ha tenido una terrible recaída en su estado de ánimo y ¡temo que cometa una locura!

—Frank es un hombre sensato, aplomado, seguro se sobrepondrá. Necesita unos tragos, eso es todo. Si es necesario, yo hablaré con él, le daré algunos días libres, por ahora le pido que lo deje a solas.

## Segunda parte: El cartero

A las seis de la tarde, el servicio de correspondencia sufre un minicolapso en la ciudad. ¿La razón? Las primeras tabernas abren sus puertas al público con el tradicional *happy hour* que atrae a cientos de oficinistas, algunos aburridos de la vida conyugal, otros en busca de esa pareja ideal para iniciar una aburrida vida conyugal.

En la esquina de la calle Eastwick, a escasas cuerdas de la oficina de correos, hay una pequeña puerta metálica que sirve de entrada para el sitio de encuentro habitual de los carteros de la ciudad. Se trata de un burdel de poca monta que recibe a los empleados postales que apoyan sus bicicletas sobre las paredes del callejón y entran a distraerse un rato de su tarea.

Patrick, sentado sobre su maletín, se suelta el nudo de la corbata que ya lo ahorca, bebe de un sorbo los tragos de un whisky pálido y amargo. Hoy no quiere trabajar más, quiere quedarse ahí sentado y olvidar. Una mujer con la blusa abierta hasta el ombligo pasa por su lado y le roza la cara con las manos para despertarlo de su rabia. Al rato, Patrick tira algunas monedas sobre la mesa. Con la misma resignación con la que se levanta a diario recoge su maletín de correspondencia que aún rebosa de cartas por entregar y sale a la calle. Sobre la silla, por error ha quedado una carta para una tal Emily.

## Tercera parte: La mujer del burdel

La mujer pasa de nuevo por la mesa, recoge el dinero para llevarlo a la barra y se percata del documento que se le ha quedado al borracho. Con vulgar sigilo lo dobla para guardarlo entre el pecho frondoso y el sostén. Ha conseguido una nueva pieza para su colección secreta. Se encamina hacia su habitación con prisa. Una vez adentro, cierra la puerta y se sienta en la cama para leer la carta. La devora una compulsiva curiosidad. Enciende la luz y abre un cajón repleto de sobres abiertos para sacar una navaja. Su habitación pequeña y de paredes mohosas es un cementerio a donde van a parar todas las misivas que los empleados de la oficina postal dejan caer por accidente en medio de su borrachera. Es como la oficina de cartas muertas de la ciudad. Ninguna de esas cartas alcanzó su destino ni regresará a su remitente. En cada nueva hoja que llega a sus manos hay pequeños espejos que reflejan el rostro de personas que tal vez ella jamás ha visto, algunos retazos de vidas que no se parecen a la suya porque son felices. Otros que le

producen ese extraño alivio mezquino de la desgracia ajena. Para ella es como sentarse a escuchar una radionovela narrada por su propia voz, pues lee cada carta en voz alta como si estuviera frente a un micrófono. Acuerdos comerciales, saludos familiares, encendidas declaraciones de amor, relatos de crímenes y otras tantas historias quedaron atrapadas en el cajón desvencijado de la mesa de noche de un burdel de poca monta cuya entrada se adorna todas las tardes con una fila de bicicletas viejas.

#### Cuarta parte: El remitente

“Tengo los nervios destrozados, no puedo soportar más esta zozobra. He perdido el sueño, me parece escuchar tu voz detrás de las paredes, sobre el techo, bajo el piso, como si fueras un fantasma que ronda el edificio para recordarme que te has ido sin ninguna explicación.

Te he escrito a la dirección de tus padres con la vaga esperanza de que hayas decidido volver a vivir allá. Pero es inútil tratar de negar la realidad, sé que te has ido con él. Pronto mi voz se ahogará en la garganta y no podré gritar tu nombre. Te necesito. No sé qué más hacer, no sé a dónde ir a buscarte, la desesperación me ha dado un horrible consejo. Pero después de oír tantos consejos inútiles, creo que éste es el más acertado. No sé si la corbata que me regalaste en navidad pueda soportar el peso de mi cuerpo y sus temblores, pero debo intentarlo. Tal vez así alcance la paz que me has robado”.

#### Quinta parte: El cliente habitual

La puerta de la habitación se abre de manera intempestiva. Sus ojos verdes se posan inmensos sobre la sombra, está aterrorizada. Sabe que es inútil pedir ayuda, con el volumen de la música nadie va a escucharla y él va a enfadarse más. En la quietud del hombre, la mujer intuye su mareo, su fragilidad. No sonrío aún pero presiente que esta vez será distinto, que no saldrá derrotada. El hombre, elemental y ebrio, deja la oscuridad del corredor para avanzar hacia ella. Conoce muy bien el ritual, bastará con abofetearla algunas veces y arrancarle la blusa con los dientes para que la prostituta se olvide de la idea de oponer resistencia.

La mujer oculta las dos manos en la espalda y el hombre intrigado forcejea con ella para descubrir lo que esconde. La empuja contra la pared y ella deja caer de su mano derecha una hoja de papel. El hombre se agacha a

recogerla, la lee sin entenderla muy bien, le estalla una cachetada en el rostro asustado y se burla de ella. Guarda la carta en su bolsillo y se sienta sobre la cama para quitarse los zapatos con una lentitud que multiplica la agonía de la mujer.

Ella, con el cuerpo todavía tembloroso, se acerca a él por la espalda, lo acaricia despacio mientras el hombre se demora con los nudos de los cordones. Con delicadeza le descarga sus senos frondosos semidesnudos sobre los hombros para excitarlo, para extraviarlo en su torpe afán de desvestirse. En efecto, el hombre se desespera y se inclina sobre su zapato izquierdo para zafarlo a la fuerza, entonces ella saca de su espalda la mano izquierda escondida y le clava en el pecho la navaja de abrir cartas. La inmensa masa bruta del hombre se escurre poco a poco sobre el tapete como un toro de lidia que ha alcanzado su redención. La mujer saca una bolsa de lona del armario, mete dos vestidos y luego saca el cajón de la mesa de noche para tirar todas las cartas de su colección en la bolsa. Recoge el dinero que tenía escondido bajo la bailarina de porcelana de la repisa y lo guarda con vulgar sigilo entre el pecho y el sostén. Al salir cierra la puerta con la firme determinación de abandonar la ciudad.

### Sexta parte: Emily

Después de una noche de continuos sobresaltos y angustia, Emily intenta recuperarse del desvelo con la siesta de la tarde. Apenas una hora después escucha el incesante golpe de nudillos en la puerta de su casa. Como puede se pone su levantadora de satín para bajar a abrir.

—Buenos tardes, señora, soy el oficial de policía Mark Aldrich, lamento informarle que su compañero ha muerto. Es necesario que me acompañe a la morgue para realizar todos los trámites de rigor.

La mujer se voltea y respira profundo, le ha costado mucho ocultar su alivio frente al oficial. Luego de soportar el maltrato del patán con quien decidió irse a vivir, por fin alguien le había dado su merecido. Durante noches interminables de dolor, soñó la venganza. Mientras se curaba las heridas de los abusos, extrañó el calor amable del hombre que abandonó.

A medida que la patrulla recorre en silencio las calles de la ciudad para llevarla a la morgue ella imagina la segunda oportunidad que tendrá con su esposo. Todo el amor que tiene para darle, caricias delicadas y mañanas de café caliente en la cama. Ahí encogida, como un gato con frío, en el asiento

trasero del carro mastica su mezquina y merecida alegría por la muerte del bastardo y sólo anhela poder olvidar. La voz del oficial que le avisa que han llegado la distrae de su rabia.

Al llegar al despacho del forense le entregan una caja pequeña con las pertenencias del difunto. Para ella la revisión es sólo una diligencia tediosa. Unas llaves, unas monedas, una carta, un bolígrafo... Se devuelve sobre la hoja de papel y descubre una letra que le resulta familiar. La lee con avidez para confirmar lo que temía, es la firma de Frank, su esposo, la que está al final de esa desesperada nota de despedida. No se explica cómo pudo llegar una carta de su esposo a las manos del difunto amante. Pide el teléfono prestado al forense y marca con desesperación a la oficina de su esposo. Pero al otro lado de la línea el aparato llora en vano.

La mujer abandona las instalaciones de la morgue con una terrible incertidumbre. Por un lado, comprende que su error ha sido tan grande que las consecuencias pueden ser mortales. Por otro lado se consuela con la idea de que Frank es un hombre sensato y aplomado y que seguramente ha sabido sobreponerse a su traición. La velocidad del taxi le parece poca para la urgencia que tiene de llegar a la oficina de su esposo.

### Séptima parte: Bernard, el sastre

Los empleados de la sastrería se reúnen en la sala de juntas por pedido del jefe. Bernard, el dueño de la empresa de confecciones, los espera con un rostro inexpresivo en la cabeza de la mesa. Cuando el último empleado ha entrado, el hombre saca una hoja de la solapa de su saco, la desdobra y lee el siguiente discurso:

“Apreciados colaboradores, es para mí un motivo de orgullo comunicarles que nuestra producción del invierno pasado ha sido galardonada con el Premio a la Calidad ‘Aguja De Plata’. Nuestras prendas fueron sometidas a un riguroso examen por los jurados del gobierno y han determinado que los materiales, las costuras y el proceso de confección han alcanzado unos estándares dignos del reconocimiento nacional. Por tal razón he decidido mostrarles mi agradecimiento regalándole a cada uno de ustedes una de las exclusivas corbatas que confeccionamos para la navidad anterior y que según el análisis de los expertos fueron elaboradas con telas resistentes y elegantes. Gracias a todos por su compromiso y dedicación que redundan en beneficio de nuestros clientes”.

---

**Jair Roberto Vargas.** Periodista y consultor pedagógico. Egresado del Taller de Escritores de la Universidad Central. Tercer premio en el Concurso de Cuento Breve “Ray Loriga” de la Fundación Gilberto Alzate Avendaño en 2005 y primer finalista del Concurso Nacional de Cuento “25 años del Taller de Escritores de la Universidad Central” en 2006.

Cartas  
para  
no llorar

Melissa Cobo Campo (Mandiguagua)

Carta para una hija  
que aún no nace

Las palabras son sencillas. De amores son los rezos para el dios en que no creo. Tu padre sentado a mi derecha observa el bullicio de tu cuerpo tejedor. Dos veces confirmamos tu presencia. Cuánto gozo garantizar algo a través de mi vientre. Que nazcas, que nazcas.

Tu madre.

Carta para una pequeñita  
que aún no nace

No te esperaba. Fue tu madre la que te procreó, yo no sé cómo participé. Pero prometo amarte, así las cosas deben ser.

Tu padre.

Carta para unos padres  
que todavía no me paren

Yo no los elegí. El flujo que llega al centro de mi cosmos me trae extraños pálpitos. Por favor no posar sus manos sobre mi espacio. Yo naceré sola, poco los necesito.

Su hija.

Carta de una recién parida  
para su hija bien nacida

Alimentaré tu carencia con la punta de mi seno. No te prometo muchas cosas, porque yo tampoco las tuve y ¿qué daré del no tener? Sólo toma(me).  
Acá estoy.

Carta de un padre  
—que quiere escapar pero no debe—  
para su hija alumbrada

Siempre huyo en las dificultades. Pero tanto odio-amo a mi padre que no perpetuaré su sombra. Me quedaré.

Carta de una niña,  
que no abre los ojos,  
para sus padres temerosos

No me partiré, aliviad vuestras angustias. No lloraré, aliviad vuestros temores. No me bifurcaré y seré una sola, para complementar sus desatinos. No exijan mucho de mí, y daré todo de ustedes.

Carta de unos padres  
que no saben amar a su hija

¿Cómo te arropamos en el calor de nuestro nido? ¿Tendremos que cazar fieras voladoras para que alimentes tu espíritu? ¿Cómo amarte a ti si no aprendimos el amor propio? ¿Cómo escucharte gritar y llorar sin perder la calma? ¿Cómo te amamos, niña pariente? Danos una pista desde tus infantiles augurios. No nos mires lejana, prolonguemos la cercanía. No te irás por ahora, eres nuestra pero eres tuya.

Carta de despedida  
de un padre que se rinde  
a una hija que lo mira



Explicar mis pasos es tarea difícil. Aprendí a culpar al mismo tiempo que a recitar mis palabras. Así que te culpo pequeña intrusa; y a mi padre, a tu madre y a la mía. No volverás a ocupar mis espacios, pero harás parte del terreno de mis memorias. Crece pronto y vacúnate de las desgracias. No te quejes. No me extrañes. Naciste sola y todo esto te pertenece.

Carta de la madre  
que mira al padre  
de su hija marchar

Hoy te vas pero en realidad no estuviste. Ya sabes que todo esto se derrite en mis manos. Mis músculos no alcanzan a sostener lo insostenible. Si eras la luz de la ceguera que selló mi padre cuando arrancó mis ojos, ahora sólo veo angustias donde debería ver mi estirpe. Que se vaya, que se vaya la niña que me recuerda tus manos. Que crezca pronto, que vuele, que huya.

Carta ahogada  
de una niña que entiende

Ahora me voy para poder volver. No los miraré de frente, aún no tengo el perdón sincronizado en mi palpar. Si hago falta, no lo sabré. Los abrazos no nacidos jamás me arroparán en mis futuras noches. Comprendo el silencio de esta despedida, no han sabido qué decirme; de palabras carecen. Escucharé sus reclamos a través de mis pupilas vacías. No me iré muy lejos, lo prometo.

---

**Melissa Cobo.** Nació en Bogotá, hace 23 años. Cuentista y poeta en formación. Con algunas incursiones en el teatro y la crónica. Politóloga de profesión, escritora de vocación y con tendencia a la dispersión.

# TALLER DE FONTIBÓN

Directora: Luisa Espina

# El desfiladero

Hugo Hernández

3 de octubre

Hermano, ¿qué tal todo?, espero que bien. Sé que las diferencias que nos alejan de alguna manera han sido irreconciliables, los abismos que nos separan son ahora infranqueables, pero qué más da, eres lo único a quien yo puedo llamar familia. Me ha entrado la nostalgia al estar tan lejos, solo, sin amigos o conocidos, aunque ansioso por todo lo nuevo que puede llegar a suceder. En fin, no sé para qué escribo esto, puede que simplemente no te importe en lo más mínimo. Sin embargo, espero que todo vaya por un mejor sendero, cuídate la salud. Ya sabes, esa tos que te ataca en las noches frías, no dejes de tomarte tus medicinas y hacer los baños con las sales recetadas por el doctor. En fin, luego volveré a escribir.

J. D.

12 de octubre

Hoy recordé que es tu cumpleaños, espero que te encuentres lo mejor posible, odio no poder acompañarte, o no haber escrito con anterioridad, pero el trabajo y los estudios me tienen bastante ocupado. Igual sé que no te interesa mi compañía y tal vez ni siquiera leas esta carta, a lo mejor a esta hora ya es pasto de llamas en la chimenea. No importa, igual quiero desearte lo mejor y una pronta recuperación en tu salud. Acabo de mudarme. ¿Recuerdas la vetusta casa en las afueras del pueblo, en el acantilado, aquella donde pasamos nuestras mejores horas infantiles? Es ahora un lugar bastante solitario, pero hermoso. Un mejor lugar para mis estudios y mi trabajo, imposible de encontrar. Es un poco aterradora si se mira con cuidado, pero no sé si recuerdas mi gusto por las casas antiguas y

polvorientas, ja, ja, ja, sobre todo ésta, pletórica de memorias y recuerdos. Fue algo difícil la mudanza: por alguna razón que desconozco, los lugareños sienten cierta aprensión por el lugar. La casona es bastante fría pero posee a la vez un encanto sutil y misterioso. Y, por cierto, una enorme biblioteca, que no logro recordar y que demoraré bastante en devorar, creo que a ti más que a nadie te gustaría entrar allí y ver los títulos. En fin, si algún día decides visitarme, la verás con tus propios ojos. Hasta pronto.

J. D.

19 de octubre

Hermano, lo siento, mis ocupaciones y un breve quebranto de salud me habían impedido escribirte. He tenido un poco de fiebre, nada de qué preocuparse, debe ser un leve resfriado: ya sabes, el polvo y el frío acumulado en esta casona, nada de consideración. Aun así, espero que tu salud se haya restablecido o que por lo menos no se haya agravado. He tenido sueños horribles, algunos contigo, de ahí mi preocupación, pero todo debe ser producto de la fiebre, tú más que nadie conoces las pesadillas de los estados febriles. Recuerdo tus episodios y tus ataques, espero que eso esté controlado. A veces oigo tu voz en la soledad de este caserón, y mi mente vuela a tu lado. Sé que mi preocupación te tiene sin cuidado, pero no me gustaba oírte gritar, me ponía los nervios de punta. Debe ser la soledad y el continuo ulular del viento que viene del acantilado. Ya sabes que las casas viejas rechinan y se estremecen con quejidos como de moribundos, con lamentos como de muertos, pero no es más que el frío que se cuele por las rendijas y las oquedades de la madera. Sin embargo, en noches como la de hoy, en las que las piedras del acantilado ominosas y lúgubres me despojan de toda seguridad, extraño tu presencia, el calor de mamá y la fuerza autoritaria de papá. En fin, hoy he estado un poco nostálgico, un abrazo y hasta la próxima vez.

J. D.

23 de octubre

La verdad la situación no ha mejorado. La fiebre ha persistido más allá de lo normal y las pesadillas continúan. He seguido las instrucciones del médico al pie de la letra, pero debe ser este clima hostil que cala mis huesos, ya sabes que siempre fui el débil y enfermizo. Aun así, la estancia

en cama me ha permitido adelantar mis estudios y embeberme en la lectura de los viejos anaqueles de la biblioteca: encontré algunos viejos cuadernos de la niñez, dibujos y nada más, inquietantes por cierto. Pese a todo, tengo una sensación de intranquilidad, de zozobra, una especie de sentimiento de estar siendo observado, de no encontrarme solo, una especie de presencia invisible, pero permanente e inevitable, que se niega a abandonarme; es más, a ciertas horas de la noche siento un leve roce sobre mi piel, pero no debe ser más que alguna corriente de aire que no desea dejarme tranquilo y en paz con mis libros. Ojalá que tú estuvieras acá, conmigo.

J. D.

26 de octubre

Nunca debí haber regresado, jamás debí volver, todo ha empeorado de una manera terrorífica, el sueño ha decidido abandonarme.

J. D.

27 de octubre

Anoche los vi, agazapados en la oscuridad, observándome, acechándome, sus ojos refulgían con un destello malicioso y vil. Allí estaban, en el rincón de la habitación, quietos, ¡maldita sea!, quietos, inertes, observando mi palidez cadavérica, mofándose de mi ruina y de mi enfermedad. Los vi, sí, silenciosos, inmóviles, como juzgándome, esperando el momento oportuno para abalanzarse sobre mí. ¿Te acuerdas cómo eran?, ¿te acuerdas de sus voces como de murmullo?, ¿de sus risas frenéticas?, ¿de su andar?, ¿te acuerdas de lo que nos decían al oído?, ¿te acuerdas de sus rostros, tan familiares y vagos a la vez?, ¿recuerdas lo que nos murmuraban al oído?, ¿cómo olvidarlo?, ¿cómo acallarlos? Ahora son tres, se mantienen alejados y silenciosos, simplemente me observan.

J. D.

29 de octubre

No han regresado. ¿Se han marchado o no es más que otra de sus tretas? Ahora todo es silencio y el crujir de la madera, el hondo lamento de una casa llena de nefastos recuerdos. El sonido lejano del acantilado es un murmullo distante e imperecedero; no me deja en paz, no me deja tranquilo.

J. D.

30 de octubre

Regresaron ayer en la noche. Pese al frío glacial de afuera, yo estaba empapado de sudor, mi cuarto se estremecía con un calor tartáreo, era como un carbón al rojo vivo, dormía, intranquilo, pero dormía. Desperté y los vi, rodeándome. Ahora eran cinco, se erguían alrededor de mi cama, me observaban, sentía algo así como una presión en el cuerpo, una angustia indecible se apoderó de mí, el grito se acumulaba en mi garganta, negándose a salir, negándose a quebrar el hondo silencio. Intenté en vano descifrar sus rostros en esa masa oscura y densa, en esa oscuridad que engullía la luz, pero no pude más que atisbar sus ojos, como tizones ardientes en la noche. Me miraban fijamente, aquellos diez ojos escrutaban mi alma y yo sentía cómo me la arrebatan segundo a segundo. La casa comenzó a crujir en toda su extensión, todos sus huesos, vigas y paredes comenzaron a lamentarse, un quejido prolongado, un llanto subterráneo que emergía de las profundidades insondables de mi alma, unida a este lugar maldito, a este lugar terrorífico. Pero ellos seguían, tan solo ahí, inmóviles, observándome.

J. D.

31 de octubre

Tan solo siguen ahí, rodeando mi cama, quietos, observándome con esos tizones que nunca se extinguen, absorbiendo toda la luz que entra. Ya no sé si es de día o de noche, escribo esto a la luz de una vela que se consume sin prisa, mi cuarto es una única tiniebla, una mortaja, un velo denso como el alquitrán, que poco a poco comienza a teñirme. No he podido salir de mi habitación, estoy demasiado exhausto para intentar una huida. Igual, aunque ellos sólo parezcan observarme y no registran ningún movimiento, tengo la certeza de que detendrían cualquier acto de evasión con prontitud y tal vez brutalidad. Murmuran entre ellos, parecen comunicarse en lenguas ininteligibles para oídos humanos. Siempre están rodeándome, amenazantes y a la vez dueños de una tranquilidad a todas luces inquietante. Son dueños del tiempo, de mi tiempo, no queda más remedio que ponerme en su voluntad.

J. D.

1 de noviembre

Esta es mi última carta, me despido. Dejo todo lo que alguna vez me unió a este mundo, abandono las vanas esperanzas humanas, dejo atrás todo aquello que alguna vez me hizo ser lo que fui, me entrego con total contemplación y deleite al abrazo cruel y mortal. Hoy por fin me han hablado, he reconocido sus voces y sus rostros se han hecho visibles. Te he reconocido a ti, hermano, y al “otro”, y a mi madre y a mi padre, y a mí “mismo”. Me he contemplado, he visto mi efigie en la oscuridad. He recordado todo, los murmullos que retumbaban en mis oídos, las palabras perversas que me conminaban a la maldad y la destrucción, las invocaciones que exigían sacrificios, tus llantos en la noche, implorantes, y las promesas de una vana mejoría. He recordado sus voces, acalladas por mí mente durante tanto tiempo. ¿Te acuerdas?, ellos prometían salvarte de tus penurias, de tu dolor. Siempre fuiste mi preferido, siempre hice todo por ti y he recordado la noche, aquella lejana noche sin luna, en que decidimos saciar sus apetitos con la carne dulce de nuestros padres, he recordado sus rostros voraces y sus ojos como tizones ardientes, he recordado con horror infinito el ruido que hacían en su macabro festín y recuerdo luego nuestro camino hacia el acantilado y “ellos” junto a nosotros. Y recuerdo verte caer y perderte en las espumas del mar, recuerdo tu rostro estrellado contra las rocas ominosas del desfiladero y luego recuerdo que el mar te engulló. Era el fin de tu dolor y el comienzo del mío, incumplí el juramento, transgredí el pacto. Ha llegado mi hora, es ahora mi turno de terminar lo empezado. Pero ustedes, “ellos”, me esperan, me han perdonado y tan solo me esperan para volver a estar juntos como antes. Ahora esta carta será tragada, junto con mi cuerpo, por el mar silencioso de la medianoche.

J. D.

---

**Hugo Hernández.** Realizador audiovisual, o por lo menos eso dice el diploma que cuelga en una de las paredes de la casa. Lo mueven sus ansias de escribir, de contar historias y tal vez algún día a llevarlas la pantalla grande.

# TALLER DE ENGATIVÁ

Director: Jaime García Pulido



# Alimento para gatos

Daniel Suárez

Años después cuando volví a ver a Tatiana a los ojos fue inevitable no revivir el recuerdo sombrío que nos mantuvo distanciados. En aquellos días ella quería una mascota, aunque yo siempre pensé que no sería una buena dueña. Ni el lugar donde vivía, ni su mamá, ni su propia responsabilidad eran suficientes para tener un animal. Tatiana tenía quince años cuando la gata del vecindario arribó casi como por casualidad, se deslizó sin ruido por el tejado de la vieja casa donde ella vivía. No era una buena casa, era una de esas de tres pisos que se incorporaron en plena fundación del barrio. La fachada estaba cubierta por una pintura rojo navidad y el interior era del azul pastel con el que pintaban las casas en los setenta. Las viejas baldosas rojas resonaban al pisarlas y conservaban el olor de la cera para pisos y la canela en esencia. Recuerdo que en el primer piso quedaba un pequeño negocio donde le fiaban todo a la mamá de Tatiana cuando se acababa el sueldo. En el segundo piso había dos “apartamentos” pequeños, uno lo ocupaba la dueña de la casa y, el otro, Tatiana con su madre. También había unas escaleras de cemento que conducían al tercer piso, a una terraza en obra negra.

Ya no me acuerdo del nombre de la gata blanca, lo que importa saber es que estaba embarazada y no tenía dónde amamantar a sus futuros gatos. Por eso fue a dar a la única terraza del barrio que tenía un proyecto de tejado. Tatiana no se dio cuenta a primera vista de la situación de la criatura, pero, debido a su falta de agilidad y la precaución que mostraba al moverse, acabó por descubrirlo.

—¡Está embarazada! —se dijo con un gesto victorioso, como cuando una chiquilla descubre la relación entre diciembre y los regalos.

Desde ese momento las cosas empezaron a ser diferentes para Tatiana. Antes, debo decir que ella se levantaba todos los días a las 5:00 a. m. para ir a estudiar. Mientras tomaba una rápida ducha tarareaba “Chala Head Chala”, titiritaba y vestía con desagrado su uniforme que siempre cargaba un asfixiante aroma a lavanda. Frente al espejo contemplaba su piel canela, sus ojos grandes y de tonos pardos, únicos entre todas las personas que conocía; se sonreía y peinaba con los dedos unos cuantos cabellos alborotados. Al salir desayunaba un huevo, café con leche y uno o dos panes. Antes de que su mejor amiga timbrara todas las mañanas, Tatiana subía a la terraza en busca de la gata; al verla, dejaba en un tazón metálico un poco de leche y un trozo de pan que le sobraba del desayuno. La gata la contemplaba desde las sombras con sus ojos amarillos en silencio. Tatiana nunca le sintió el ronroneo, nunca la vio pelear, ni cazar, ni dar un gesto de gracias ante sus cuidados. Era una felina con personalidad, como todas las gatas de tejado.

Alexandra era nuestro complemento. Se trataba de una chica con muy poca estatura, unos labios muy delgados, el cabello corto, las piernas cortas y la paciencia también muy corta. Le encantaba hacerse la enferma y fingir desmayos o pérdidas de memoria. Eso sí, siempre había una justificación para sus extrañas actuaciones: llamar la atención. Tatiana la conoció un día en que fingía debilidad por los rayos ultravioleta del sol, bajo la amplia y fresca sombra de un árbol.

—Dime Álex, es más fácil.

—¿Como un hombre?

—No es nombre de hombre, sólo es la abreviatura— agregó con descontento y malhumor.

Charlaron por varios días y noches sobre sus gustos en común, y cuando se dieron cuenta ya eran las “japonesas” del colegio. El apodo siempre les quedó bien, sufrieron la fiebre del *anime* en Colombia y se enamoraron furtivamente de algún personaje secreto de las series; además aprendieron a reconocer la fonética de las palabras básicas del japonés para transmitirse información que no a todos “nos interesaba saber”. También tenían otras virtudes; las dos chicas eran muy buenas para las materias numéricas. Tatiana era audaz para química y Álex, para trigonometría, pero no les iba bien en las humanidades; yo siempre dije que eso tenía relación con lo asociales que llegaban a ser a ratos. Salían de estudiar a las 12:30 p.

m. y recorrían juntas el mismo trayecto de la mañana, esta vez con brisas frescas que las protegían del arduo sol de medio día. A veces tomaban el bus por pereza de caminar, pero eso las retrasaba aún más. Se despedían frente a la casa de Tatiana y no se veían más hasta la mañana siguiente, salvo que surgiera una situación de emergencia o yo.

Tras descargar su mochila y revisar el contenido del refrigerador, Tatiana subía a la terraza y llamaba a la gata con el “míchico míchico” que muchos colombianos creen que entienden los gatos. Siempre refugiada de los humanos a causa de su embarazo, la gata permanecía en silencio vigilando con su mirada todo aquello que pasaba en la terraza. A veces cazaba una paloma y dejaba el suelo ensangrentado con huesos a medio roer y una cama de plumas grises. En medio de todo, era una felina más bien pacífica. Cuando Tatiana llegaba, veía el desorden pero no limpiaba nada; buscaba al animal y dejaba algo de comer cerca de donde la viera. Siempre estuvo segura de que la gata se comía las sobras que subía, ya que las dejaba y al día siguiente o un par de horas después ya no estaban.

Un jueves de agosto en que recogí a las japonesas en el colegio y caminamos juntos a casa, Tatiana estaba rebotante de felicidad, mucho más de lo habitual. Los ojos pardos le brillaban como un par de ágatas de las que usan en la joyería artesanal.

—¡La gata ya tuvo a los gatitos!

—¿Hablamos de un animal real o es otra de las fantasías que te invaden con frecuencia? —pregunté.

—Una gata real, la que vive en mi terraza.

En ese momento yo no sabía qué gata era, quién cargaba con la responsabilidad de los gatitos, ni por qué había que darle importancia a la situación. Álex tomó mi mano con fuerza. Dimos la vuelta a la esquina de los videojuegos. *Ao no Exorcist* estaba en furor. Todo el mundo estaba metido en esa goma, que como todas las gomas, tarde o temprano, iba a pasar, para dar paso a otra mejor. Llegamos al apartamento y descargamos nuestras cosas. Álex desordenadamente intentaba hablarme sobre uno y otro tema.

—Nuestra relación está mal —decía—, pero mejor olvídale —y se retractaba.

Yo nunca entendí esas actitudes de algunas mujeres: dicen algo y luego se corrigen, creen evitar inconvenientes así, pero eso crea una bola de

estambre que tarde o temprano se vuelve incontrolable. En eso estaba pensando mientras me mordía los labios; con los dientes mordisqueaba todo rastro de cuero reseco que se me levantaba a causa del maltrato y el sol, lo repetía hasta hacerlos sangrar. Tatiana repentinamente gritó con todo el aire que tenía en sus pulmones.

—¡Álex! —llamó a su amiga con un poco de desesperación.

Al oír el grito me sobresalté, caminé en dirección a las escaleras pero ella me detuvo.

—No vayas —me susurró—. No hace falta, yo voy.

Álex subió con sus piernas cortas en tres, cuatro, cinco zancadas los dieciséis deteriorados escalones de hormigón. Tras un momento, bajó Tatiana. Nunca le había visto ese temblor en los labios. Era una expresión nueva en ella, pues casi siempre transmitía tranquilidad y alegría con sus palabras. Giré hasta ponerme frente al espejo de marco de yeso, de un dorado desteñido por la luz del sol que se colaba todas las tardes a través de la ventana. El reflejo de Tatiana se ondulaba y se volvía difuso debido a las manchas de suciedad. Tardé unos segundos en leer en el cristal su mirada de frustración y dolor.

—¡Ey! ¿Pasó algo? —susurré.

Ella negó con la cabeza, pero era obvio que lentamente se sumergía en un dolor profundo. Yo retomé la pregunta y, en un tono más suave, con menos orgullo, volví a preguntar. Esta vez Tatiana balbuceó una respuesta con una voz opaca y sollozante:

—La dueña de la casa mató a los gatos.

—¿Cómo estás tan segura de que fue ella?

—Es la única, además de mi madre, Álex y yo, que entra con frecuencia a esta casa. Hace unos días me advirtió que no alimentara a esa gata holgazana, que ese animal arrimaba en el techo de todas las casas sólo en busca de comida fácil. Dijo eso y mil cosas más.

—Ah, ya veo.

—Además, anoche mientras hacíamos el proyecto de química, con Álex escuchamos que murmuraba junto a su esposo algo sobre mascotas, sobre veneno. Obviamente fue ella quien mató a toda la camada.

Bajé la mirada. No supe qué hacer con mis manos, ni con el resto de mi cuerpo. La luz del sol comenzó a sofocarme como si fuera aceite caliente chorreando mis ropas. Jamás entenderé esa relación que tenía

Tatiana con la gata. La quería como a su mascota, pero no atendió sus necesidades fielmente o con interés, nunca se apropió de ella ni le brindó un hogar adecuado. ¿Qué esperaba ella de ese animal?, después de todo no era su mascota; pero sí entendí en buena medida su dolor. Me quedaba difícil compartir su aflicción por la pérdida irreparable de la gata, pero no había nada que justificara la represalia tomada contra los animales. Álex bajaba con un gato atigrado gris entre las manos. Aún respiraba, pero temblaba descontroladamente. Sus orejas se veían caídas, su nariz estaba más que húmeda.

—Pobrecito, está muriendo de frío —dijo Tatiana con un leve alivio.

—No, está envenenado —repuso Álex.

Fue a la cocina, buscó leche, azúcar y panela y la puso a tibir en una vasija de aluminio. Según entendí, era para contrarrestar el efecto del veneno. Tatiana se dirigió a mí con el gato entre las manos. Me pidió que lo sostuviera y yo me negué. Le expliqué que no era bueno con los animales y no quería que algo le pasara. Me ofrecí a ayudarle en otra cosa, ir a una veterinaria, ir a la tienda de abajo y comprar más panela o, en el peor de los casos, acompañarla el resto de su vida.

—La gata tenía seis crías, Álex y yo encontramos cinco arriba y luego ella bajó con otro —dijo—, pero la mamá aún no aparece...

Decidí ayudarla con una sonrisa falsa, alargando las comisuras de mis labios sólo para simular una colaboración sincera, para que su voz tomara un tono más apaciguado y menos afligido. Subimos. La terraza estaba en obra negra, la luz del sol levantaba un marchito olor a polvo, a soledad y a vejez. El espacio estaba distribuido para construir dos habitaciones pequeñas pero al parecer jamás fueron acabadas. Se quedaron como simples divisiones en ladrillo pegado con cemento. En las esquinas asomaban unos soportes de hierro que acompañaban palos gruesos de madera sobre los cuales reposaban unas láminas de acero corrugado que simulaban un techo.

Tatiana me señaló los cadáveres de los gatos que había encontrado. Aquello no era una terraza, era un recinto lleno de despojos de felinos. Sus colas, sus patas o sus cabezas desgonzadas asomaban en los lugares menos esperados: debajo de una mata de helechos marchitos, junto a una cisterna rota en tres partes, en medio de unas canastas de gaseosas vacías. A diestra y siniestra había remolinos de plumas de palomas que la gata cenó alguna vez,

acompañado de infinidad de basura embellecida con una gruesa capa de polvo. No había camisas, pantalones, calcetines o pantis colgados como en cualquier terraza. Resultaba difícil saber cuánto tiempo llevaba todo eso allí. Era más un espacio que acumulaba materiales de construcción sin uso y que se dejaban cubrir de polvo para que lentamente desaparecieran, o para que las plagas del aire y el éter las habitaran.

En mi vida nunca había visto tantas cosas inútiles pudriéndose en tan pocos metros cuadrados. Tampoco había visto de cerca un animal muerto. Me sentía realmente acomplejado y reflexioné un momento sobre el tema, mientras simulaba observar a través de una derruida malla de gallinero oxidada. La muerte es parte del orden natural, pero ahora era diferente, un humano demasiado inhumano había acabado con la vida de aquellos animales.

Aparte de los gatos marrones, grises y negros que me señaló Tatiana, vi a uno con las manchas propias de un California Spangled que no hacía parte de la camada de la gata blanca. Tenía la cabeza aplastada debajo de un mueble de madera. Ya no era un gato en la extensión de la palabra. Tan sólo unos colmillos asomando por encima de la lengua verdosa. Tan sólo el pelaje extendido cubierto de polvo, la cola recorrida por cuatro hileras de hormigas que iban y venían. La mancha de sangre estaba ennegrecida y se combinaba con la suciedad del suelo. No quise ni pensar al respecto. Como era agosto, el viento dispersaba la mayor parte de los aromas del lugar. Uno percibía sin esfuerzo la mezcla de todos los olores que se revolvían en uno solo.

—¿Qué tanto miras en esa otra esquina? —preguntó Tatiana con inquietud.

—El gato con la cabeza bajo el mueble.

—Ah.

—¿Qué pasó con él?

—Nada —dijo con tono cortante—. Ese lleva mucho tiempo ahí.

No quiso aclarar mi duda y tampoco insistí. Buscaba en los agujeros sucios al gato faltante. Repasé uno a uno los cadáveres que ya conocía. Todos daban la impresión de dormir a pierna suelta. Los cinco gatitos localizados estaban bocarriba, unos encima de otros, con la cola bien estirada y como enrollados sobre sus barrigas. Pude advertir que uno de la mitad, reposando bajo una sombra fría, aún tenía cierto brillo en los ojos. Parecía que me miraba y yo lo miré y me hundí en sus ojos negros. Con un

poco de pena pensé en que ninguno de estos pequeños merecía algo así. Después de un rato me disculpé con Tatiana.

—¡No he podido encontrarla, quizá no esté acá!

—Era mentira —suspiró.

—¿Qué cosa?

—Que los gatos tienen siete vidas.

—De hecho tienen nueve, según Robert Crumb.

Con un ademán dulce, Tatiana se apartó un mechón de la cara y frunció el ceño clavándome una mirada de enojo. En ese instante noté lo vago que llegaba a ser mi comentario. Nuevamente no sabía qué actitud tomar, a dónde dirigir la mirada. Álex subió. A diferencia nuestra, ella había visto morir muchos animales, no sentía la repugnancia ni la compasión que abrigábamos Tatiana y yo. Revisó el lugar con una rápida mirada y de pronto inesperadamente con su mano izquierda jaló un cuerpo tieso. Tatiana chilló. Era la gata blanca que yacía apresada entre un cilindro metálico y unos ladrillos. La camada estaba completa. Oculto tras la gata, también había otro cadáver de felino; era una gata de Angora. Yo veía los cuerpos completamente inertes y tiesos, como los animales de un museo. Con la punta de goma amarilla de su zapato escolar, Álex revisaba cada parte de las gatas.

—Sus cuellos están rotos —dijo con frialdad clínica, tras revisar a los animales.

Las sombras empezaban a ganarle espacio al sol. El clima adoptaba la frescura parsimoniosa y taciturna que revela la proximidad de las 5:00 p. m. Sin nada más que hacer bajamos en silencio. Ambas chicas se encargaron del gato agonizante. Le cepillaron con cuidado el enmarañado pelaje gris y blanco. Le dieron el remedio casero, mientras aún estaba tibio... Quisiera saber qué médico en qué tiempo salió con esa pócima de leche, azúcar y panela, la cual supuestamente contrarrestaba el veneno.

—Este gato podría tener las tales nueve vidas, muy bien ocultas —dije con seriedad. Mi comentario, como era común, a duras penas llegó a los oídos de Álex y de Tatiana; ambas guardaron silencio. Tras varios intentos de darle el remedio buscamos un gotero. El animal bebió todo el líquido con dificultad y luego de un instante pareció mejorar. Tatiana me pidió nuevamente cargarlo mientras buscaba algo con qué acobijarlo; yo accedí. Ya había brillo en sus ojos y movía las pupilas buscando quizá, instintivamente, a su madre y a sus hermanos, pero su condición no le

permitía mover sus extremidades. Tatiana volvió con una manta rosada, tomó al gato en sus manos y se dispuso a cobijarlo.

—¡Es una gata!— dijo con voz de sorpresa.

—Qué bueno—añadió Álex.

Dejó descansar a la pequeña gatita sobre su cama, mientras volvía al mundo real donde no existían las mascotas, donde la cocina debía estar limpia y tendría que haber terminado las tareas antes de la llegada de su mamá. A causa de mi silencio, Álex preguntó qué me ocurría. Recosté mi cabeza en su hombro y sollocé.

—Nunca había vivido una cosa así, Alex.

—¿En serio?

—Hay otras soluciones, no era necesario matarlos. Además, creo que la dueña de la casa se gana estos problemas en el tejado por descuidada, por dejar todo a medias, sin construir.

Álex trató de consolarme con una caricia más áspera que tierna. Si no me falla la memoria, a la gata que sobrevivió a la masacre, Tatiana intentó nombrarla Hikari, que significa “luz” en japonés, pero el sonido en el aire de las sílabas de un idioma extranjero no era el mejor, por eso decidió nombrarla Mila, de milagros; el nombre, además de bello, realmente tenía sentido en su nueva vida. Cuando cayó el crepúsculo, se empezaba a percibir a lo lejos una ligera lluvia. Álex y yo nos fuimos de la casa. No miramos hacia atrás, no nos tomamos de la mano.

—Qué bueno que supieras lo del remedio dulce —dije, rompiendo el silencio.

—Sí, esas son cosas que aprendí cuando era niña en Girardot —respondió—. También aprendí a matar animales.

—¿¡Qué!?

—Ha sido algo muy normal en mi vida. Papá mataba mis mascotas en frente mío cuando estaban enfermas. Esta vez incluso fue de utilidad para el trabajo de química —Álex rió.

—¡Qué espanto! Tampoco me dijiste que tenían una tarea de química... ¿¡Qué hiciste!?

—Estábamos haciendo desinfectante. La orden era hacer el análisis de resultados en la casa, pero no acabamos las mezclas en el colegio, así que saqué a escondidas los materiales y los traje —suspiró—, pero no me di cuenta que faltaron varios. Me dio mucha rabia y les di fenol con leche a los gatos.



—¿¡Los mataste!?

—Los hubiera jodido otra persona —dijo con una sonrisa difícil de comprender—. No creí en serio que se fueran a morir.

No podía creerlo, enmudecí el resto del camino. No sabía si despreciarla o temerle. Me sumergí en pensamientos, imaginé las manos de Álex aplicando sin medida la sustancia en un tazón lleno de leche. El comercio rebosaba de bullicio, las calles olían a lluvia; poco a poco se alejaba la brisa y las canciones desafinadas. Frente a la puerta de su casa Álex se detuvo, permanecía callada.

—¿Me odias? —preguntó con tono de burla.

Dudé en responder, la matanza de los gatos era algo ajeno a mí, no tenía por qué molestarme; sin embargo, fue antinatural, ¡aberrante!

—No tenías por qué interferir —contesté con voz virulenta—. ¡Si los mataba la dueña de la casa o la irresponsabilidad de Tatiana era asunto de ellas! ¡Nada tenías que ver ahí!

Álex se molestó con mi respuesta, tomó una posición de tranquilidad sobreactuada, entró en su casa y cerró con brusquedad la puerta. Fue la última vez que la vi. Tampoco volví a ver a Tatiana, durante mucho tiempo. El día que volví a verla no fui capaz de preguntarle si Mila vivió o murió como todos sus hermanos.

---

**Daniel Suárez.** Nació en Bogotá, en 1996. Es diseñador, dibujante y escritor de vocación. Ganó el Segundo Concurso Nacional de Manga de la revista Kanzen en la categoría menores, en el 2010. Actualmente se prepara en ámbitos literarios e inicia sus estudios de educación superior.

# TALLER DE SUBA

Director: Juan Camilo Biermann López

# Así se escribe un final

Juan Manuel Silva Cely

El timbre de mi apartamento suena de forma insistente y seguirá sonando porque no pienso abrir, sólo deseo dejar registrados los hechos que me han llevado a esta situación, aspiro a tener el tiempo suficiente para hacerlo. Treinta años atrás le di vida a Justo Ilarión con la intención de crear un personaje que fuera lo opuesto a mí. Aquella fue una mañana soleada que presagiaba un torrencial aguacero en la tarde; yo recién me levantaba luego de una noche pasada por excesos, todos cuantos pueda usted imaginar, y ahí estaba él, sentado en mi sillón rojo. Me agradó la altivez con que pidió que le escribiera una novela donde él fuera el protagonista. Sentí que habló como siempre deseé hablar. Siempre he escrito por gusto aunque admito que mis publicaciones se han vendido con dificultad. Yo atribuyo tal resultado a una deficiente campaña de mercadeo. Otra cosa piensan los editores, según los cuales el escritor debe ser un mar de conocimiento literario para garantizar así muchos éxitos de librería. Por aquel entonces buscaba “sacarme la espina” escribiendo una obra que sobrepasara toda expectativa. Fue así como, por decisión mía, apareció Justo Ilarión. Usted se debe estar preguntando, ¿acaso era un personaje reconocido o tan siquiera interesante como para que ameritara escribirle una obra? Nada de eso, era un don nadie antes de que apareciera en mi vida, puedo asegurarle que ni siquiera existía. Corría el año de 1980 y la situación del país para un escritor no era muy favorable, sobre todo cuando se tienen 30 años y se intenta sobrevivir exclusivamente de este oficio; por eso me pareció conveniente trabajar en este personaje al que comencé a amar por tener un carácter opuesto al mío. Inspirado en una historia que tenía desde tiempo atrás en mente, y en la que podría acomodar perfecto a Justo Ilarión, logré

redactar el primer capítulo de la novela en un par de días, realmente lo hice rápido. La historia se ubicaba en Bogotá en 1976 y Justo Ilarión representaría un personaje joven lleno de ideales revolucionarios, que tramaría y llevaría a cabo el secuestro de un importante dirigente sindical a manos de una célula guerrillera comandada por él. Cometido el secuestro, los guerrilleros bajo sus órdenes escribirían en las paredes de la ciudad que acusaban al sindicalista de traición a la patria. Luego, a manera de consulta, pedirían al pueblo que respondiera en esas mismas paredes si estaban de acuerdo o no con que el sindicalista fuera fusilado. Sin permitir que yo terminara de leer, Justo Ilarión se levantó de mi sillón rojo como un resorte y con una de esas reacciones que yo he refrenado en mí, dijo en tono alto: “¿Qué clase de basura literaria es ésta? ¡Con este argumento me convertiré en el hazmerreír del mundo editorial!”. Sus palabras desbordantes de soberbia me parecieron magníficas, su rostro juvenil relucía transfigurado de indignación, y con voz fuerte e imponente continuó descargando su enojo sobre mí: “¡Soy un defensor de la vida! ¡Este papel va en contra de mis principios! ¿Dos días para escribir esa bazofia?” Y luego de ese grandioso reclamo, desapareció.

Mi carrera se iba en intentos infructuosos por crear un personaje que reflejara ese carácter lleno de grietas que habitaba dentro de mí y al cual había logrado mantener dominado. Fue entonces que después de quince años de haberlo visto decidí tener mi segundo encuentro con Justo Ilarión, atravesando de nuevo una etapa de mi carrera en que necesitaba escribir algo no por el dinero o el reconocimiento, sino por el afán de permitirle expresarse a ese monstruo interior. Otra vez se recrudecía mi enfrentamiento con las editoriales que exigían mejores resultados de ventas en mis escritos. En vista de que mi talento como escritor estaba siendo cuestionado por enésima vez, decidí tener otro encuentro con Justo Ilarión. Mis pretensiones iban más allá de escribir otro libro, en realidad quería un personaje que reflejara mi lado oscuro. Llegó el momento de reunirnos y él, sentado en mi sillón rojo, escuchaba con atención mi relato del argumento: otra vez la historia se desarrollaría en Bogotá; regresaríamos en el tiempo doce años hasta 1983. Aquí Justo Ilarión sería el cerebro de un gran fraude electrónico que sacaría de las cuentas del Banco de la República 13.5 millones de dólares para llenar sus bolsillos y poderle dar “una vida digna” a su esposa e hijos. Un delito salpicado por interceptaciones telefónicas, sobornos, amenazas, falsificaciones, tráfico de narcóticos, armas, chantajes,

muertes y otras muchas fechorías que nunca le serían probadas. Cuando terminé, Justo Ilarión se puso de pie y en silencio caminó con su mirada clavada en la alfombra de tejido árabe que cubría el piso de madera en el centro de la sala; de pronto se detuvo, puso sus manos frente a su barbilla como si fuera a orar y sin levantar la mirada dijo con firmeza en la voz: “¡Ahora me has visto la cara de ladrón!”. Entonces se volteó y mirándome directamente a los ojos prosiguió con tono enérgico: “Dime una cosa, ¿quién te has creído para encasillarme siempre con el hampa?”. Lo tranquilicé explicándole que el cerebro de este millonario robo sería un alto funcionario bancario además de exitoso empresario de las exportaciones. Ante esa aclaración, emocionado levantó la cabeza y mirando hacia el techo dijo: “¡Ah! Un ladrón de cuello blanco, con BMW último modelo, apartamento en Austria, cuentas bancarias en Suiza, esposa europea, hijos políticos, amigos influyentes y abundante inteligencia para desviar toda la investigación. Eso me gusta más, es el tipo de personajes con que me identifico... Un momento malandrín...”. Malandrín me decía, amable lector, malandrín a mí, que soy un tipo estudiado, que he realizado especializaciones en el exterior y que he sido noble y excesivamente tolerante frente a críticos y editores sin siquiera permitirme pensar en que algo malo les suceda a pesar de que nunca han reconocido en lo más mínimo la originalidad y creatividad de mi obra, lo que considero una injusticia total. “Podríamos hacer que no fuera en Colombia sino en un país europeo, así le daría más altura a mi personaje”. Culminó con eso mientras pasaba su mano por su cabello peinado hacia atrás y sosteniendo en su rostro blanco y de facciones delgadas una sonrisa acartonada a la espera de mi respuesta. Un portazo que hizo vibrar las ventanas fue la reacción de Justo Ilarión ante mi negativa de cambiar un ápice del argumento, no sin antes exigirme, palabras más palabras menos, que no volviera a pensar en él como personaje de alguno de mis intentos de escritura. Ese carácter era el que deseaba en mi personaje, el reto consistía en lograr un argumento que lo convenciera de quedarse.

Dieciocho años de mi vida han transcurrido desde aquel entonces, lapso que no ha suavizado el carácter de mi otro yo, que persiste en su intención de mostrarse en un personaje de algún relato de mi autoría. Con sesenta años, sentí llegar el momento de poner fin a mi carrera de escritor con una historia que me permitiera despedirme de una forma decorosa. A lo largo de la noche recordé mis encuentros infructuosos con Justo Ilarión, con

quien deseé una nueva y definitiva oportunidad para, por fin, hacerlo protagonista de una novela que hiciera lucir bien ese alto grado de arrogancia que tanto le admiré. Al levantarme algo tarde en la mañana lo encontré sentado en mi sillón rojo. Tres décadas transcurrieron desde nuestro primer encuentro y ahora, con él metido en mi apartamento, empezaba mi tercer intento por escribirle un personaje que fuera de su agrado. Su rostro reflejaba que el tiempo no había hecho mella en él. Conservaba el mismo aspecto atlético de siempre y la lozanía de su piel de juventud, sin siquiera muestras de una arruga o la más mínima línea de expresión, estaba tal como apareció frente a mí en nuestro primer encuentro hacía treinta años. Llevaba su cabello engominado y peinado hacia atrás. Vestía la misma ropa que de costumbre, sus botas de montañista, *jean* azul, camiseta blanca y chaqueta de cuero muy sencilla y apenas sobre la cintura. Entró hablando muy fuerte: “Qué viejo estás, malandrín, los años te han tratado mal, ya no eres el mismo de hace treinta años”. Hubo una pausa en sus palabras y continuó: “Es una lástima verte convertido en un anciano fracasado, pero mírame a mí, joven y fresco como hace treinta años”. No soporté más su arrogancia y tuve que contestarle: “Eso me lo debes a mí, eres solamente el fruto de mi imaginación”. Soltó una carcajada sarcástica y dijo: “De una pobre imaginación que no ha logrado hacerme protagonista de una obra. De una imaginación tan pero tan pobre que de nuevo me ha traído aquí. Acéptalo, malandrín, ya no tienes imaginación o quizás nunca la has tenido, eres un fiasco”. Lo veía caminar alrededor de mi sillón rojo, con sus manos sostenidas por los dedos pulgares sobre los bolsillos delanteros del pantalón mientras levantaba la voz con altivez, algo que hacía con gran talento; en realidad era para lo único que tenía talento. “¡Pero tranquilo, estoy aquí para ayudarte! Traigo para el desarrollo de tu obra grandes ideas, malandrín”. Justo Ilarion tenía razón en que él seguía siendo el mismo, un joven arrogante, predecible y carente de la más mínima agudeza. Sus palabras lograron que un velo cayera de mi mente y en solo un instante me llenaron de argumentos para definitivamente liberarme de él y de paso también de aquel extraño ser que habitaba en mi interior y el cual con el transcurrir de los años se hacía más inescrupuloso; estaba dispuesto a hacer lo que fuera para lograrlo, lo que fuera. Justo Ilarion exigió que, para que yo no le hiciera perder tiempo de nuevo, lo hospedara en mi casa porque así, según su enorme ego, yo podría estar en contacto con toda la sabiduría y el conocimiento acumulado que había en él y de esta forma

acelerar el resultado final. “Ve a tu habitación, enciértrate y consulta con tus demonios para ver si esta vez logras escribir algo que me catapulte hacia la cúspide, que una vez llegue allí me las arreglaré para sostenerme por mi propia cuenta”. Le daré la razón a usted si piensa que Justo Ilarion me maneja con un dedo porque, inmediatamente él habló, me dirigí a encerrarme en mi habitación tratando de encontrar ideas para llegar a ese primer capítulo pero también con la convicción que esta sería la última vez que lo haría regresar. Al día siguiente nos sentamos a hablar a petición suya para buscar la forma de crear el personaje. Le comenté que, evocando mi pasado, regresé cincuenta años en el tiempo a mi niñez y así surgió la idea de crear un personaje que amara la naturaleza y que habitara en Suba por aquel tiempo en que ese sector de la ciudad todavía conservaba el total de sus humedales. A Justo Ilarion eso le pareció bien pues, según él, su nivel intelectual y de conocimiento ambiental le permitiría enriquecer cada línea de diálogo. Y además me aseguró que él llegó a conocer esos humedales en todo su esplendor y que era una lástima que los pocos que hoy quedaban solo fueran receptores de aguas negras. Ahora usted que me lee se preguntará: cómo alguien de aspecto tan joven pudo haber presenciado situaciones ocurridas hace casi cincuenta años o quizás más; pues si ese es su caso, debo decirle que Justo Ilarion no estaba mintiendo. Él podría tener toda la soberbia que a mí me hacía falta para enfrentar a mis editores, pero mentiroso no era, se lo aseguro yo que conozco a Justo Ilarion como un padre conoce a un hijo. Volviendo al relato, me encerré en mi habitación a escribir y logré sacar el primer capítulo al día siguiente. Se trataba de un joven habitante de Suba y descendiente directo de los muiscas. Tendría un cargo religioso dentro del cabildo indígena y, pudiendo ver el futuro por medio de rezos y bebedizos, vaticinaría el desastre ecológico que se avecinaba sobre Suba y sus humedales. “¡Usted está loco, Venancio!”, exclamó Justo Ilarion, “¿Qué clase de personaje es el que está creando? ¿Acaso cree que voy a mezclar mi conocimiento científico con rezos y cosas de magia y chamanismo? ¿Por quién me ha tomado usted? Merezco un personaje de altura, de conocimiento, que genere rechazo en el lector por causa de su...”. De su altivez, recuerdo que así le completé su frase. Permaneció callado un momento mientras me observaba fijamente, y de pronto estalló en una gran carcajada y se marchó diciendo: “¡Ya está cerca del personaje, sí, señor!”. Pero en realidad otra vez estaba en ceros, debía comenzar a escribir de nuevo pero no tenía idea sobre qué hacerlo. Me

quedé encerrado todo el día en el cuarto buscando ideas y hasta llegué a pensar en un personaje de una de mis obras pasadas para intentar encontrar un camino, pero precisamente en los momentos en que parecía llegar la inspiración, en el momento en que podía acomodar algunas ideas, los ruidos producidos por Justo Ilarión me desconcentraban, ya fuera porque arrastraba sus pantuflas por todo el apartamento o porque golpeaba las puertas de la despensa. Lo escuchaba abrir la puerta de su cuarto, lo escuchaba entrar al baño y orinar sin ningún decoro; veía televisión con alto volumen, usaba una y otra vez el encendedor eléctrico de la estufa a gas con su tan molesto “tacatacatatacata” y muchas otras cosas que, por pequeñas que fueran, perturbaban mi labor.

A la mañana siguiente desperté recostado sobre la mesa frente a la máquina de escribir con la hoja todavía en blanco. Una risa de mujer bastante estridente se escuchaba fuera de mi cuarto, me puse de pie, me estiré un poco y salí para averiguar de quién se trataba ahora. Apenas asomé por la puerta cuando una almohada impactó fuertemente mi rostro. Las carcajadas se incrementaron. Caminé por el corredor hasta la sala y encontré a Justo Ilarión retorciéndose de la risa en mi silla roja y al lado de él en el piso, doblada de la risa, estaba ella, la mujer. Me detuve a observarlos reír. Un buen rato después Justo Ilarión se calmó, retomó su seriedad de costumbre y dirigiéndose a mí dijo: “Ella es Minerva, la encontré en la sala al despertarme y, como ves, ya somos buenos amigos”. No contesté nada porque ya la conocía, hizo parte de una de mis obras; fría, sádica, manipuladora, asesina. En ella había pensado el día anterior tratando de encontrar fuentes que me inspiraran a escribir. Ahora usted comprenderá al leer que mi casa se estaba convirtiendo en un lugar inapropiado para crear algo bueno. “Con ella viviendo aquí habrá mayor posibilidad de encontrar un buen argumento, malandrín. Espero que estés de acuerdo, de lo contrario no sé qué vas a hacer porque ni ella ni yo te vamos a dejar en paz. Recuerda que sólo necesitas escribir algo para mí, algo genial. Después de eso no me volverás a ver nunca más”. Volví a mi habitación en busca de tranquilidad, a los pocos pasos sentí una almohada que zumbó cerca de mi oído derecho, y luego las carcajadas de los dos a mis espaldas. “¡Mala puntería!”, les dije sin voltear. “¡Preocúpate por afinar la tuya, malandrín!”, me respondió él. Entré a mi cuarto con un repentino y extraño ataque de lucidez. Todo era cuestión de hilvanar algunos trágicos acontecimientos, todo en beneficio de la obra. Dejé la máquina a un lado y comencé a



escribir a lápiz, borraba y volvía a escribir, me detenía, volvía y leía desde el inicio y luego seguía escribiendo. Me apoyé en el papel que desempeñó Minerva en un libro que escribí varios años atrás, aquel primer proyecto que Justo Ilarion me rechazó. En esa obra ella era una cruel guerrillera, una mujer inteligente e implacable. Recuerdo que cuando se encontró con ese personaje en un principio no le gustó. A pesar de eso debo decir a su favor que nunca lo rechazó, sino que con mucha dedicación y esfuerzo lo trabajó hasta que finalmente consiguió imprimirle parte de su propia identidad a aquella guerrillera, aunque no como para hacer de la obra un suceso en ventas para tristeza del editor. Durante el día y a pesar de las estridentes risas y molestos ruidos de la pareja que interrumpían mi concentración logré escribir gran parte de la historia. Pero tuve que dejar el final pendiente porque durante la noche los tortolitos no dejaron de expresar su intensa lujuria y pasión con gemidos y gritos de placer. Eso sí era insoportable. Sin embargo, ya tenía el final en mente, sólo había que dejar que los acontecimientos siguieran su curso natural.

Después de dormir algunas horas, salí a caminar por mi sitio preferido en Suba, el antiguo y estrecho camino que comunicaba con la capital al que fuera un alejado pueblo durante dos terceras partes del siglo pasado. Le sugiero, apreciado lector, que se tome el tiempo de caminar por esa vía sosegada, en lo posible a primeras horas de la mañana, y que trate de terminar en el puente de la Virgen para que desde allí pueda contemplar, en una mañana despejada, los imponentes nevados de la cordillera Central que se alzan confundidos entre nubes hacia el suroeste de la sabana de Bogotá.

Al regresar a casa pude comprobar que el texto escrito por mí el día y la noche anterior había sido revisado por mis huéspedes. Sentado frente a mi escritorio verifiqué que las hojas no estaban conforme yo las había dejado, a propósito. Ahora ellos sabían quién mandaba aquí. El silencio reinaba otra vez. Me incorporé para dirigirme al cuarto donde dormían los dos. Al entrar vi a Justo Ilarion sentado en una silla del comedor, desnudo y atado con sus manos atrás del espaldar y sus pies a las patas delanteras de la silla. Estaba inconsciente. Tenía una mordaza en su boca y su rostro mostraba huellas de golpes. Frente a él, en otra silla del comedor, estaba Minerva, desnuda. Su cuerpo estaba tatuado completamente, su rostro de tez blanca era la única parte de su piel que no tenía señas de tinta. Su pelo negro azabache lo tenía recogido con una cola de caballo. Contemplaba a Justo Ilarion esperando que éste volviera en sí. Ahora ella era la

protagonista. En sus manos estaba el destino de él y, por qué no decirlo, el mío también si no me apresuraba a escribir algo que resolviera este argumento que ahora me envolvía.

Debo confesarme ante usted que ha tenido la paciencia de llegar hasta aquí: un día decidí convertirme en un solitario que desde entonces no se ha enamorado y esto lo digo porque creo que debo justificarme y justificarlos a ellos por sus actos. Digo justificarme, porque antes de ir a mi cuarto a seguir escribiendo duré un buen rato sentado en el piso de la sala junto a mi sillón rojo buscando similitudes entre la Minerva de aquella obra en que interpretaba a la guerrillera y la Minerva de hoy. Siempre ha sido y seguirá siendo cruel y sedienta de mando. Sin embargo, Justo Ilarion había despertado en ella sentimientos nuevos que me ponían a pensar que Minerva podría cambiar. Quizás era tiempo de que dejara de ser la implacable mujer del pasado. Pero también estaba decidido a seguir dándole una lección al elevado ego de Justo Ilarion, aquel ego que algún día admiré. Y también digo que justificar a esta pareja porque al dirigirme a mi habitación y pasar por la puerta del cuarto de ellos pude ver a Minerva limpiar con gran dedicación y cuidado la sangre que se había secado en el rostro de su víctima, al tiempo que le daba a beber pequeños sorbos de agua. Aún lo mantenía atado. Al verme, volvió a colocarle la mordaza. Justo Ilarion ni siquiera intentó mirarme, sólo mantenía sus ojos puestos en ella.

Escribí casi toda la noche gozando de sana paz. Muy temprano llamé a Minerva. Acudió de inmediato a mi habitación, desnuda. Parecía no sufrir de frío a ninguna hora del día o de la noche. Hice que se sentara y comencé a leerle lo que había escrito. Al terminar, se levantó y salió de mi habitación. Pude escuchar que obedecía el texto al pie de la letra. Pasado un buen rato, salí de mi cuarto atraído por el silencio que imperaba luego de la tormenta. Me encaminé hacia el baño y encontré a Justo Ilarion atado a la silla, amordazado y completamente empapado, con el cuerpo amoratado por los golpes y el frío, y tiritando excesivamente. Minerva lo había estado mojando con baldados de agua que contenían grandes cubos de hielo que la hacían más fría y que al ser arrojados golpeaban con violencia el rostro y todo el cuerpo descubierto de aquel desdichado. No me miró, mantuvo sus ojos observando el piso, estaba apenado de verse desnudo y degradado delante de mí. Al salir del baño me crucé con Minerva, que entraba con una toalla. Observé por un momento que le quitó la mordaza a Justo Ilarion y

luego lo abrigó con la toalla al tiempo que lo iba secando. Luego arrastró la silla sin dificultad para llevarlo a la habitación que compartían. Justo Ilarión sacó fuerzas para preguntarme fuerte: “¿Este argumento es lo mejor que tienes, malandrín?”. No respondí. Me dirigí hacia mi cuarto porque noté que ahora más que nunca debía escribir y darle desenlace a este asunto. Minerva con sus acciones me había puesto sobre alerta; lo que yo le había escrito no incluía ningún cuidado hacia Justo Ilarión, nada de secarlo, de consentirlo, nada de miramientos.

De nuevo en la mañana le pedí a Minerva que viniera a mi habitación. Había llegado el momento decisivo. Tardó en acudir. Cuando entró le pregunté si tenía frío. “No”, respondió, “sólo que me he vestido porque Justo me ha pedido que ya no ande desnuda delante de usted”. Las palabras de ella no me sorprendieron, al contrario, me sirvieron para afirmar lo que ya antes me había imaginado: el tiempo había jugado sus cartas más rápido que yo. Mientras le leía el guión escrito para ella, puse especial atención en la expresión de su rostro preciso en la parte donde ella tenía que asfixiar a Justo Ilarión hasta producirle la muerte. Para mi sorpresa no manifestó ninguna señal de desaprobación. Cuando terminé de leer me preguntó: “¿Qué hago yo aquí?” Le respondí que ella era la protagonista de la obra. “Pero el arreglo entre usted y Justo es que usted escribiría algo donde él fuera el protagonista, así que ¿yo por qué estoy acá?”. Le expliqué cómo había pasado años y años enfrentando como escritor la arrogancia de Justo Ilarión sin lograr satisfacer esa vanidad elevada más allá de lo común por causa de un ego exacerbado que menospreciaba todo esfuerzo de creación que surgía de mi parte. “Por eso acudo a ti, Minerva, con tu carácter firme y tu inteligencia podrás desempeñar muy bien este papel”. Me miró fijamente con sus ojos negros intensos y dijo: “Ya entiendo, usted lo que quiere es librarse de él como broche de oro para culminar su carrera”. Calló por un momento y con voz baja añadió: “Mejor tráigame una cantidad suficiente de cianuro; no, mejor no, puede que le sea difícil conseguirlo, mejor traiga cicuta... Lo que pasa es que yo he cambiado, ahora ya no soy tan firme, hasta he llegado a sentir que me puedo enamorar”. Con esas palabras salió de mi habitación. Me quedé intranquilo porque la conocía muy bien, seguía siendo implacable, cruel, asesina, la novedad es que ahora estaba enamorada.

Salí a caminar un buen rato y regresé a casa con algo mortal llamado curare. No sé por qué la cicuta se había borrado de mi mente. Sin embargo,

para el fin que se buscaba, la cicuta o el curare eran lo mismo. Estaba convencido de que por fin me libraría de Justo Ilarión y que este se llevaría consigo a ese cruel ser que me habitaba, dejando de paso un legado que sería un gran material para presentar en cualquier editorial y cualquier concurso literario. Había gran silencio en el apartamento. Fui a la habitación de la pareja pero estaba vacía. Revisé el resto del apartamento y no los encontré. Entonces me dirigí a mi cuarto y me senté frente a la máquina a pensar en lo que habría podido ocurrir durante mi ausencia. Algo no andaba bien porque según lo escrito los dos deberían estar en el apartamento. Tomé el guión y de inmediato reconocí en él la letra de Minerva; ella había modificado el desenlace. Con avidez comencé a leer. Nadie lo hubiese escrito mejor. Hasta en los diálogos me pareció verla convenciendo a Justo Ilarión de que él tenía la sangre fría para cometer un crimen pasional con lo cual se convertiría por fin en protagonista de una historia aunque con un triste final para el amor. Las líneas siguientes marcarían el destino de los tres. Justo Ilarión había estrangulado a Minerva, en un crimen donde su orgullo y prepotencia creían imponerse ante la inteligencia y el amor de ella, pero en realidad era todo lo contrario. Minerva había marcado con gran sabiduría nuestros caminos convirtiendo a Justo Ilarión en un siniestro personaje dispuesto a obstruir mi obra, ahora cada personaje que yo crease estaba destinado a ser víctima del novel asesino. Con suficiente dosis de resentimiento, su objetivo no era otro que frustrar cualquier intento de creación que surgiera en mí. Minerva había sentenciado muy bien el final de mi carrera como escritor. Aún incrédulo me propuse dar forma a una historia que no estuviera pensada para Justo Ilarión; sin embargo, en tres intentos que realicé, los personajes creados no pasaban de la primera página sin que él no apareciera y los ultimara de alguna forma atroz y despiadada, como queriendo, además de truncar mis proyectos, lastimar mi espíritu de artista con su crueldad. Agotado tras la búsqueda de una salida, pensé en convocar a Víctor del Mar, uno de mis personajes favoritos y protagonista de la más destacada de mis obras, un ser brillante, astuto y sobre todo con personalidad propia, es decir, no tendría que crearlo y así Justo Ilarión no podría impedirme desarrollar un acto de creación porque este personaje ya tenía esencia y era parte de una obra realizada, de algo ya plasmado con mucha anterioridad en el papel. Preferí descansar lo poco que restaba de la noche.

A la mañana siguiente intenté escribir algo según lo que había pensado la víspera; me dispuse entonces a darle entrada a la hoja de papel a Víctor del Mar, pero curiosamente tan pronto escribía su nombre se me hacía imposible hilvanar las ideas y todo terminaba en un sinsentido de idioteces. Borraba y volvía a iniciar. Me halaba mis cabellos crespos y canos de la angustia de no poder escribir. Lo intenté hasta llegar al punto del desespero. Decidí detenerme y salí a preparar un café. Coloqué el agua sobre el fogón y, mientras esperaba a que hirviera, iba alistando todo, colocaba azúcar en la taza, solo una cucharadita para evitar la glicemia, sacaba la bolsa con el café y vertía solo media cucharadita en la coladera, previniendo problemas del corazón. Entonces caí en cuenta que no había leído las últimas líneas del argumento, escritas por Minerva. Mientras que estaba lista el agua para el café salí a buscar esas hojas y las llevé para leerlas en la sala junto a mi sillón rojo; sin embargo, al acercarme a este, encontré que lo ocupaba el cuerpo inerte de Víctor del Mar.

El sonido del agua hirviendo que se desbordaba en la estufa logró sacarme del estupor que me produjo encontrar sin vida mi última esperanza de creación. Era mi pasado demostrándome cuán inútil resultaba para mí en este trance. Apagué el fuego. Entonces sonó el timbre. Me asomé con cautela y sin que desde afuera lo notaran, observé que había llegado la policía. ¿Qué carajos hacía la policía en mi casa? Tomé el guión y regresé a las líneas finales escritas por Minerva, continué la lectura a partir de donde me había detenido la noche anterior y encontré que todo lo que me venía sucediendo hasta este momento, incluida la policía, estaba allí escrito. El timbre siguió sonando. Sin motivo aparente volví a la cocina, tomé un cuchillo afilado, regresé al escritorio en mi cuarto y me senté frente a esta máquina, testigo fiel de los innumerables intentos por escribirle a Justo Ilarión un personaje que se ajustara a sus expectativas, intentos frustrados en su totalidad. Quizás usted, amable lector, apiadándose de mí, se pregunte ahora mismo: ¿cómo pude permitir que este personaje entrara en mi vida? Pues debo decirle que en realidad no entró sino que salió de mi propia vida. Ya ha pasado un buen rato desde que tomé el cuchillo y tracé una línea en la palma de mi mano con su filo y con este mismo aplique el poderoso curare en la herida tal como lo había escrito Minerva en el guión. Ella había calculado muy bien la forma de sacarme a Justo Ilarión de la cabeza y la única forma de terminar con su existencia era terminando primero con la mía. El timbre no ha dejado de sonar, en unos minutos los policías

tumbarán la puerta e intentarán revivirme con alguna muestra de desespero y mucha impericia, pero les será inútil porque a este argumento Minerva ya le ha dado un final.

---

**Juan Manuel Cely.** Diseñador independiente. Escribo de forma intermitente, mientras divido el tiempo en dos actividades laborales: hacer publicidad por redes sociales y producir y presentar un programa radial sobre la actualidad del ocio en Bogotá, en la emisora Suba al Aire. En la actualidad desarrollo un proyecto de radio teatro como guionista y director para esta emisora comunitaria.

# TALLER DE BARRIOS UNIDOS

Directora: Claudia Niño

# Esquirlas

Diego Niño

## I

Una mujer  
Al amparo de las tinieblas  
Teje la trampa en la que morirá la noche.

## II

Miren esas mujeres turbias  
Huérfanas de caricias y melancolías  
Que llevan detrás de sí  
Todo el infortunio de la belleza...

## III

Señor de la cascada y del remolino  
Tú que me lanzaste al abismo del amor  
Permite que mi vida sea el eterno vértigo de lo inconstante  
  
La dulce fuga por los atajos del viento.

---

**Diego Niño.** Nació en Bogotá, en 1979. Pichón de embaucador y perteneciente a la comunidad de blogueros de *El Espectador* con la bitácora Tejiendo Naufragios.



# No nos enseñaron a apagar el fuego

Jafitza Bautista Quipo

No nos enseñaron a apagar el fuego  
ni a abrir ventanas o puertas  
nos arrojaron aquí y nos pidieron  
que nos apareáramos y devoráramos todo.  
Así lo hacemos.

Las moscas  
también hacen su trabajo:  
descubren su danza aérea sobre nuestra mesa  
mientras comemos el pan que celaron,  
mantenemos limpia la carne que tragamos  
curándola con sus larvas.

El tiempo de la voluptuosidad ya pasó  
en cambio  
se quedó para siempre la inocencia.

Todos saben  
sabemos  
que nadie aprieta los ojos con demasiada fuerza  
por temor a que se vacíen las cuencas.  
No nos sumergimos en el mar porque los rumores dicen  
que se siente como un enjambre de pájaros en la boca.  
Construimos nuestras casas sin puertas  
pues las puertas son las heridas de la ausencia.

---

**Jafitza Quipo.** Nació en Bogotá, en 1990. Poeta. Estudiante de Estudios Literarios en la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá. Colaboradora de algunos colectivos literarios. Docente ocasional en el área de Lengua Castellana y Literatura. Dirige el taller de poesía convocado por la revista estudiantil de la Universidad Nacional Phoenix; colabora con el espacio radial Lecturas Compartidas de UN Radio, entre otros.

# TALLER DE TEUSAQUILLO

Director: Óscar Godoy

# Yo tengo un amigo que me ama

Linda López Abuchar

Parece como si Dios estuviera vomitando luz. No sé por qué, pero eso parece, es que es increíble ver cómo el cielo se pone bravo y empieza a lanzar gritos luminosos y a hacer un escándalo para que todos se den cuenta de la ira descomunal que destella hambrienta, y yo, yo estoy aquí en primera fila, la verdad es una locura, el hecho de estar encima de la tormenta para ver cómo se desata, encima de la pelea casi galáctica, así mas bien como mitológica, estoy encima, es irreal y absurdo pensar que con el simple hecho de sacar la cabeza moriría, y mataría a todos, y si sacase la cabeza se me llenaría la boca de aire y empezarían las babas a mojar el viento, así como en las caricaturas, así como cuando al muñequito el viento le atraganta la tráquea pero le alumbró los ojos. En este momento me pregunto cómo es posible que la mitad de los pasajeros estén durmiendo y la otra mitad divagando con sus aparatos electrónicos, ¿es que no entiendo! Cómo van a estar enfocados en una cosa diferente a lo que está ocurriendo en frente, literalmente en frente de sus narices. Nos están regalando un espectáculo, no me cabe en la cabeza cómo, mientras yo me quiera salir de aquí de este encierro para estar allí afuera rodando con luces, otros estén más ensimismados que mi mamá, que está al lado, realmente babeando y se despierta por cortos lapsos de tiempo, para empujarme la cabeza hacia el asiento para que “intente” dormirme. Intentar dormirme cuando no tengo ni un poquito de sueño. Eso me molesta de mi mamá. Abre los ojos, me empuja la cabeza, hay que aceptar que lo hace con ternura y amor. Pero me la empuja y ese es el problema. Y tiene el descaro de volver a “dormir” mientras afuera parece una mezcla de pinturas de mil colores y tonos y texturas y sonidos y olores y mi mamá dormida. ¡Y entonces todos en el

avión son mi mamá! Es irónico pensar que yo me atolondré absurdamente con algo que otros ignoran. Lo que pasa afuera me recuerda a mi mamá cuando a veces me regaña y esos gritos que le salen me escupen babitas en la cara. Pienso que de pronto eso está pasando afuera, que Dios está regañando al niño Jesús, y las babitas que le está escupiendo son esos gloriosos rayos intermitentes que me paralizan las pupilas mientras me hipnotizan el cerebro. Yo creo que es más bien eso, que Dios está regañando a alguien. Pero saben qué es lo más hermoso de todo, que no me está regañando a mí, porque estoy arriba, arriba de la tormenta, arriba del regaño celestial, arriba de todas esas babitas que seguramente a los de abajo asustan.

Esta mañana pasó lo de siempre, mi mamá salió de la cocina y dijo: “el gato tiene las uñas larguísimaaaaaaas”, con un obvio énfasis en la a, como diciéndome de una manera indirecta, “Pupo, córtele las uñas a su gato”. Mi mamá no tiene concepción de lo que el gato es para mí. Cuando lo veo siento que soy mil veces más pequeño que él, siento que cuando lo cojo en cualquier bostezo me va a tragar, e imagínense yo ponerme a cortarle las uñas a mi gato. ¡ME MATA! No voy a correr nunca el riesgo de que me mate, y menos ahora que fui testigo directo de lo que la vida me puede mostrar, de lo que el cielo oculta y de lo que dentro de mí puedo encontrar. Ahora sí que menos le cortarían las uñas a un animal. Creo que la vida premia, y cuántas veces mi mamá no me regañó con saliva por no cortarle las uñas al gato bobo ése, para que ahora el gran premio sea ver cómo Dios regaña con saliva a otros. No me alegra. Pues si está regañando al niño Jesús, me está ofendiendo a mí de cierta forma, ya que el niño Jesús es un amigo que me ama, y mi mamá me dice que los amigos que se aman son como hermanos, y a los hermanos hay que sentirlos en las venas, así como cuando a uno le ponen una inyección, no de las de agua, sino de esas de aceite que te hacen vibrar los huesos del dolor tan tremendo que te causan, así. Creo que cuando sea grande quiero ser algo que nunca haya existido, creo que a veces el mundo te obliga a ser algo que no eres. Si yo no quiero ser astronauta pero quiero viajar por todas las galaxias y barrios del mundo, me dicen que sea escritor. Si no quiero ser escritor pero quiero volar por los cielos como si tuviera alas pero de ángel, no de pájaro, es una aclaración muy importante, me dicen que sea piloto, pero no quiero meterme en una cabina metálica a transportar una cantidad de gente que tiene plata para viajar pero no para contemplar. Yo no tengo la plata, la plata la dio mi mamá. Yo estoy contemplando. De hecho creo que mi admiración por el

espectáculo imperdible e inaudito que me llama desde afuera para irlo a acompañar en una danza medio “nirvánica” cuenta por la intención de todos los presentes en esta carcasa de metal que va congelando los sueños y las visiones con el aire acondicionado proveniente de no sé dónde y fabricado por no sé qué máquina. Es, para mí, una vaina rarísima que el aire se produzca en un aparato. Eso me disgusta sobremanera, lo artificial. Odio en lo que estoy metido, me huele a gasolina, a inactividad, a pereza, no ese arrunchis de domingo con mi mamá, sino esa pereza malévolas que en el colegio te enseñan a “desechar” pero irónicamente te enseñan más a cultivarla que a eliminarla, de esa pereza, así un ambiente realmente agonizante que me hace querer gritarle a todo el mundo al oído que quiero salir de aquí, pero no puedo porque si lo hago me muero, así que no lo hago por respeto a la vida de los presentes, que hay que apreciarla como la propia. Mi mamá me dice que todos son sensibles, desde las hormigas hasta los ancianos, y yo le creo, le creo porque siento la vida en cada partícula de mi mundo, y eso me gusta, eso me encanta, sentir, el hecho total es que quiero golpear a todo el mundo en la cara y decirles que miren para afuera que les están reglando un documental de National Geographic en vivo y en directo. Apuesto que al decir “en vivo y en directo” se despertarían de una vez por ponerle atención al chisme que ya en sus cabezas tienen relacionado con esas palabras. El hecho es que después de ocho empujadas de cabeza y tres retorcijones gástricos que me impulsaban a ir al baño, pero que no lo hacía, claro está, por lo de afuera. Estábamos finalmente acercándonos a las lucecitas vibratorias que me van absorbiendo hasta reír porque me hacen cosquillas mentales, íbamos descendiendo de una manera abrupta, como que al señor piloto no le gustaba de a mucho mi entretenimiento gratuito ya que creo que no estaba incluido en mi tiquete, entonces bajó de una forma vomitiva, le cogí la mano a mi mamá tan fuerte que ella abrió los ojos, aunque creo que siempre los tuvo abiertos. No sé por qué pero mi mamá por novena vez me puso la cabeza en el asiento y me dijo al oído “ya, mi amor, todo está bien”. La gente ahora sí gritaba, creo que por fin se dieron cuenta del espectáculo memorable que durante tanto tiempo estuvo afuera, pero ya se estaban alterando mucho, de hecho me llegué a ilusionar pensando en que algo tan simple pero lindo les emocionaba. Mi mamá me cogió la pierna muy fuerte, suele hacerlo, para hacerme cosquillas, pero esta vez fue diferente, se alumbró el botoncito de los cinturones y el piloto empezó a hablar, pero como raro no se le escuchó casi nada de lo que decía, supongo

que dio las gracias por escoger Airline y que nos espera pronto de vuelta, me imagino algo así, los pilotos de aerolíneas son predecibles. Miré y la tormenta estaba más cerca, pero también las luces, y era agonizante la caída libre que estábamos sufriendo. Mi mamá me dijo al oído de una manera tan primaveral pero asesina: “Mi amor, no se te olvide ser siempre contemplador”. Después de eso solo vi las lucecitas del avión haciendo el amor con la tormenta eléctrica.

---

**Linda López.** Nació en Villavicencio. Estudiante de grado once en Bogotá, viajará a Buenos Aires, Argentina, a seguir sus estudios universitarios.

# A la vuelta de la esquina

Lina Munar

La noche en que Lucía murió, pequeños granizos cayeron del cielo, no con la burda gravedad típica del hielo, sino con la misma delicadeza con la que habrían caído las plumas de una almohada al desgarrarse la funda. Parecía nieve, pero nadie se atrevió a llamarla así porque era imposible que nevara en el pueblo. La nieve era algo reservado para los que vivían en otras partes del mundo. Era un lujo de aquellos que vivían en lugares bellos, lugares tranquilos, lugares donde las pequeñas casas de madera se iluminaban con el resplandor de la chimenea, lugares donde niñas como Lucía no se desplomaban sobre la acera con un agujero en la nuca. Tenía tan solo nueve años, se le había caído un diente el martes y cargaba consigo aquella noche los tres mil pesos que le había traído el ratón Pérez y que planeaba ahorrar para comprar el tigre de goma que había visto en la miscelánea de la esquina.

Hacía más de un mes que el pueblo había sido “recuperado”, como bien lo había anunciado el mismo comandante el día en que entraron marchando las tropas uniformadas. Hubo clamor, el acordeón reverberó por las calles opacado solamente por las risotadas, y tres días enteros el pueblo se permitió olvidar la amargura del pasado y sumergirse en la esperanza de que sólo tiempos mejores aguardaban a la vuelta de la esquina. Los soldados se instalaron allí como robles a cuya sombra se respiraba confianza. Se instalaron en las salidas, en la puerta de la iglesia, en las esquinas de la plaza.

Pasaron los días, y la gente inevitablemente empezó a preguntarse por qué seguían allí. A veces, doña Viviana se asomaba por la ventana mientras



revolvía la sopa, miraba de reojo a los soldados que jugaban cartas en la tienda de enfrente y sentía un pequeño escalofrío al encontrarlos tan similares a aquellos a quienes combatían. Miraba después a su hija Lucía jugar en la sala y suspiraba, tratando de convencerse de que todo estaría bien ahora que estaban bajo el ala protectora del gobierno.

La desconfianza no fue exclusiva de doña Viviana. Poco a poco la gente del pueblo dejó de ver a los soldados como faros de protección: de repente se parecían más a gavilanes encapotados de verde que acechaban en las esquinas en una espera lúgubre y silenciosa. Cuando la hostilidad de los habitantes del pueblo hacia las tropas se hizo evidente, el comandante estableció el toque de queda, jurando que eran órdenes de más arriba y que alegar no serviría de nada. Quejarse no era una opción, el pueblo sabía bien lo que pasaba cuando se desobedecía a los uniformados. ¿De qué lado? Daba igual, si quien daba las órdenes cargaba un arma al cinto, entonces no había por qué abrir la boca. No se volvió a escuchar el acordeón ni el clamor de voces después de las ocho. El pueblo quedaba entonces catatónico y la única distracción para obviar el ruido de pasos afuera era la telenovela de las nueve y la película de las diez.

A Lucía le agradaban los soldados que montaban guardia en la tienda de enfrente porque uno de ellos hacía trucos de magia y la niña se maravillaba cada vez que el uniformado hacía salir una moneda de cien pesos de su pequeña oreja. Le pidió hasta el cansancio que le enseñara el truco, y finalmente el joven soldado se lo enseñó. Lucía llegó a la casa dichosa. Sacó la misma moneda de las orejas de su abuela, de su hermanito y de su mamá. Sin embargo, tan pronto se enteró de quién le había enseñado el truco, su madre le prohibió volver a la tienda sola. Lucía se enfureció, pero pronto olvidó el descontento la tarde que encontró a Jack. Era un gato blanco, con una mancha negra alrededor del ojo izquierdo semejante al parche de un pirata. Lucía recordó de inmediato la película de piratas que habían pasado la semana pasada en la televisión, y de allí sacó el nombre de su nueva mascota. No era un gato tierno, pero Lucía lo quiso con todo el corazón. Sus papás le permitieron quedarse con él. Después de todo, un gato en la casa no estaba de más, y soportar los pelos blancos sobre los muebles valía la pena con tal de ver la sonrisa mueca de su hija.

Una noche en que Lucía se había trasnochado en la sala viendo una película, una silueta negra que saltó sobre la alberca llamó su atención. Era Jack. Lo vio caminar por el borde con elegancia y pegar un brinco para

escurrirse por debajo de los barrotes de madera de la ventana. Temiendo que el gato no volviera jamás, Lucía corrió hasta la puerta, quitó la tranca y empujó el portón tratando de no hacer ruido. Como todavía no se había puesto la pijama, salió a la calle con un saco blanco que había heredado de su prima —cuyas mangas se meneaban de un lado a otro—, con unos pantalones rosados y con los tenis del colegio. Sabía que estaba mal salir de noche, su mamá se lo había dejado claro aun desde antes de que llegaran los soldados, pero no se demoraría. No habría problema alguno mientras su mamá no se enterara.

No alcanzó a doblar la esquina.

Así como Lucía no vio al soldado en el andén, el soldado sólo notó la silueta al otro lado de la calle cuando Lucía pisó un charco de agua amarillenta. El sonido del primer disparo se mezcló con el chapoteo del agua, el segundo despertó a los vecinos. El mundo se detuvo por un segundo, la bala viajó por la calle oscura, sin afán, pasó por encima de las piedras, tuvo tiempo de reflejar sobre sí la luz de la luna, cruzó el cabello suelto de la niña y se acomodó en su nuca. No hubo tiempo para sentir miedo o siquiera dolor, Lucía se desplomó al instante.

Para cuando el granizo comenzó a caer como delicados copos de nieve, un grupo de vecinos miraba desde las ventanas cómo uno de los soldados, el que solía hacer trucos de magia frente a la tienda, levantaba el cuerpo con delicadeza y lo cargaba de la misma forma en que un padre hubiera cargado a su hija a la cama después de que esta se quedara dormida en frente del televisor. El disparo no había logrado despertar a Viviana o a su marido, Raúl, pues de lo contrario este se hubiera abalanzado sobre él desafiando el toque de queda y habría llevado a casa el cuerpo tibio de su pequeña, aunque fuera sólo para ver a Lucía una vez más. Pero la pareja seguía dormida mientras los soldados limpiaban sigilosamente el andén bajo la supervisión del comandante. Ninguna luz se prendió aquella noche. Los vecinos lo vieron todo desde las ventanas escondiendo las caras tan pronto como uno de los soldados se volteaba a mirar.

A Lucía se la llevaron en un camión pequeño con sus tres mil pesos en el bolsillo del pantalón y los puños del saco cubriéndole las manos. Los soldados dejaron el andén más limpio que antes y no le prestaron atención al gato que cruzó a sus espaldas calle arriba. Pronto llegaría la mañana y con ella cualquier rastro del incidente desaparecería. Nadie tenía por qué saber que había existido un gato llamado Jack con un parche negro en un

ojo y una niña llamada Lucía que estaba ahorrando para comprar un tigre de goma en la miscelánea de la esquina.

---

**Lina Munar.** Nació en Bogotá y es estudiante de bachillerato.

# TALLER DE LOS MÁRTIRES

Director: Rafael Cely

## Entrevista

Rafael Cely parece mucho más joven de lo que es y de lo que refleja en su discurso. Llega en bicicleta, cola de caballo, sus respuestas son largas y pensadas, se podría decir que tanto los temas como los enfoques que plantea, han sido rumiados por él largamente. Profesional en Estudios Literarios de la Universidad Nacional de Colombia. Coordinador del Colectivo El Errante Insaciable y del Club de Lectura y Escritura de Mártires, Cely ha conseguido que un nutrido grupo de jóvenes con potencial para meterse en problemas dedicaran buena parte de su tiempo libre a la escritura.

### ¿Cuál es el sentido que tienen los talleres de Bogotá?

Lo que yo me he encontrado es que la literatura, como se concibe en las bibliotecas, en la Luis Ángel Arango, en la Casa de Poesía Silva, en la Candelaria, está desarticulada de los procesos locales y de la gente que desarrolla esa escritura en los territorios locales.

En estos talleres locales de escritura, hubo muchísima gente inscrita, y a mí me pareció particular que la gente estuviera tan interesada en la literatura. Y la gente no sabe qué es la literatura, y eso es algo que los aleja de espacios como la Casa de Poesía Silva. Creo que hay una brecha entre esa cultura de élite y una cultura más popular. Algunos quieren escribir, como una experiencia vital, y otros quieren acercarse a la literatura y conocer esa noción, digamos, más de élite, de lo que es el taller. Entonces los intereses son muy diversos. En esa medida uno no podría esperar en un primer momento unos textos que pusieran a conversar sobre la realidad literaria nacional, porque en un primer momento el taller es para la promoción de la literatura, para comprender la utilidad de la lectura.

### ¿Cómo es tu taller en la localidad?

Llego al taller por un grupo de literatura que tenemos en la Universidad Nacional que se llama El Errante Insaciable. A partir de este creamos unos clubes de lectura. A estos clubes la gente llega a familiarizarse con la lectura y la escritura, pero no necesariamente a escribir. Entonces pensamos estos espacios como lugares de diálogo con la comunidad. Pero cuando llegamos a trabajar, notamos que cada cual concibe el taller literario de manera diferente. Está la chica que acaba de terminar con el novio, entonces va allá a ver qué pasa; hay gente que está en la fase adolescente con preguntas sobre su sexualidad, gente que lo toma como terapia también, y hay quienes creen que las personas que no están ahí para escribir deberían salir, pero desde mi punto de vista eso es cuestionable, porque es en el diálogo donde se pueden generar nuevos discursos.

Es importante poder articular lo literario con lo social. Muchos tienen inquietudes sobre temas como el homosexualismo, el maltrato, las drogas, el maltrato animal, la política, etc.

Hay quienes tienen acceso a unos mundos muy particulares...

La experiencia es muy importante en la crónica. Es decir, el germen está en la vida que ellos viven, en la casa, en lo vital y en lo social.

¿Crees que los talleres tienen una función social, por encima de la literaria?

¿Qué piensas de esta publicación?

Me parece que la calidad de una obra es un debate que está presente en todos los ámbitos y creo que la gente percibe la publicación como una cuestión terminada. Si hay libros de superación, o novelas del narcotráfico, se consume eso. Pienso que estos talleres generan procesos de edición independiente, pero se necesita el acompañamiento para hacerlo. En la medida en que se dé valor a esos textos locales, sin dejar de lado la calidad, se pueden generar procesos que empalmen con lo que puede ser la tradición literaria, de modo que algún día alguien empiece a darles valor a esos textos.

## ¿Qué me puedes contar sobre la dinámica de los talleres?

La expresión del *taller* es sumamente ambigua. A mí me parece importante sobre todo que quien llega encuentre un espacio de confianza donde pueda expresarse libremente.

## En tu taller, los textos tienden a ser muy reales, la jerga, las situaciones...

Eso tiene que ver con lo social. Hemos hecho ejercicios de cuestionar imaginarios sociales. Y el lenguaje tiene que ver con basar el taller en lo que dice Flannery O'Connor en un texto que creo se llama "Escribir cuentos" en el que ella dice que en un concurso del que fue jurado todos los del sur intentaban escribir como si fueran del norte. Y lo que yo les digo es: "Traten de captar los rastros de la oralidad para que el texto tenga naturalidad". Entonces muchas personas vienen de otros talleres y acaban en el de Los Mártires, y les gusta porque no les limito la voz. Trato de que tengan un estilo propio.

## ¿Se crean unas escuelas y visiones en los talleres?

Creo que hay que desmitificar ciertas cosas. El taller literario no es necesariamente una escuela de escritores. Hay quienes se acercan para escribir, pero también hay quienes quieren tener un espacio de diálogo. Hay que hacerlos conscientes de los motivos por los que escriben. No se trata de vociferar, como digo yo. Pero hay a quienes les gusta comentar la literatura, o quieren hacer el ejercicio, o quieren escuchar otros textos, entonces creo que la cuestión es poder enfocar el interés de la gente para que sigan explorando. A veces me desbordan de textos el correo,

"Es importante poder articular lo literario con lo social. Muchos tienen inquietudes sobre temas como el homosexualismo, el maltrato, las drogas, el maltrato animal, la política, etc."

porque pienso que hay que hacer muy bien el ejercicio de corrección de los textos.

Creo que la metodología tiene que ser muy laxa en ese sentido. Yo nunca cerré el taller, prefiero recibir a quienes llegan, les pregunto por qué están ahí y trato de darles orientación. No he querido cerrarlo a los niños porque hay niños que se han acercado espontáneamente. En el taller de ahora tengo un niño de ocho años que va con la mamá. Y el niño escribe mucho, tiene mucha imaginación. Claro, algunos temas son de adultos, pero también yo considero que los niños están expuestos a temas de adultos todo el tiempo. He pensado que la deserción es una de las cosas negativas, la falta de constancia y la falta de apoyo por parte de la institución. Quizás hace falta una revista, un medio alternativo, algo que nos genere un diálogo entre talleres, que propicie una confrontación entre localidades.

Interesante la idea de la revista...

Incluso puede ser algo más pequeño, pero que genere un diálogo y que tenga una continuidad y una periodicidad estable.

¿Hay un proceso de reescritura  
en tu taller?

Tengo un grupo de 25 personas y eso es complicadísimo porque te tomaría muchas horas cada texto. Se generan suspicacias, la gente está comparándose, son muy susceptibles, entonces habría que tener más tiempo y espacio para eso, así como un grupo más pequeño. Hay jóvenes muy talentosos, ávidos de expresarse, entonces también creo que es importante que los hayamos conocido, que hagan parte de un círculo más grande que se va abriendo, se dan a conocer con otros, se cuestionan, se confrontan, sueltan la pluma, ven otros estilos, más carnavalescos, más irónicos, más críticos.



# Susana se tragó el universo

Lucas H.

Susana, una joven obesa que amaba tanto a los astros como a la comida. Su alcoba, un lugar repleto de bosquejos del cosmos y un catalejo que hizo siguiendo las instrucciones de un cartapacio relleno de las apuntaciones de su abuelo que murió en un torreón mirando hacia el cielo creyendo ser Aristarco. Susana tenía todas las noches el absurdo sueño de que volaba y alcanzaba las Pléyades, y medusa y el sol, pero al despertar notaba que era una fascinante ilusión y recordaba que los únicos que lo habían malogrado eran Dédalo e Ícaro, mas en vista de su nefasto final nunca lo intentaría. Susana esa noche no soñó con viajar a conocer las constelaciones, giró en el amplio lecho de su casa pétreo de techo pajizo que estaba en una aldea medieval donde quemaban herejes y, de repente, despertó angustiada, empapada en sudor, sentía su cuerpo extraño, más robusto. Sin afán y con cuidado comenzó a palparse: su cara, su cuello, sus senos, hasta que llegó a su abdomen, y al posar su mano en él no se encontró con la conocida masa adiposa sino con un hoyo. ¿Será hambre? Su mano entró a una mícura profunda, a un ánfora sin final; de un golpe sus cobijas cayeron al suelo y cuando bajó su cabeza se dio cuenta de que se había tragado el universo completo: las constelaciones, las galaxias, todo estaba en su estómago, no le faltó ni una cucaracha. ¿Pero cómo?, se preguntaba la gorda estremecida, ¿será que me tragué el todo o la nada?, si me tragué el todo tuve que tragarme la nada porque para que todo pueda ser todo debe contener la nada, pero no puede ser todo porque yo hago parte del todo y no me he tragado. Pero si me tragué todo, entonces, ¿dónde estoy? ¿Será que estoy en la nada, divagando por la nada? Pero yo me imaginaba a la nada repleta de

nada. ¿Será qué la nada deja de ser nada porque está repleta de nada? Yo creía que a la nada iban los muertos y si me tragué a los muertos, ¿será que también me tragué la nada? Susana siguió preguntándose, así como le dijo su abuelo que enseñaba Sócrates, hasta que se vistió con un traje de tela burda y de poco valor, se tapó la testa con un andrajo, empacó en una bolsa de cuero unos centavos que guardaba para pagar su entrada dominical a la basílica y partió hacia donde el boticario. Rogaba en su cabeza, como le enseñó el abuelo, al dios Asclepios por su salud. Luego de entrar corrió la cortina, enfrente estaba el boticario, que le preguntó por qué lo visitaba, “porque me tragué el universo”, le contestó y se ruborizó.

El galeno le ordenó tenderse sobre el camastro que comenzó a chillar como implorando, como diciendo que un peso así no podría soportar, puso sus manos heladas en el vientre de Susana y no sabía si tocaba Euridanus o los intestinos, ni si tocaba Pegaso o el hígado. Así estuvo hasta que se alejó de la gorda, abrió el escaparate donde guardaba sus panaceas, y sacó un par de manojos de hierbas: “El primero le ayudará a controlar su apetito voraz, porque no es bueno tragarse todo, debe acostumbrarse a dejar algo para el momento del desastre; y el segundo lo tomará todos los días, hasta que cague el universo, completo, así como se lo comió, y deje todo en su sitio, los planetas, las estrellas, los meteoros y el infierno”. Triste y meditabunda, salió del lugar, una recua de burros arreada por tres campesinos pasaba en ese momento frente a ella. Con los centavos que le sobraron de la visita al médico, alquiló una burra para que la llevaran a su casa, se montó a la bestia y no alcanzó a dar un paso el animal cuando sus patas flaquearon, su lomo crujió, el peso del universo lo dobló y tendido quedó en el suelo. El campesino malhumorado le tiró el dinero y en una parihuela, alzada por sus dos ayudantes, se llevaron a la bestia con su osamenta molida. Susana caminó parsimoniosa hasta su casa, devorando las frutas caídas de los árboles que encontraba a su paso, en medio de una lluvia impetuosa. Llegó empapada, se empelotó, puso agua en una tetera, que luego puso en el fogón, para preparar una infusión con las hierbas que traía. Se acostó en su catre y se sumió en un sueño profundo esperando soñar que todo había sido un sueño.

---

**Lucas H.** Nació en Bogotá, en 1993. Estudiante de Medicina en la Universidad Nacional. Sus escritos varían desde el registro realista, en el contexto nacional, a una literatura de corte fantástico con humor negro. Conjuga en su escritura la crítica social con la imaginación, haciendo que el lector ingrese desde la primera línea en su universo narrativo.

# Hacía falta una mujer

David Moreno

Como cuando no tengo nada que hacer me dan los impulsos suicidas, decidí iniciar este semestre un proyecto que me absorbiera por completo. Quería que fuera algo grande, una sola cosa pero bien grande. No sabía qué. El primer día de clases no dejaron ningún trabajo, muy mal, me quedaban cinco horas para estar desocupado, ¿qué iba a hacer? Me quedé sentado en la entrada de la facultad, esperando a ver quién pasaba. Nadie, bueno, montones de gente, pero nadie, nadie, nadie, un conocido de ingeniería, ¿qué hace por acá? En fin, no me cae bien, nadie, mierda, Juan Pablo, ¿lo saludo?, no, alguien lo alcanza, Natalia, sí lo saludo.

—¿Qué más! —digo con una a muy larga.

—Bien, viejito —dice Juan Pablo.

—Hola, David —me besa en la mejilla Natalia

—¿Y qué hacen por acá? —pregunto.

—Le hablaba a Natalia de mi nuevo proyecto y parece que se le va a medir.

—¿Qué es?

—Un cortometraje. ¿Usted no actuaba?

—Sí, pero hace años —le respondo—, aunque sería interesante.

Quedamos de vernos a las 6 en frente de la central, la biblioteca. Me voy a almorzar, la fila está larga, 15 minutos y ya casi es mi turno. Entonces llega Tomás a hablarme como si me hubiese pensado todos los días de las vacaciones y me extrañara profundamente. El marica lo que quiere es colarse. Me tocó almorzar con él.

—Estoy montando una banda, ¿usted no tocaba guitarra? —me dice como para romper la incomodidad.

—Sí, pero hace años.

—Pues si quiere retomar lo pase por mi casa a las 7 al frente de la 26, usted sabe dónde. Vamos a tener una reunión.

—Pues me haría bien retomar la música, entonces listo.

Mientras buscaba un prado para dormir el almuerzo, me llama Ximena, que me había mandado un montón de correos, que si iba a seguir con el club de lectura, que me esperaba a las 6:30 detrás del edificio de sociología con los otros muchachos. Busco un árbol y me voy a acostar debajo pero viene Fabio, el representante estudiantil. El hombre me ayudó un día con un problema con un profesor y desde entonces me da pena decirle que no cuando me invita a las reuniones. A las 5, entonces. Pero apenas es la una, ¿qué voy a hacer? El pasto está mojado, me voy a acostar, ¿qué hago? ¿Me voy para mi casa? Sí, yo creo que me voy para mi casa y luego vuelvo. No, pero saldría caro, ¿no? Entonces me pongo a extrañar a Sandra, saco el celular, leo los mensajes viejos y luego le escribo “eres la peor mierda que pudo pasarme”, se lo envío. No va a responder, obviamente... ¿O será que me responde? Me quedo mirando el celular, trato de recordar a Sandra, ya se me olvidó la cara, sé que tenías ojos verdes. Pasa un muchacho con una maleta grande que vende cerveza y aguardiente. Deme aguardiente. Tomo solo, tres seguidos. “Sandra, lo que hace daño es creer”, escribo y envío. Siento flojas las piernas. Me despierto y tengo el jean todo mojado, son las 5:15. Corro a buscar a Fabio, está solo, esperamos hasta las 5:40 y no llega nadie más. Me dice que está cansado de intentar cambiar la universidad entera y de que nadie llegue nunca. Aunque yo sé que él quería decir “cambiar el mundo”, sí, pero le daba pena. Hablamos un rato y le hago tomar aguardiente para que se tranquilice. Son las 6 en punto, le digo que me acompañe hasta la central. Llegamos a las y cuarto; ahí estaba Pablo, solo.

—¿Y Natalia? ¿Y los otros?

—No sé, Natalia nada que llega.

A las seis y media Natalia llama a decir que no va a venir. Con la misma copita tomamos aguardiente Fabio, Juan Pablo y yo. Ya vamos entonándonos. Faltan 10 para las siete y Ximena me llama, mierda, no me acordaba. Me dice que qué pasó, que no llegó nadie. La siento como triste, le digo que me espere en la entrada de la 26, que voy con unos amigos a la casa de otro. Hacía falta una mujer.

---

**David Moreno.** Nació en San Gil, Santander, en 1993. Es estudiante de Filología y Literatura en la Universidad Nacional. Escribe cuentos y poemas. Combina en sus escritos lo provincial, lo fantástico, la ciencia ficción y el realismo dando una atmósfera agradable y variada a su obra.

TALLER  
DE  
CIUDAD  
BOLÍVAR

Directora: Blanca Cecilia Pineda

# Belleza post mórtem

Mónica Maritza Castro Vargas

Son las seis de la mañana y el cielo capitalino aún oscuro refleja silencios en la ciudad. La temperatura es baja y quizá el pronóstico que ha dado la periodista sea el correcto, lloverá buena parte del día, lo cual indica que será mejor tomar el abrigo azul y prepararse para el clima.

Quince minutos antes de lo habitual, le pido un tinto a Margarita, la señora que atiende la chaza de la esquina. Escucho mientras me acerco cómo le dice a alguien que “aquí vienen cuerpos de todos lados”. Aprendí a diferenciar que el frío capitalino destruye los huesos por completo; el de allí dentro apenas si toca la piel y de vez en cuando la empalidece. Recuerdo la sensación, la primera, al entrar a trabajar hace dos años. Dicen que todo es costumbre y que ya nada asusta, pero yo creo lo contrario y es que en este lugar todo asusta, hasta la costumbre.

Faltando cinco minutos para las seis de la mañana termino el tinto. Suenan los frenos y las llantas deslizándose por el parqueadero. El sonido hace alusión al microtráfico de la ciudad retumbando en eco los rodamientos de las llantas que golpean contra las paredes metalizadas del frío.

El trabajo es agotador. Los dolientes de los difuntos, sus familias, deberían limpiar los orificios de los rostros con mayor cuidado y no dejar residuos de líquidos y sangre. De vez en cuando las personas olvidan que después de muerto el cuerpo también luce cualidades estéticas, la higiene todavía respira.

A las seis de la mañana hay que vestir la bata de trabajo siempre al lado del casillero. Al verla recuerdo el color y la suavidad de la piel de Alejandra, la número 36 de ayer. Sucede que hay días en que mueren más

mujeres a causa de la violencia y a ellas toca atenderlas primero porque los noticieros vienen a preguntar. La violencia ha sido un factor común para arreglar los cuerpos, para eso el maquillaje resuelve uno que otro moretón o rasguño, trato que parezcan como si estuvieran durmiendo: deben lucir serenas. Sin embargo llegan cuerpos que representan el caos, el desorden, el leteo del infierno; uno prefiere no tocarlos, parece que el cuerpo aún les doliera.

Con el tapabocas puesto, el cabello recogido, las botas en el pie correcto, los guantes preferiblemente una talla más grande, se entra al cuarto de preparación. A mi derecha Lucía, 34 años, muerte por politraumatismos en rostro, cráneo y pecho, 1.74 de estatura, 70 kilos, estudiante de economía, enrojecimiento parcial en los ojos. Lo primero es peinarlas: se coge el cepillo y se le reparte el cabello a los lados; si el cabello es crespo, preferiblemente no se peina, solo se acomoda por encimita. Lucía lo tenía bien cuidado y fue fácil; ya se le asomaban las raíces y la estética de los muertos no permite hacer tintura y champú, por eso la mejor opción fue repartir el cabello hacia el lado menos notorio.

Después se le revisa la nariz, los ojos y la boca. Con papel en mano se sacuden los residuos, hay que drenarlos si botan mucho líquido, pero yo siempre he creído que eso los lastima y que el cuerpo siendo el primer lugar que se habita, aún después de “entiesarse”, como decía mi abuela, puede sufrir.

Un reinado de rostros es mi especialidad. Polvos compactos para todas, brillo para algunas y para las más señoras una leve pincelada de labial. Se trata de perfilar cada 15 minutos a una de ellas. De ahí salen directo a la bodega: allá se encargan de vestir las y de “sacarlas al mercado” como dice el jefe; vuelven y las recogen en el carro. Hoy maquillé alrededor de 16, una tras otra salen en hilera; tal cual objeto de ciudad dispuestas a llegar por fin y en mano de dos hombres a casa, sin descaro alguno, posiblemente más arregladas. Alguna vez leí a un poeta que decía: “lo feo puede ser bello”.

Nunca pensé que en la muerte hubiera tanta belleza. Que lo diga Lucía, porque maquillar a una muerta como ella recompensa levantarse a las seis y en Bogotá.



los cuentos “Abortar un Dios” (2008) y “Mi enfermedad y otros 365 días” (2012), en las revistas *SoniKa Urbana* y *Revolución Literaria*.

# Lejanías

Luis Carlos León Páez

*Todo lo que supe de ti lo aprendí en los libros  
Y a lo que faltaba, yo le puse palabras.*

Cristina Peri Rossi

No logro recordar bien el momento en que se me ocurrió pensar que algo cambiaba en la mirada de las personas cuando se ponían a mirar lejos. Tal vez fue de tanto darme cuenta de que algunas de ellas buscaban en la memoria los lugares más remotos cuando hablaban de sus sueños, y sus ansias de irse de este barrio eran tan fuertes como esas ganas de llorar que nos dan porque nos duele algo más allá del cuerpo. Y a lo mejor fue eso, cada quien tenía sus deseos avivándoles el habla a cada rato; por ello descubrí que sus ilusiones estaban tan arrojadas sobre el mundo, que les era necesario poner así de extensa la mirada para dar a comprender a otros ojos la urgencia de su huida. Y ahí estaban los míos, observándolos con el rabillo de esta curiosidad que de un momento a otro quiso preguntarme por el lugar a donde podrían ir a parar cada una de esas vidas por las que pasé. Todas traídas y regadas sobre las inclinaciones de estas montañas donde descansa el nombre del barrio que nos tocó a todos en suerte. Ya fuera porque no hubo más o porque, a lo mejor, la vida nos había elegido para enseñarnos la manera en que debíamos aprender a soñar en él.

Lo cierto es que no me acuerdo de haberlos pensado tanto otras veces como esta noche. Ni de que el ladrido de los perros me hubiera despertado durante tres veces seguidas, ni que se me viniera inmediatamente, casi en forma de una náusea, el recuerdo de algún nombre. O bueno, tu nombre, Carolina; a buscarse y repetirse en el lugar donde me habito. Sí, tú me naces, me sucedes. Y de ahí no se me ocurre nada mejor, sino suponerte por fuera de esta noche que transcurre entre el insomnio y pensar en otras

gentes. Hallo a tu imagen dándome la espalda, y con ello me niego a todo en lo que no puedas estar con la intención de ahondarte en este entorno. Tampoco me apresuro a la luz; la dejo ahí, inexistente, porque prefiero esta oscuridad que ya no sé si sea noche, pero que te trae a ti y a la paciencia de todas las horas para quedarme largamente —como los otros con la vida—, viendo los pedazos de mi memoria que cambian de color con la posibilidad de tu recuerdo así de cerca.

Cuando amanezca todas las mujeres se llamarán de una sola forma, Carolina; todas sabrán al significado de la palabra mujer porque lo tienen regado en sus historias y entre los espacios de sus cuerpos. Y deberán ser amadas por alguien que acostumbre a detenerse en la mirada de las personas. Por el momento no, hoy sólo se me ocurre que pienso en una que podría ser todas al mismo tiempo, pero que se limita a ser ella en mí para que la piense desde mi orilla; este lugar, en el que aún no termino de saber por qué me siento tan lejos de todo. Debe ser un sueño, y te veo, Carolina, tú mojándote los labios con la luz de una ventana puesta sobre tu boca, diciendo algo incomprensible que me nubla el pensamiento hasta que los perros me despiertan a estas horas y busco la manera de abarcarte con la lejanía. Carolina, luego tú con ojos de mujer y con cejas de mujer y con frente de mujer y con boca y lengua de mujer, también acudes en oleadas a todo lo que pienso sin el remedio de algún sueño; y me siento torpe recordándote con el mal presentimiento de que nunca hubo algo común entre ambos que nos sirviera para saber sobre la existencia del otro; o tal vez sí, pero algo hace que se me olvide, por eso se me ocurre pensar que ni tú ni yo logramos enterarnos de cómo éramos más allá del oficio en que nos rodeábamos, y que resultamos siendo unos simples transeúntes. Sin embargo, aquí estoy recogándome del sueño para que sea lo que tenga que ser este transcurrir mío entre tanto recuerdo refundido.

A lo mejor fuimos hechos para traernos hasta nosotros y nada más cruzarnos las miradas. No nos debe resultar extraño definirnos como una costumbre que va a estar frente a los ojos mientras continuamos creciendo en otras partes. Después de todo, así, siguiendo de largo es que nos hemos mantenido para sobrevivir en este barrio; caminando por las calles empinadas desde nuestra infancia hasta que se nos vino este cuerpo moldeado por la exigencia que el tiempo y el mismo suelo difícil de siempre les hicieron a nuestros pasos. Y crecimos como si cargáramos con la promesa de decirnos la oportunidad para imaginar a la vida puesta en

algún lugar de esa ciudad que vemos desde las terrazas y las ventanas de nuestras casas. Allá, a donde acudimos con la vista encendida para darle a la imaginación una cosa distinta a la vida como nos sucede de verdad. Y a ti también te debe suceder lo mismo, o eso creo, Carolina. Si estuviera alguien junto a ti seguramente se daría cuenta de que sufres de algo semejante a lo que yo hallo en los demás cuando los pienso. Pero no sé. Solamente te presiento de esta manera porque también vienes de este mismo lado en que la pobreza se ve por todas partes, rodeada de algo semejante a la equivocación de haber nacido.

Así es, y aquí, en esta ventana a esta hora nada transcurre. Sólo las lejanías y mi pensamiento que se hizo de noche y que no amanece. A veces pienso que la oscuridad se va a quedar volcada para siempre y que corro el riesgo de morir ahogado entre toda la negritud de su estancamiento. Me angustia entonces la eventualidad de hallarme muerto. Acepto que soy un miedoso, no lo niego, porque la muerte es para siempre, en cambio la vida no; la vida se mantiene con sus posibilidades hasta que termina cediendo al llamado de la nada como si fuese una enamorada enferma. Aún con todo, tampoco niego que me tranquiliza un tanto saber la posibilidad de hallar algo mío después de que me haya muerto. Dicen que eso de morir es semejante a una noche que todo nos nubla para arrancarnos del mundo. Y que ese lugar al que nos lleva es similar a donde todos depositan el sueño, sólo que éste es infinito entre los que se mueren: los separa una pequeña brecha. Yo amaría tener conciencia de mí en el más allá después de muerto, y acudiría incesantemente a cualquier lugar que me ayudara a descubrir si alguien ha soñado como yo creo que sueño. Es que en verdad siento que hace mucha soledad. Por eso tantas veces tu nombre, Carolina; para no quedarme repitiendo a la oscuridad a cada rato, ni en el desconuelo que me queda de quienes tienen la mirada colmada de lejanía.

He tratado de recordar cómo fue que llegué a este estado, cómo fue que se me acumuló toda esta manera de pensar a las personas y no dejar un poquito de espacio para recordar otras cosas diferentes a sus miradas. No sé por qué, pero siento que algo se repite siempre, que vuelvo otra vez a mi comienzo y todo se repite y se repite por culpa de algún olvido mío que dejé por ahí sin saber de su importancia. Y me da sed, una sed triste que se mezcla con la imagen de muchas figuras humanas subiendo las calles con el sol quemándoles la espalda. Ya amanecerá, me digo, y ruego ya porque deje de suceder la noche y se aparezca la luz en algún lado. Espero entonces que

toda esta penumbra se me marche como yo también me pienso ir cuando el tiempo se aclare detrás de este no poder dormir tranquilamente. Carolina, esta es una de las noches en que más te recuerdo entre lo que me queda de mí, y los perros parecen estar en todas partes para no dejarme dormir con sus ladridos...

Amaneció. Tres años atrás habían encontrado al joven en posición fetal sobre el piso al lado de la ventana. Las personas de las otras habitaciones sólo lograron sospechar lo que había sucedido al percatarse de un aire fétido y de su ausencia. No se supo a quién le fue entregado el cuerpo ni la razón exacta de la muerte, sólo rumores de un exceso de medicamentos que le ganaron la poca vida que le quedaba sin que se diera cuenta. Tampoco hallaron qué hacer con lo que había en su cuarto, así que arrumaron todo en un rincón y esperaron que alguien lo fuera a recoger, pero no sucedió. El lugar donde había vivido fue dejado a otras personas, que a su vez lo cedían a otras en poco tiempo quejándose una tristeza, de ruidos a la madrugada y de unas ganas inmensas de irse del barrio. Los años que siguieron, las otras personas que habitaron el cuarto decían sentir a eso de las dos de la madrugada algo parecido a una conversación en voz muy baja que duraba todo el rato sin detenerse hasta que ya casi amanecía. Fueron estos los primeros que decidieron irse y dieron la idea a los que les siguieron de dejar toda la casa para él, que parecía repetir constantemente una sola palabra, algo así como un nombre, desde el encierro de su cuarto.

---

**Luis Carlos León.** Nació en 1986, en Alto El Roble (Cundinamarca). Desde su infancia ha vivido en Bogotá, donde realizó su educación formal y se inició a la escritura. Ha participado como invitado en algunos encuentros de poesía en la Universidad Distrital, donde termina sus estudios en Humanidades y Lengua Castellana.

# TALLER DE SUMAPAZ

Director: Jaime Martínez

# Juegos que no pasan de moda

Grupo Tunal Bajo

Don Rafael Torres Peña, que en germánico significa “Dios salvador”, se desempeña como presidente y miembro de la comunidad del Tunal Bajo, donde ha vivido la mayor parte de su vida, en una casa de madera a la orilla de la carretera. Allí estuvimos indagando acerca de sus juegos y juguetes donde nos contó que cuando era pequeño jugaba bocholo, tejo, entre otros. Utilizaban monedas, piedras, palos, greda, bolitas de cristal. Él sólo jugaba en la escuela ya que los oficios de la casa no daban tiempo para juegos.

En aquella entrevista de aquel personaje de barba, líder representante de la comunidad, con su espíritu de colaboración se reflejaba en su rostro alegría y en ocasiones nostalgia de recordar su niñez; alto, robusto como aquel pino que le traía tantos recuerdos porque ahí era la casa paterna. Su juego favorito era el tejo y la cancha la hacía con los mismos amigos, en greda y bocines con tarros, utilizando las piedras como tejos anotando que esto lo hacía más divertido.

---

**Grupo Tunal Bajo.** Está conformado por Yamile Runsa Pinilla, 31 años, oriunda de la vereda La Playa, de la localidad de Sumapaz, funcionaria de servicios generales del colegio Tunal Bajo; Viviana Susa, 15 años, estudiante del colegio Juan de la Cruz Varela; Alexis Santana, 9 años, estudiante del colegio Juan de la Cruz Varela, y Nayibe Molina Runsa, 10 años, oriunda de la vereda El Tunal Bajo, localidad de Sumapaz, estudiante de grado quinto del colegio Tunal Bajo, hija única de padres agricultores.

# Niñez sin juegos

Grupo Tunal Bajo

Martina Marales de Runza, que en germánico significa “dios de marte”, por lo que la llamaremos Dimar, es una abuelita muy agradable de 94 años que vivió muchos años en Sumapaz, pero por su salud vive actualmente en Bogotá en compañía de su hija, donde pudimos hablar con ella y nos contó acerca de sus juegos que eran lavar loza, barrer y hacer arepas. Los juguetes eran los platos, la escoba y las ollas. “Yo lo tomaba como un juego”, afirmaba con cierto desconsuelo admitiendo que en realidad era oficio: “la verdad era que no nos dejaban jugar”. Ella con su ternura, su preciosa piel marcada por los años, sus hermosas canas grises como la neblina del Páramo de Sumapaz, recordaba que en la escuela tampoco jugaba porque no la dejaban ir, diciendo que “si aprendía a leer y a escribir le mandaría cartas al novio, por eso no sé leer ni escribir”. Su infancia fue de 1919 a 1932. A los 14 años los juegos de hacer oficio aumentaron pues a escondidas se fue con su novio para Venecia y se casaron, lo que nos permite ver que para el amor no hay barreras.



# Coplas

Luis Alfredo Romero

1.

Viajando hacia El Pedregal  
departamento del Meta  
me caí de mi caballo  
y casi me rompo la jeta.

En esas me dijo un conejo  
saltando de la alegría  
este man es que es pendejo  
o es que no estima la vida.

Le dije, mano conejo,  
no se ría de mi desgracia,  
son golpes que da la vida  
y a cualesquiera nos pasa

2.

El conejo de San Juan  
le dijo al del Pedregal  
debemos organizarnos  
en la Junta Comunal.

3.

Después de yo haber leído  
la historia de tío conejo,  
observo que él siempre ha sido  
avisgado y no pendejo.

4.

Las montañas que nos rodean  
son lindas y muy grandotas,  
me lo dijo un campesino  
mientras se ponía las botas

---

**Luis Alfredo Romero.** Tiene 63 años y es oriundo de la vereda El Pedregal (Meta). Vive en la vereda La Unión (localidad de Sumapaz) y es defensor entusiasta de los derechos humanos, además de agricultor y coplero por excelencia.

# TALLER DE CRÓNICA

Director: Cristian Valencia

## Entrevista

Cristian Valencia lleva siete años a cargo del taller de crónica. Posiblemente un referente ya de muchos escritores en formación, quienes también han querido publicar en revistas como *soHo*, *Credencial*, *Gatopardo*, *El Malpensante* y *Cromos*, así como en *El Tiempo* y *El Espectador*. Cristian tiene esa combinación de honestidad descarnada y empatía instantánea que caracteriza al buen cronista.

### ¿Se puede enseñar a escribir?

Yo creo que todo el mundo sabe escribir, si no que hay una tara: nos caparon con el protagonismo del lenguaje y no de las historias. Nos hablaban del lenguaje del Quijote, pero no de lo que ocurría, y nunca nos enseñaron que si estaba escrita de esa manera también era para poder nombrar a unos seres humanos en unas dificultades específicas. Entonces yo creo que desde ese punto de vista todo el mundo sabe escribir, sino que hay que quitarle un poquito de “mugre” de las enseñanzas pasadas. Lo que uno sí puede hacer es enseñar a leer. Esa es otra de las fallas de la mala educación nacional. Pero cuando se enseña a leer, invito mucho a leer en voz alta, se escucha la música del idioma, el ritmo, la armonía, para que encuentren el sonido con el que está escrito el texto, y a la vez aparezcan las imágenes para que estalle el hongo. Si uno está leyendo solo palabras, no pasa nada. Pero si empiezas a leer, a escuchar y a ver imágenes, las palabras desaparecen por completo. Entonces creo que si pueden sentir la música de un texto y las imágenes que va tejiendo, entonces pueden aprender a escuchar la propia música que ellos tienen. Temáticamente creo que todos tenemos una historia que contar, conocemos las mismas 28 letras del alfabeto, partimos de ese bien común, que es el alfabeto, es aprenderlo a barajar y a creer en las historias que se tienen y a desmontar que existen unos temas literarios o periodísticos.

¿Cómo detectar una historia?  
¿Cómo lo hacen en tu taller?

Primero leemos crónicas de Caparrós y John Lee Anderson, que apunten a que se formen una idea personal de lo que es la crónica y sus bases. Después piensan en un tema, pues el taller es para meterse en problemas conceptuales primero y cuando tengan solucionadas muchas cosas en la cabeza, se enfrenten a la famosa pantalla en blanco. Creo que les queda más fácil porque han construido un camino, han pensado, han conceptualizado. Entonces los temas que llevan los tratamos entre todos. Los proyectamos entre todos. Hoy llegó una chica diciendo que quería hablar de la vida de un celador. Y pensábamos que a veces se corre el riesgo de caer en el sensacionalismo con ciertas historias. Pero pensábamos que si se le da el enfoque de los estratos sociales a la historia, para contar por ejemplo cómo es de distinta la jornada de un celador de un edificio de Rosales en comparación a un celador que trabaja en una garita de lata o un celador de banco, o sea que los celadores cambian su lenguaje y su manera de ser de acuerdo a quien los contrata, entonces ahí podría haber una crónica. Cada una de estas discusiones les agrega o les quita a los temas que tratan los demás. Luego de estas discusiones ellos lo recomponen, lo ajustan, que tenga varios niveles de tensión, que pase por distintos estados del alma.

Me parece importante  
ahí preguntarte por los errores  
frecuentes que encuentras  
entre los participantes...

Te voy a poner un ejemplo: “Vea, Cristian, lo que pasa es que por mi barrio vive una enanita y es una dura, cómo le parece que es abogada”. “¿Y dónde está la crónica?”, pregunto. “No, pues imagínese una enanita que se superó y es abogada...”. “No seas pendejo, viejo”, le digo, “es un ser humano normal; si tú me dices a mí que una enanita juega en la NBA yo creo que ahí sí hay un tema de verdad”.

Entonces debo decirte que juegan mucho a eso, malcriados por ese tipo de crónica televisiva amarillista. Otro error frecuente es quedarse en las generalidades: “Es que yo pienso que la guerra nos tiene mal, y ahora

actuamos de manera diferente”. Hacen ensayos o reflexiones que confunden con crónica.

Por eso yo les doy algunas claves: la primera es que tenga un doliente, es decir, hay un personaje que está en el centro de la historia, una casa y un espacio, al que hay que humanizar: las personas están ahí y la lupa está sobre ellos. La crónica consiste en esculcar una vida y las profundidades de esa vida.

### ¿Y cuáles son los requisitos para que una crónica funcione?

Creo que cuando lo consiguen es porque agarraron un tema y lo pudieron delimitar muy bien, o sea lo pueden controlar y pueden hacer una muy buena reportería. Y ya escribiendo, es importante el grado de cercanía que tú consigas con la persona. Eso también tiene que ver con la altanería con la que logres transmitir el lenguaje. Es decir, uno casi siempre lee y compra la originalidad. Es muy difícil que ellos se convenzan de que tienen un acervo cultural enorme y vienen de unas partes y eso les ha puesto cosas y pasado y muertos encima, por lo tanto sus vidas son únicas, así como el registro de su habla, en fin, esas particularidades de esos mundos a los que les ha tocado asistir nadie más los tiene. Por eso es importante que valoren esos atributos que son absolutamente impresionantes para los demás.

Así mismo, por lo general traen muy buenas historias sin creer que son muy buenas historias. Por ejemplo: “En mi pueblo mataron a todo el mundo y a Rafael no lo mataron. Y todo el mundo se preguntaba: ‘¿Oiga, por qué no mataron a Rafael?’”. A mí esa manera de pensar ya me parece asombrosa, y hacer una crónica desde ahí es ya estar hablando de todo un sistema y de una manera de pensar particular. Entonces él traía el tema de las matanzas y acabó por darse cuenta de que la historia era esa: por qué no han matado a Rafael y por qué les parece sorprendente que una persona este viva.

### La cercanía y los detalles son fundamentales en la crónica.

A mayor cercanía, con toda seguridad vas a conseguir una mejor crónica. Y ahí en la cercanía está implícita la reportería. Yo digo que son alianzas

amistosas temporales las que se arman con las personas que se retratan. Y uno se vuelve amigo de ellos, genera una empatía para esos momentos, y en la medida en que estés más cercano a la persona o al problema y sepas usar su propio lenguaje, mejor aún.

## Háblanos más sobre la dinámica del taller...

Primero es importante el espacio. Que no sea un aula estilo anfiteatro para hacer conferencias magistrales, pues el mismo soporte ya genera una distancia que no funciona. Desde que empecé a hacer el taller con mesas, donde todos nos vemos la cara y estamos al mismo nivel, la relación horizontal aporta muchísimo, hay más calidez y se generan otras relaciones.

¿No se corre el riesgo en los talleres de generar la sensación de que la escritura es una actividad más social que privada?

En el taller de crónica al menos, no hay ejercicios de escritura in situ. Y yo insisto en que lo último que uno hace a la hora de escribir una crónica es escribir la crónica. O sea que primero hay que meterse en una cantidad de problemas y realmente confundirse mucho, y después, en el tratar de aclarar, empieza a aflorar la crónica. La metáfora barata de que escribir es un parto es barata, pero si pensamos lo que hay detrás de ella, no es tan barata, pues se refiere a todo un proceso de escritura por el que hay que pasar para poder “parir” o, en este caso, escribir.

Un ejercicio que hacemos es que procuren fundar sus propias metáforas. ¿Si “el mar es el camino de las ballenas”, qué es la televisión para ustedes? Pero esos son ejercicios de ellos, allá solitos; en el taller estamos seleccionando los temas, debatiendo, después empiezan las reporterías, luego deben tratar de armar toda la historia completa, sin ningún tratamiento estético, y ya más adelante, cuando tienen un cierto control sobre el texto, puede empezar a escribir realmente la crónica.

¿Y tú cómo trabajas una crónica?

A mí desde que me dicen el tema empiezo a dispararme por todos lados, a pensar en referencias históricas, literarias, geográficas... en el oficio del

personaje, su edad, sus gustos, en la arquitectura, en la población... Cuando viajo al lugar a hacer la reportería, ya llevo unas referencias, transcribo esos apuntes de audio, luego cada palabra se vuelve media cuartilla y de la nada ya tengo de veinte a veinticinco páginas para empezar a escoger qué quitar y cómo ajustar.

¿Ahí empieza  
el proceso de reescritura?

No porque esto son más que todo apuntes. Hasta ahí no he escrito nada. Ahí ya hago una línea dramática, como una escaleta. Después ya comienzo a escribirla, y los enlaces pueden estar en mucha de esa información recogida. Por lo general, la información que tú tienes antes de escribir son treinta páginas. Toda esa información la necesitas antes de escribir, para acompañar el proceso e ir construyendo.

¿Pero, una vez terminas,  
reescribes?

Yo discuto mucho con el tema de la reescritura, porque no me parece que se tenga que volver una norma. Hay métodos diferentes también, como planear antes muy bien, de modo que en el momento en que te sientas a escribir la tienes tan clara, tan absolutamente clara, que no vas a necesitar reescribir, ya vas derecho.

Entonces  
hablemos de corregir...

Suele suceder que el primer párrafo no funciona, es decir, el primer párrafo suele ser el tránsito mientras llegas a la droga, a la droga que es meterse en el texto por completo.

A medida que voy escribiendo yo voy corrigiendo, porque si no lo corrijo inmediatamente, a lo mejor el texto me va a generar unos caminos posteriores que no estoy viendo.

Para mí, la obligación de la reescritura se vuelve un dogma tan dañino como no hacerlo. Entonces yo discuto con esas frases lapidarias, pues quizá



estás sacando de tajo a personas que no necesitan ese proceso o a quienes no les funciona.

¿Crees que los talleres funcionan también como catarsis para quienes tienen algo que decir y no han encontrado la voz o el formato para hacerlo?

Tuve un participante de unos 57 años, un ingeniero de sistemas, con todo solucionado en su vida, familia, casa, todas esas cosas, y siempre había querido ser escritor. Y se atrevió y empezó a contar un viaje en tren en 1965, en un día específico, y lo empieza a contar con lujo de detalles, un ejercicio de memoria hermosísimo y nostálgico. Él mismo se sorprendió con el resultado y un día me dijo: “Gracias, me

acabas de regalar algo que pensé que no tenía, que era solo una fantasía mía”. Hablaba además de la Bogotá de los sesenta, de lo que no volvería a ver, “Dejaba a mi prima Silvia, dejaba atrás la lluvia”... empezaba a narrar como se iba alejando el tren de la ciudad y después contaba cómo el tren se detenía y él se quedaba observando una nube de luciérnagas en la oscuridad. Eso fue algo increíble.

La otra cosa son las alianzas que se generan en el taller. Trato de hacer una selección como de lo más variopinto: incluyo gente de diferentes regiones, incluyo gente de diferentes profesiones, gente de Ciudad Bolívar con una chica de Santa Ana, y esta mezcla desaparece las diferencias de las clases sociales. Entonces hay una integración social que suele no tener muchos espacios en Bogotá. Para la gente de Rosales es increíble que alguien viva en Altos de Cazucá y quieren saber cómo es y viceversa. Empiezan a desmitificarse cosas, a reconocerse como seres humanos. Me acuerdo de un pelado que escribió una historia de un taller que hacía los letreros de las busetas. Él lo leyó con pena, pero tenía tan buen humor, era tan particular y tuvo tan buena aceptación que estaba sorprendido, entonces dijo: “Yo pensé que todos se iban a burlar de mí”, y como que de alguna manera vindicó su mundo.

“La metáfora barata de que escribir es un parto es barata, pero si pensamos lo que hay detrás de ella, no es tan barata, pues se refiere a todo un proceso de escritura por el que hay que pasar para poder “parir” o, en este caso, escribir.”

## ¿Qué pasa con los participantes después del taller?

Quedan huérfanos. Uno los ve como vagando por ahí (risas). Bueno y se hacen algunas alianzas, amistades, también de uno con ellos. Pero luego llega un nuevo grupo y los del anterior quedan desplazados...

## Hay muy pocos espacios para publicar crónica...

Yo les digo es chévere que lo hagan, para sus propias comunidades es valioso que cuenten el cuento, pero no hay muchos espacios. A veces hay crónicas excepcionales a las que uno les busca el espacio. Por ejemplo en *El Malpensante* han publicado dos o tres, pero de lo contrario ellos hacen cosas, publican en blogs, en revistas, y concursan, en fin, las mueven en distintos espacios.

# Incendio en los patios

Sergio Roldán

Era la quinta vez que entraba a la Modelo, acababa de cumplir 40. En total había pasado algo más de seis años en sus patios y pasillos y en esa celda oscura que compartió con los diversos saberes del hampa: con tres la primera vez; con siete la segunda; con doce la tercera; de a turnos la compartió con más de veinte, y en esta ocasión que sería la última, iba a ser mucho peor. En todas esas entradas se las había arreglado para dormir a veces en la oficina de atención a los presos, donde manejaba el kárdex y conocía, por así decirlo, la ficha técnica de todos los que se encontraban allí hacinados. Tenía instrucciones secretas del director de ayudarle a descongestionar, de revisar esas fichas y de presentar por ellos memoriales de libertad, o expedir permisos de 72 horas con la esperanza de que por ahí huyeran otros cuantos.

En general tenía buenas relaciones con los guardias y se las arreglaba para caerles bien a los peores. Lo habían cogido siempre por la misma razón: el dinero. Eran dos sus delitos: estafa y fraude mediante cheque. Estuvo muchas más veces en estaciones de policía, recuerdan sus hijas, que tenían esa imagen clara en la memoria de su papá esposado en el juzgado mirándolas de reojo con su sonrisa cómplice, como si fueran sus compinches.

Un día al regresar del colegio lo vieron encaramado en una silla a la entrada de la casa, con un destornillador sacando la placa de la dirección. “Nada, mijitas, estoy jugando a esconderme de unos amigos”. Horas después timbraría una patrulla. Su mujer, como otras veces, mentiría: “Aquí no vive, no lo conocemos”. Las hijas, con el correr de los años, entendieron la causa de sus problemas: un cerro de chequeras que guardaba en su mesa

de noche. Con el regreso de su tercer carcelazo, las descubrieron ocultas debajo del semanario *Voz*, en el que a veces escribía. Entonces las gemelas decidieron cogerlas todas y rayar cheque por cheque. No dejaron uno bueno, ninguno que le sirviera para hacer el mercado o para comprar los útiles del colegio.

En esa quinta ocasión, había huido de una cafetería con la ayuda de un amigo motociclista; los agentes del F-2 lo buscaban para que respondiera por el giro de un cheque de más de un millón doscientos mil pesos, el equivalente a una nevera, una estufa, un televisor, un equipo de sonido, una lavadora, una cámara fotográfica, y dos escritorios rosados con sus lámparas, que había comprado en Sears tres días antes, para su nueva casa. Y de tanta entrada a la estación, de tantas visitas a los juzgados, la policía conocía sus pasos y los lugares que frecuentaba. Eran pocos los sitios donde no lo habían ido a buscar, y en los interrogatorios callejeros, como perros sabuesos, le achicaron el cerco que al final los llevó a su apartamento. Su peor error fue haberlo alquilado, pues sin saberlo, contaría su amigo, pertenecía al comandante de la estación de Las Aguas. Hasta allá fueron a dar dos patrullas que lo sacaron a él y a Tocayo arrastrados y esposados directo a la cárcel Modelo de Bogotá.

No alcanzó a alistar una maleta, salió con lo que tenía puesto: un traje gris, una camisa blanca y en sus bolsillos dos chequeras del Citibank que pertenecían a dos mujeres que una semana antes habían denunciado su pérdida. Enrique, su tocayo, iba con una chaqueta de cuero y sus bluyines de siempre. Caía una llovizna pertinaz, como de páramo.

Él se frotaba las manos, tenía angustia de no haber alcanzado a sacar la chaqueta. Conocía el frío que hacía en esa cárcel; para Tocayo en cambio era su primera vez. Otra parte de su preocupación la tenía puesta en la fiesta de quince de las gemelas que sería en cuatro días. Les rogaba a los policías que arreglaran todo, como lo había logrado en otras oportunidades, pero las órdenes venían directamente de arriba, y en forma inusual encontró intransigencia de los agentes, que no cedieron a sus ofertas.

La furgoneta traía otras cinco personas: una de ellas sangraba en la mano, otro lloraba y pedía perdón para sus adentros y los otros tres guardaban un silencio sui géneris parecido a la certeza de que todo está perdido. Tocayo pensó que su delito era el crimen más leve que transportaba esa furgoneta. Cuenta que Enrique se había lamentado de pensar en la imagen de las gemelas en el salón del Club Militar esperando su llegada. Las preguntas de los familiares, el vals sin su papá. Todo se le revolvía como en una mala escena de vértigo y, al acercarse al penal, después de muchas curvas y mucho ruido, apareció un edificio manchado de blanco. Cuenta Tocayo que comenzó a sonar en la radio de la patrulla la registradora de la canción “Money”, de Pink Floyd: “Money, It’s a crime... Share it fairly, but don’t take a slice of my pie... ♪”. Y los dos se miraron con una mueca de sonrisa. Al llegar, como pudo, sacó las chequeras de su bolsillo y las ocultó detrás de una caja de herramientas que estaba bajo la silla, y esposado saltó al pavimento de la Modelo, un sitio familiar, un infierno familiar.

La primera imagen que Tocayo recuerda de ese ingreso no pudo ser más sobrecogedora: un cadáver hinchado tirado a la entrada, abandonado dentro de un radio imaginario que todos trazaban de más de tres metros, quizá a la espera de la llegada del furgón de medicina legal para hacerle la necropsia de rigor. El túnel oscuro de un bosque de barrotes verdes, el piso brillante de tanta grasa y tanto hollín, las paredes quebradas, el cemento agrietado, las oficinas a lado y lado, y mientras caminaban, estirando los labios, le señaló una oficina que tenía la puerta abierta, donde se apretujaban alrededor de un escritorio varios presos impacientes: esa es nuestra oficina, le dijo a Tocayo.

Recuerda Tocayo que en esa entrada eterna, “Money” no dejaba de tronar en su cabeza. “... Money, so they say... Is the root of all evil today... ♪”.

Las cosas en esa época habían cambiado mucho. El Estatuto de Seguridad impuesto por el presidente Julio Cesar Turbay Ayala había dejado miles de personas capturadas a la espera de un proceso, señaladas de rebelión. En los patios uno y dos donde se agolpaban las personas acusadas pero no condenadas; las celdas estaban repletas de presos políticos, militantes de izquierda, colegas ideológicos que se reunían a tramitar amotinamientos. Hacían pequeñas jornadas de protesta con arengas contra las condiciones precarias y el régimen represor. Ese fue el ambiente que

encontraron los dos Enriques del alma, un ambiente propicio para la personalidad de un líder por naturaleza como Enrique Jaimes.

Esta historia comenzó con la visita a mi oficina de tres hermanas, que habían buscado por internet abogados defensores de derechos humanos y se toparon con mi blog y mi número de teléfono. Llegaron con una carpeta llena de recortes de prensa que desparramaron en la mesa con la esperanza de encontrar una respuesta a su necesidad de justicia en relación con su padre asesinado en la cárcel Modelo en una fría tarde de noviembre de la ciudad de Bogotá.

Se trataba de dos gemelas y su hermana menor con un parecido físico que me hizo pensar que eran trillizas. Nacieron en el hogar de Enrique y Clara Inés, una pareja que iniciaba una vida marital después de la viudez de ella. Uno de esos amores raros de los que saben que se aman pero no saben cómo amarse. Para Enrique las niñas eran sus tres tesoros. Las veía por pedazos de vida, desde que prematuramente decidió separarse de su mujer, siempre en un parque y con vestido largo y zapatos de charol. Al encontrarse con ellas, las alzaba de los brazos por turnos dando círculos en el aire hasta que caía exhausto luego de cargar a Lina, su tesoro menor.

Como ellas recuerdan, había trabajado en el departamento de contabilidad de un almacén de ropa elegante para hombre. Allí hizo sus primeros pinitos en el conocimiento de tipos de papeles, tintas, imprentas, sellos, cheques, planchas, elementos que llevaría a lo largo de su vida como un mago carga sus elementos de artificio en el maletín, para luego pasar al alquiler de carros, casas, bodegas y locales con los cuales construía sus historias que sostenía con su encanto personal y una figura comparable a la de un actor de cine de las películas de Hollywood, especialmente al estilo de Fred Astaire, un bailarín de tap que enamoró a todas las mujeres antes que la píldora comenzara su liberación en los inicios de la década de los sesenta.

Enriqueta, como le decían sus hijas, tenía un espíritu juguetón. Era un hombre coqueto que vestía en forma impecable trajes de paño brillantes que se usaban en los setenta y arreglaba su pelo con gomina. Y para que sus zapatos también brillaran, antes de embetunarlos los limpiaba con cáscaras de naranja que producía un efecto metálico cuyos destellos resaltaban su forma de caminar, como quien baila un son cubano. Bailaba, cantaba, seducía, sabía enamorar. Decía que los anarquistas no se casan, se juntan, y le llevaba frecuentemente serenatas a su mujer, casi siempre con tríos para

dedicarle canciones (“cómo fue... no sé decirte... cómo fue, no sé explicarme qué pasóoooo, pero de ti me enamore...”), cuyo pago pocos días después vendrían a reclamarle los músicos a ella por cuenta de un cheque que había saltado como hule en el banco.

Enrique tenía muchos secretos. Uno de ellos era su primera entrada a la cárcel por el delito de bigamia, que en ese entonces, finales de los setenta, se castigaba con dos años de prisión. Lo había denunciado su anterior esposa, una mujer con quien contrajo nupcias en una borrachera de ilusión —de esas dominadas por la embriaguez de la nostalgia— de ver en dicha mujer la novia que tuvo en sus años de adolescente y cuya pérdida trágica lo llevaría a buscar su rostro duplicado en todos los andenes, como el espejismo de un amor truncado. En una de esas calles de multitudes se enamoró, se casó con ella y la abandonó a la misma velocidad con que se casó con la mamá de sus hijas.

Podría decirse que Enrique tenía el don de la palabra. Mientras pagaba su primera condena, aprendió el lenguaje de los códigos y se hizo a un lugar en la oficina de atención a presidiarios por cuenta de sus certeros argumentos. Entonces asesoraba a sus colegas de soledad para conseguir las salidas y permisos al mundo exterior tan anhelado por un preso. Su gestión exitosa como abogado “de oficio” le permitió obtener una rebaja de un juez de ejecución de penas.

Dicha entrada no fue en vano. Allí puede decirse que comenzaría una larga trayectoria como defensor de los presos. Además así aprendería el artificio, especialmente del papel y de las tintas, cuando duplicaba, sin que nadie se diera cuenta, sentencias, autos y concesiones de permisos emitidos supuestamente por la autoridad judicial, actividad que le agradecieron muchos liberados, que mandaban regalos a casa de Clara Inés. Incluso el director del penal lo privilegiaba con permisos. Sus hijas ignoran si su primera salida la haría con una sentencia auténtica o con una emitida de su puño y letra.

Esa vez, al regresar a casa, encontró crecida a Lina. Había pasado algo más de un año separado de sus tesoros porque su mujer, avergonzada, se negó sistemáticamente a llevarlas a la cárcel. Ella misma renegaba de la situación de su marido. Esa fue quizá la primera fractura de su corazón, enamorado como estaba del bálsamo de sus palabras: porque Enrique siempre tenía las más lindas palabras que nunca sus oídos volvieron a escuchar. En la investigación de su memoria, Lina encontró la agenda que

usaba el año de su deceso. Con una letra impecable escribía con frecuencia sus pensamientos, como un desahogo de las ausencias que tuvo como hijo no reconocido del todo por su padre, como si su existencia misma hubiera quedado con una impronta falseada por el rumor recurrente de ser hijo del dentista de la casa.

En ella estaban consignadas más de treinta direcciones y teléfonos sin un destinatario ni un titular reconocido, y debajo un pensamiento impreso de un tal Wilson Juan que se adaptaba como anillo al dedo a su personalidad: “Gustar de las personas es un arte, porque es un arte saber en las personas todo lo que en ellas hay de bueno”.

Sus notas sugerían un oficio: números de cuentas corrientes, direcciones donde se remataban bienes. Tenía una lista de vendedores de relojes de pulso de la Avenida Jiménez y la dirección de un local de alquiler de disfraces.

Todos estos datos daban cuenta de sus movimientos, los lugares por donde caminaba en la ciudad, sus planes, sus proyectos. Dejó escrito: “Nada hay tan difícil como conocerse a sí mismo”. Parecía que Enrique vivía en permanente presente. Tenía un extenso listado de los números seriales de cheques de empresas, de esos con los que estafaba el personaje de Leonardo Di Caprio a la Pan American disfrazado de piloto en la película *Atrápame si puedes* (2002). Un listado de alquiler de oficinas temporales, por días, por meses. Una cuenta de fiadores y prestamistas, así como de casas de cambio y prenderías.

En otra página estaban las direcciones y teléfonos de la Librería Jurídicas Wilches y unos libros titulados: *Práctica forense y Sumario y juicio* de Tiberio Quintero Ospina, así como el Código Penal y de Procedimiento Penal.

Cuando se separó de su mujer, Enrique se encontraba todos los sábados con sus tres hijas en el parque Muzo y otras veces en el parque Alquería en Bogotá, según fuera con su mamá o con su tía. Las niñas le llevaban los cuadernos del colegio para que los revisara, una revisión que distaba mucho de una requisita policial. Más bien era todo un divertimento, tan importante para ellas que quizá fue en dicha actividad donde las tres construyeron la memoria de su padre: un ser dotado de una ternura infinita, de una compasión y de un extraño humor negro que se mezclaba con la tristeza; mientras lo escuchaban, por momentos no sabían si reír o llorar. Tomaba las lecciones y hablaba de sí mismo y de su pasado como si



estuviera solo, y después daba la respuesta contraria a la verdadera según el mejor método que tenía de enseñarles la lección. Al decir lo contrario todas se morían de la risa y se les quedaba grabado como un aprendizaje infalible no sólo para el colegio sino para toda la vida. Cuando se despedían lo veían alejarse y poco a poco descubrían la imagen de un hombre solo, de un niño solo. Después de reír, la imagen de su partida hacía desaparecer el color de ese día.

Sus hijas tienen vagos recuerdos de cuando Enriqueta vivía en la casa. Patricia, la mayor de las gemelas, la mayor por su seria actitud parecida a su papá, recuerda que se sentaba en la mesa del comedor a leer la prensa, y se la leía de cabo a rabo, incluyendo los avisos clasificados. Tenía una forma especial de doblar el periódico que cuando lo terminaba lo dejaba como si nadie lo hubiera leído. Primero lo tomaba con las dos manos en forma vertical, doblaba a la mitad una página, que al terminar de leerla la regresaba a su lugar, para después doblarlo en forma horizontal. Patricia me explicó cómo hacía dicha operación y en efecto quedaba para ser vendido de nuevo. En una de mis entrevistas a ellas, Magda, la otra gemela, destacaba cómo les ayudaba a escribir las tareas en los cuadernos: ponía una hoja limpia en blanco encima del cuaderno, y a medida que escribía iba bajando el papel de modo que la página no se manchara con la mano.

Enrique tenía una memoria increíble —recuerda su hermana—, una manera de relacionarse con los demás que empezaba por recordar su nombre y, sobre todo, detalles de su vida familiar, el nombre de sus hijos, su edad y hasta la fecha de sus cumpleaños. Podría decirse que era un auténtico relacionista público, no tanto un vendedor, de esos que se aprende un libreto cuyos motivos de amabilidad quedan al descubierto haciendo fútiles sus intenciones. No, Enrique conversaba y se adecuaba a los accidentes de la conversación, tenía mucho tiempo, hacía sentir muy importantes a las personas, tanto que cuando las niñas caminaban con él por los callejones y vericuetos de Muzo se encontraba una estela de conocidos que igual le regalaban manzanas, pasteles, obleas y helados para sus hijas y lo trataban con el mayor respeto, como se trataba un padrino italiano en una calle neoyorkina de los años treinta.

Se fijaba en los detalles, recuerda Magda. Una vez lo acompañó a cambiar un cheque en el banco. Estaba nervioso ese día y un poco serio. Al toparse frente a frente con la cajera, y entregarle el cheque, le habló de sus aretes, le dijo que eran unos zafiros muy finos, ella apartó sus ojos del

cheque, “Ojalá fueran zafiros”, dijo. Y él le contestó: “Con ese rostro de ángel estoy seguro de que son zafiros, se lo digo yo que soy un experto”. La señorita se sonrojó mientras ponía un sello de recibido en el cheque y comenzó a contar los billetes. “Usted cómo se llama”, le preguntó. “Mariana”, contestó ella. Papá sacó un chocolate del bolsillo y se lo puso delante de ella: “Esto es poco para hacerle un homenaje a su belleza”. Y la chica le entregó el dinero. Magda recuerda que al salir del banco le reclamó que la cajera no era tan bonita, y él le contestó: “¿Acaso no te diste cuenta de sus ojos? Detrás estaba su alma”.

Escribe en su última agenda: “Cuando me pregunto por qué siempre me he esforzado sinceramente por estar dispuesto en todo momento a perdonar a los demás y por ser lo mejor posible con los otros y por qué no he dejado de esforzarme si sabía que mi actitud no hacía sino perjudicarme...”.

La primera vez que me visitaron y desparramaron en mi escritorio las fotos de prensa manchadas y desgastadas, con la fotografía y los titulares de un hombre que lideraba los amotinamientos de las cárceles de todo el país, preguntaron si había caso en reclamar del Estado una reparación. Los hechos habían ocurrido en 1984, 29 años atrás, y luego de escuchar su relato, agobiado por la rutina de otros asuntos que estaba llevando, les dije apresuradamente que no había caso, que había pasado mucho tiempo y que quizá era mejor intentar recuperar la memoria de su padre.

En nuestra conversación rompieron en llanto. Por mi oficio con las víctimas del conflicto armado, yo sabía que en ese momento habían revivido un dolor enterrado, un efecto que se conoce como estrés postraumático, que revive los momentos previos a la noticia de su muerte: las puertas de la casa que se abrieron y cerraron como un signo de su despedida. Para Lina, Enriqueta, como un viento que atravesó toda la casa, había ido ese día a despedirse de sus tres tesoros.



Enrique Jaimes 1944-1984. Primero a la izquierda.

Cuando nos despedimos en el ascensor, no pude volver a trabajar, me quedé mirando al horizonte pensando y descubrí de pronto que Enrique Jaimes al haber sido el líder de ese amotinamiento en la cárcel Modelo, que se diseminó a lo largo y ancho de las cárceles del país, se había convertido en un defensor de derechos humanos. A la luz del derecho internacional, era una persona que debía protegerse, que imponía al Estado el deber de brindarle una protección especial en su condición de negociador de la protesta.

En efecto, Enriqueta encabezaba, junto con otros dos líderes, las negociaciones con el gobierno nacional de un amotinamiento que completaba más de diez días cuando fue encontrado apuñalado en uno de los baños del penal; según el informe de medicina legal, una puñalada profunda en el corazón le habría causado la muerte.

Llamé de nuevo a Lina a decirle que teníamos que volver a vernos. Al otro día regresó a mi despacho con la carpeta y comenzamos a trazar un plan para buscar los archivos que nos dieran pistas, identificar testigos, conseguir registros que dieran cuenta de los hechos previos a su muerte.

Tocayo recuerda esos últimos días: él y Enriqueta habían sido asignados por el director al manejo del kárdex. La oficina todos los días se llenaba de desesperados que les pedían sus servicios. La fila era tan grande que había que entregar fichas de turno de atención para varios días.

Enriqueta llamaba constantemente a Clara Inés. Lo único que le pedía era que le trajera rollos de cinta para la máquina Olivetti, papel blanco y de carbón, borradores y tintas. Según Tocayo, en sus varias entradas a prisión, Enrique consiguió la libertad a más de mil presos. Perdía la paciencia cuando no llegaba su pedido; en ocasiones pasaban días enteros sin hacer los memoriales y los presos le reclamaban sin comprender.

La cárcel era un verdadero infierno. Algunas personas dormían abrazadas en el suelo, otras esperaban paradas haciendo el turno de no dormir, soportando los olores humanos, los llantos de dolor moral, la desmoralización de la injusticia de muchos que estaban allí por su calidad de sospechosos por el Estatuto de Seguridad.

En los patios, en cambio, se pasaban los mejores momentos del día; eran una especie de pequeños congresos ideológicos, de muchas personas intelectuales, buenas conversadoras, argumentativas. Para Tocayo fue su iniciación en la política y para Enriqueta, el escenario que toda su vida esperó: el reconocimiento público de su inteligencia; los aplausos que se multiplicaban cada día, el ambiente de protesta que gestaban sus palabras y su elocuencia cuando se paraba en un muro que hacía de tarima, con las manos en la cintura a alentar los reclamos. Para muchos era alguien que querían imitar, un líder que comenzaba a fabricar la protesta más grande que entonces habían conocido las cárceles de Colombia y cuyo incendio puso en aprietos los fundamentos mismos del sistema.

Las capturas masivas profundizaban el hacinamiento; los últimos furgones que traían más detenidos fueron recibidos a piedra y comenzó a organizarse un diálogo entre patios con la complicidad de varios guardianes indignados por el estado de las cosas. Allí no se resocializaba nadie, allí se iba a aprender cuán bajo puede caer la condición humana. Las primeras barricadas se instalaron para impedir el ingreso de nuevos presos. Las cárceles del país contabilizaban 300 y 400% de hacinamiento, y en ese ambiente tan turbio surgió la claridad de Enrique para conducir el sentimiento de miles de personas quebradas por la injusticia. La mesa la comandaba él y, a su lado, un colega estafador que llevaba varios años purgando una condena. A su derecha, un guerrillero que había sido capturado meses antes y juzgado en un Consejo Verbal de Guerra a pagar una pena de 27 años por el delito de rebelión.

La noticia de la protesta se diseminó en todas las cárceles del país, y lo que había comenzado como una escaramuza desembocó en la toma de

guardianes como rehenes, en el incendio del patio quinto y en una explosión generalizada, tan grande que, en esos tiempos de estado de sitio permanente, tuvo algún eco en los medios de comunicación.

La familia miraba por la televisión en blanco y negro la humareda que salía, los presos empuñando palos en los techos, la policía lanzando gases y disparando. Por la prensa salió la foto de Enriqueta, señalado de ser el líder, la foto con camisa blanca y traje gris, sus ojos mirando hacia arriba, penetrantes.

Pocos días después se supo de su muerte. Se produjo un momento de indignación tal, que se incendiaron todos los patios, como en un microbogotazo. Los otros dos líderes desaparecieron, y cuenta Tocayo que no se sabe cuánta gente murió ese día. El cuerpo de Enrique se había salvado de ir a parar a una fosa común como tantos otros que cayeron en las cifras de desaparecidos de esa época. Enrique fue rescatado por Clara Inés, que pudo darle una cristiana sepultura.

Las niñas tenían 14 y 15 años y desde ese momento se instaló el silencio en sus vidas. Nadie hablaba de su papá; entre ellas incluso, con el paso de los años, se convirtió en un tema prohibido. Nunca supieron qué pasó, ni Tocayo lo supo.

Lina recuerda que comenzó a buscar un abogado defensor de derechos humanos, un día que visitó la tumba de su padre; lo hacía a hurtadillas sin que nadie se diera cuenta, desde hacía muchos años. Después supo que sus hermanas hacían lo mismo. Ese día, mientras estaba arrodillada limpiando la lápida, y cambiando el agua para las flores, un ventarrón que no quiso irse rápido fue una señal de Enriqueta y, en el sueño de esa noche, la figura de su padre en el parque, dando círculos con ella en el aire, que mirándola le dijo: “Investiga por qué me mataron”.

Pero los archivos quedaron enterrados en sucesivos incendios; o inundados en sucesivos aguaceros. La búsqueda de la verdad que siguió fue poco a poco convirtiéndose en resignación. Sin embargo, esa señal que dio a su hija ese día rescató a Enrique Jaimes del olvido.

Al final el reconocimiento de su trabajo por la libertad de los presos es el relato que queda en las futuras generaciones de su familia. Y para las tres hermanas, la certeza de que ninguna búsqueda de la memoria es en vano.

---

**Sergio Roldán.** Nació en Cali, en 1965. Es abogado independiente, defensor de derechos humanos, escritor y bloguero. Autor de varias publicaciones especializadas en materia de

derecho agrario y restitución de tierras a los desplazados. Fue director de la revista *La Defensa*, sobre defensa de los derechos de personas privadas de la libertad.

# Desde estos ojos

Karol Ramírez Betancur

Luces rojas y naranjas pasaban frente a mi ventana. Subí al mueble de la sala para ver mejor el espectáculo, y lo único que se le ocurrió a papá fue tomarme del pelo y bajarme bruscamente del mueble, para luego explicar que esas luces tan bonitas eran balas. Eran las cinco de la tarde. Una señora tocó desesperadamente la puerta buscando refugio. Por el patio entraron a la casa mi abuela y mi tía Gladis con Manuel en brazos. Miré la ventana y debajo de ella estaba un soldado acostado tirando luces desde allí, hacia la montaña. En la esquina, en la escuela Boyacá, había otro hombre en las mismas condiciones. Manu lloraba y debían hacerle un tetero. Mamá, que parecía estar más calmada que mi tía, en realidad no pudo prender la estufa; tuve que hacerlo yo, que de verdad no tenía miedo: a esa edad confiaba en un batallón de ángeles. Cuando pasó el ruido, nos sentamos en la sala a esperar a que alguien venciera. Cerca de las nueve de la noche, la señora, preocupada por su hija, decidió ir a buscarla. Mi hermana y yo salimos curiosas; encontramos los restos de las luces pero al tomarlas, papá alborotado nos regañó, decía que por esas cosas nos podían matar.

Desde los ojos de un militante —no pude saber de qué bando—, vi en Youtube la misma escena en octubre del año pasado. Pálida, retrocedí años atrás y me enteré de que había estado en ese lugar, el lugar de muchas personas. El lugar desde el que veo ahora lo había estado borrando y no me daba cuenta de llevarlo en el lomo. Odio las noticias y los relatos de víctimas en la guerra de mi país. Como terapia —dirían los junguianos— para entender y poder ver diferente, le doy la cara al pasado recordando cómo o dónde estaba mientras las luces pasaban y las alarmas gritaban;

preguntándole a mi familia y amigos cómo les tocó a ellos. Desde el día que vi el video no he parado de recordar, poner fechas y preguntar.

Pensilvania, Caldas, es el origen de todas las cosas, de todos los verdes posibles. Es el origen del agua y el amor. Puedo decir que, para contar nuestra historia, los pensilvenses hablamos de mitos, de fábricas de agua, montañas y palabras que sólo allí tienen sentido; no se suele hablar de la guerra que fue —si acaso se continúa disimulando—. Esos días, presentes desde que nací, los guardamos en silencio; pero todos los vivimos, todos los vimos. Con estos ojos.

El negro “Cucarrón” y su mamá llegaron al pueblo cuando yo tenía cinco años. Me encantó cuando lo vi. Recuerdo que en la esquina de mi casa yo vestía el traje largo con el que quedé de virreina en el jardín y pensé que ese negrito reconocería mi condición de realeza. Él nunca me dijo nada; yo solo lo miraba, lela, jugar. Tan fuerte; tan negrito; tan raro. Con los amiguitos de su edad jugaban a la guerrilla. Él ponía las condiciones: sólo niños. Vivía a una cuadra de mi casa por la misma calle, en una casa pequeña y su interior era visible desde fuera. Curiosa, no me explicaba cómo vivían allí y siempre pasaba mirando detenidamente más detalles. El negro me gustó hasta que un día se robó a Paquita, la mascota de mis primas. Alirio, el papá de Jimena y Diana, recuperó su animal después de tres días de búsqueda, con un poco de miedo, porque “Cucarrón” y su mamá eran como raros.

En algún diciembre, estábamos en la finca de la tía Gloria cuando llegó la noticia de que habían matado al negro “Cucarrón” y a su mamá crespita, frente al banco. Recordé el gusto que le tuve a ese niño y sentí un leve despecho en ese momento.

—Los mataron porque eran guerrilleros.

Por fin alguien se dignó a decir en voz alta el misterio del negro, misterio que sólo conocí hasta ese día. Esa muerte dolió; me enojé. Pregunté mil cosas con la imagen de mi vestido de reina.

Mis abuelos me llevaban a Bogotá cuando la carretera era un camino de piedra y el miedo andaba lejos. Recuerdo las navidades en su casa gigante, al lado de primos y amigos con quienes jugaba. La mesa de la sala solía estar llena de licores y mucha comida. Mi abuela Berta en la cocina muerta de la risa y mi abuelo Horacio cantando canciones de nuestros ídolos Alci Acosta y el Caballero Gaucho. Estas épocas cambiaron, no me



había preguntado por qué. Ya no viajaba con mis abuelos; las navidades se tornaron tristes y descubrí que el niño dios son los papás.

Pensilvania tiene solo una salida a la ciudad. Era común oír hablar de “los retenes guerrilleros”, las “pescas milagrosas” o cuidado “le queman el carro”. La sirena del pueblo gritaba con frecuencia y los heridos en combate entraban en cualquier vehículo. Los niños como yo silenciábamos el juego tratando de escuchar las cosas que hablaban los adultos. Tengo presente el morbo que nos producían las noticias calientes, en un pueblo donde todos sabemos algo de todos. El dolor del otro es un dolorcito para todos.

Don Gilberto, el abuelo de mis primas Jimena y Diana, era tan grande que es imposible evitar el “Don” con mayúscula cuando se habla de él. Vivía en Pensilvania con su esposa Yolanda y tenía una finca en la vereda La Estrella, donde levantó a todos sus hijos varones. Saliendo de allí lo secuestraron junto a un ingeniero de carreteras. Amigos y familia nos reunimos esa noche en la casa de Don Gilberto. Esta vez recité el rosario sin distracciones. La luz era débil, las ropas oscuras y los rostros amarillos. Caía una tempestad de malas noticias porque se anunciaba la importación del café a nuestro país. A todos les angustiaba la salud de Don Gilberto en la montaña con esos extraños y el diluvio. Él tenía setenta y seis años y sufría las consecuencias de la edad; no podía caminar, ni estar parado mucho tiempo, entonces decidió no ceder ante la presión y tuvieron que arrastrarlo montaña arriba, hasta que secuestraron una mula, y se la llevaron a Don Señor. En una escuela abandonada, una mujer guerrillera los vigilaba. Para ese momento sus hijos discutían un posible rescate y las consecuencias. Alirio, quien supuestamente había dejado el cigarrillo, desde entonces no dejó de fumar. En la mañana, Jimena me contó que al viejo una bala le alcanzó a rozar la cabeza durante el rescate, pero se salvó. A su compañero de cautiverio lo mató la mujer que los vigilaba. Un escuadrón del ejército rescató a Don Gilberto y de inmediato lo llevaron a recuperarse a Bogotá. Jimena y Diana viajaron por primera vez a la capital junto al resto de su familia paterna, para estar junto al abuelo.

Asombrada por la hazaña, pero sin miedo, esperé a papá. Él y sus compañeros de trabajo habían programado una cita con el frente 47 de las Farc, que días antes habían robado dos volquetas en las que llevaban madera a la ciudad. Se reunieron en Pueblo Nuevo, corregimiento de Pensilvania. Fueron dispuestos a rogarles, porque de esta actividad viven muchas personas. Mi héroe llegó desilusionado. En sus palabras, ese *man*

no lo tramó. Sintió un tono de burla por parte del comandante, quien a todas sus preguntas respondía “sí” con ironía. Quince días después de la entrevista con estos personajes, se sintieron explosiones a las dos de la mañana. Por el patio entraron a la casa mi abuela y mi tía Gladis con Manuel en brazos —porque la habitación de mis papas parecía una cueva segura, un búnker—. Nos sentamos en el piso alterados sin saber hacia dónde apuntaban esta vez. Jimena siempre ha sido nerviosa, y mucho más después del secuestro de su abuelito. Esa noche, recuerdo a mi prima morada, fría del pavor con la mirada perdida del pánico. Mi tía la abrazaba para que se calentara mientras se tambaleaba de atrás hacia adelante sin parar. Ella sufría un ataque de nervios y yo un ataque de risa nerviosa que no podía contener. Alguien llamó para contarnos que los guerrilleros quemaron el aserrío donde trabajaba papá.

El cementerio de “Pensil” tiene forma de ataúd si se ve desde una montaña alta. En su parte más angosta hay un camino escoltado por pinos que conduce a un kiosco de techo rojo, sellado en bloque. Este solo tiene una ventanita diminuta cubierta por un vidrio grueso, pero se puede ver hacia adentro. Mis amigos me levantaron para poder ver el montón de bolsas negras. Me contaron, como si contaran un cuento, que “allí tiraban a las personas muertas que no reclamaba nadie, que la guerrillera que habían traído muerta la vez pasada la tuvieron que poner ahí, como N.N.”. Ese día me enteré de que ese es el nombre de los sin nombre. Pensé en esa mujer y miré entre todas las bolsas para ver cuál se veía más nueva; cuál podría ser ella. La imaginé alta, de pelo largo alborotado por la montaña. En ese tiempo pensaba que hasta Karina —que supuestamente jugaba fútbol con cabezas— debía tener un amor, una mamá o un hijo. Le dediqué una oración al alma de esa mujer. A esa parte del ser no se le llama N.N.

Se dice que Pensilvania era un territorio estratégico para la guerrilla. Sólo estaban asentados en corregimientos, veredas, montañas y deseaban poseer la zona urbana. También se dice que gracias a las bendiciones del padre Daniel María López la zona urbana les quedó grande. No pasó lo mismo con Arboleda, que fue destruido por la guerrilla en la toma del año 2000. Entraron quinientos guerrilleros a acabar con todo. Allá estuvo Karina dando luces de muerte y, por haber estado ahí, hoy paga su controvertida pena. A ella le cuestionan no haber reconocido la incapacidad de este caserío para defenderse, con veintisiete policías. Murieron trece de ellos y tres habitantes del caserío que no alcanzaron a ocultarse de las luces.

Al Estado lo denuncian porque los refuerzos llegaron cuando ya no había nada. Se dice que el padre Daniel María le negó la bendición a este corregimiento, y de ahí su desgracia.

Hoy, leyendo las entrevistas a Karina, la leyenda, me doy cuenta de que sí. Ella tiene mamá, tiene un amor y tiene una hija.

Odié todos los uniformes: policías, paras, guerrilleros. Soldados: los que abusaban y molestaban a las niñas con piropos horrendos. Todos parados en las calles sacando pecho como si fueran los dueños de cualquier cosa. Uno me persiguió toda una tarde. Cuando llegué a mi casa, al abrir la puerta, el uniformado me acorraló en el mueble más cercano. Tocó mis senos y mi vagina, y salió corriendo mientras yo le gritaba un rosario de groserías. Se perdió en la otra cuadra. No le conté a papá por temor.

Para esta época Pensilvania era más fría y se hablaba de demonios. Garavito, la bestia, amenazaba la existencia de los niños. Se vivía un miedo extraño porque en realidad estaban pasando cosas terribles. Las personas con personalidades diferentes o desordenadas iban saliendo despavoridas del pueblo o las encontraban sin vida o desaparecían. Mi hermana y yo teníamos prohibido salir a pedir dulces en Halloween; no podíamos estar más allá de las ocho de la noche en la calle, y en diciembre no rezábamos las novenas en las casas de los amiguitos como todos los niños. La gente ya no moría en el monte. No. Moría al frente de su casa; en frente de sus hijos; al frente del banco; en la plaza, o simplemente desaparecían. Como la hermana de Manuel. El año pasado en el periódico del departamento salió la foto de mi amigo recibiendo los restos de su hermana en Pereira, ocho años después de su desaparición.

Pueblo Nuevo es un corregimiento de Pensilvania, a cuatro horas de la zona urbana. La temperatura allí es cálida, el río cesposo y bravo, la vegetación verde y alegre. Llegar allí desde Pensilvania es considerado un deporte extremo. Se viaja en escalera —chiva— y en ocasiones la distancia entre la llanta y la orilla del camino solo la sabe el conductor. Se siente vértigo pensar que viajamos en el aire guiados a una montaña gigante, mirando el abismo sin fin. Pueblo Nuevo fue una de las zonas del municipio más golpeadas por la guerra. Cuando lo conocí, la mayoría de las casas estaban abandonadas. Quedaba poca gente; muy buena gente. Una piscina sin agua, una estación de radio sin voz, mucha calma, mucho silencio, sólo el alboroto de nuestra visita.

Recordé, con Yane, la muerte de su hermano. Él trabajaba en Pueblo Nuevo como policía. En un enfrentamiento con la guerrilla, lo alcanzó la explosión de una granada. A ella le dolía esa muerte como ninguna. Su hermano mayor había sido su padre y consejero; su héroe. Ella dice que la vida sabe cómo lleva las cosas y explica que si este hombre no hubiera muerto, su familia no habría heredado la pensión y otra sería la historia del resto de los once hermanos con su madre.

Una noche con Manuel y Juan Guillermo en Pensilvania, recordábamos esos años, por los que ahora mis amigos reciben el plan de reparación de víctimas que brinda el Estado. Manuel hablaba indignado de la muerte de su hermana y yo les conté algunas cosas que recordaba. A todo esto Juan me respondió: Karito, a usted no le tocó nada. Yo me vi muerto.

Sí, en verdad, no viví nada de esta guerra porque, como diría Julio Daniel Chaparro, “miraba esta película pasar desde mi ventana”, la misma que han visto mis padres. Y los padres de mis padres.

---

**Karol Ramírez Betancur.** Nació en Pensilvania (Caldas), hace 24 años y hace siete años reside en Bogotá. Es comunicadora social y periodista y actualmente dedica parte de su tiempo a la investigación y creación de libros para niños.

# TALLER DE NOVELA

Director: Pedro Badrán

## Entrevista

Pedro Badrán obtuvo el Premio Nacional de Novela Breve con *El día de la mudanza* (2000). Ha publicado además *La pasión de Policarpa* (2010), *Lecciones de vértigo* (1994) y *Un cadáver en la mesa es mala educación* (2006). Entre sus libros de cuentos están *El lugar difícil* (1985), *Simulacros de amor* (1996), *Hotel Bellavista y otros cuentos del mar* (2002) y *Manual de Superación personal y otros cuentos* (2011). Es autor además del relato para jóvenes *Todos los futbolistas van al cielo* (2002). Badrán tiene una visión propia de la escritura creativa y su práctica, en la que el rigor y la constancia son requisitos esenciales para iniciarse en una aprendizaje, que, como bien lo dice, “dura toda la vida”.

### ¿Se puede enseñar a escribir?

No, no se puede enseñar a escribir. De hecho, a la pregunta que usted me hace es mejor darle la vuelta y formularla de la siguiente manera: ¿se puede aprender a escribir? En este caso, obvio, la respuesta es afirmativa, pero ese aprendizaje dura toda la vida. Un taller de novela no enseña a escribir pero sí puede revelar y ejercitar técnicas y secretos que son fundamentales en el oficio. En mi taller de novela trato de enseñar a leer, una condición necesaria para aprender a escribir. Leer tampoco es sencillo. Goethe decía que llevaba ochenta años aprendiendo a leer y no creía haberlo logrado del todo. Siempre he dicho que la gente en Colombia no sabe leer.

### ¿Qué es lo bueno, lo malo y lo feo de un taller de novela?

Lo bueno es que yo lo disfruto, los libros que se leen y releen, la información que circula, la fiebre que surge. Compruebo, a veces con inquietante placer, que la vida

“En mi taller de novela trato de enseñar a leer, una condición necesaria para

de muchos jóvenes cambia de manera definitiva por el poder de la literatura. Para bien y para mal, hay que aclarar. (La literatura es una cosa seria, dijo Sábato cuando supo que algún lector de *El Túnel* se había suicidado.) Lo malo es que el tiempo no alcanza para escribir una novela

y aún después de concluido el taller, meses después, los talleristas siguen llamándome para que yo les lea la novela y la comentemos. A veces no tengo tiempo, pero aun así consagro un fin de semana a leer novelas que casi nunca están acabadas. Me tomo una cerveza con ellos y hablamos toda una tarde de literatura. Compruebo que algunos talleristas escriben varias novelas al tiempo y las acaban, obviamente, con desiguales resultados. Lo feo es comprobar la triste existencia de los profesionales del taller que han asistido a todos los talleres posibles, incluso a maestrías y especializaciones, y jamás serán capaces de escribir una buena página porque están corrompidos por las normas. Se pierde mucho tiempo con ellos.

aprender a escribir. Leer tampoco es sencillo. Goethe decía que llevaba ochenta años aprendiendo a leer y no creía haberlo logrado del todo.”

### ¿Qué metodología utiliza para enseñar?

Yo no enseño, algunas personas aprenden. Lo ideal es que cada quien descubra su voz, su pequeña voz, como decía Doris Lessing. Ese es el objetivo.

### ¿Pero qué temas se manejan en el taller?

Digamos que los alumnos descubren las estructuras de la novela, cómo se arman, qué recursos emplea un autor para sostener el interés o construir un personaje. Luego discutimos mucho sobre los diversos puntos de vista, la focalización y la voz narrativa, los cambios de perspectiva, la posición del narrador. Esto lo hacemos con textos de Vargas Llosa, Rubem Fonseca, Juan Rulfo, James Joyce, William Faulkner, Virginia Woolf, entre otros autores. Por supuesto, estudiamos y ejercitamos el monólogo, la corriente de conciencia, las formas del diálogo, la presentación de personajes, los

índices narrativos y suscribimos un viejo aserto: “el arte de la narración empieza cuando la acción se detiene”. A veces se hacen ejercicios de imitación, modelado, copia y hasta plagio de algunas líneas. Por último nos metemos en la novela más reciente y leemos autores como Orhan Pamuk, Junot Díaz, Evelio Rosero, J. M. Coetzee y quizás algo de David Foster Wallace.

¿Cuáles son para usted las lecturas  
imprescindibles para quien quiere  
escribir novela?

Todo escritor elige o es elegido (también condenado) por una serie de complicidades literarias que determinan sus temas, sus técnicas y sus búsquedas. Todo escritor siente afinidad por algún maestro y aversión por otro. Pero en mis clases, además de los textos que trabajamos, yo recomiendo leer mucha poesía, sobre todo el Siglo de Oro español y los trágicos griegos. Ahora, si quisiéramos hacer una lista de autores imprescindibles, nunca acabaríamos. Por otra parte, para un joven escritor es importante trabajar en un periódico, escribir crónicas y reportajes, ir a cine, trotar, viajar o quedarse en casa leyendo. Y no olvidarse de la música.

¿Hay unos temas recurrentes?  
¿Cree que se debe al territorio,  
a la época o *un poco a ambos*?

Borges decía que los temas en literatura son los mismos: un amor, un viaje, una guerra, una muerte, la expulsión de un paraíso, una venganza, etc. A mí me interesa descubrir cómo se reformulan viejos mitos, viejos temas, en nuevas novelas o incluso en nuevas formas narrativas. La época y el territorio seguramente influyen, también el cambio climático.

¿Existe algo así como “las claves de una buena novela” o algo que se le aproxime? ¿Cuáles serían?

Para mí, la clave de una buena novela es su necesaria vecindad con la Poesía y el Mito, con mayúsculas. Y esto hay que entenderlo en un sentido profundo. Lo otro puede ser el contenido particular de un taller.



¿Qué relación mantiene la novela con el cuento? ¿Qué los acerca y qué los distancia y diferencia?

Estas preguntas son demasiado académicas y están preñadas de cierta concepción de los géneros que hoy en día ya no es posible sostener. Eso es pasto de profesores. Sólo en apariencia, mediante recursos tipográficos, los géneros existen. Para mí todo nace y renace en la poesía, tierra profunda de la literatura. Ningún novelista puede perder de vista el horizonte poético.

¿Qué le ha aportado a su proceso de escritura el dar el taller?

Me obliga a releer varios autores pero también a entender nuevas sensibilidades. Yo soy el que más aprendo con mis estudiantes.

¿Hacia dónde cree que deberían evolucionar este tipo de talleres?

Creo que los tiempos son un poco cortos, sobre todo en el caso del taller de novela. Tal vez un segundo nivel podría ayudar a concluir ciertos procesos.

Ahora bien, un joven escritor puede asistir a uno o dos talleres pero no puede pasarse la vida en eso. La literatura siempre será un trabajo solitario. Pero en los talleres se hacen amigos y se forman muy buenos lectores, lo cual no es poca cosa. Algunos siguen escribiendo.

# Directores de taller

## 1 Usaquén

### **Andrea Salgado**

Comunicadora social y periodista de la Universidad Sergio Arboleda, Maestra en Bellas Artes (MFA) en Creación Literaria de Universidad de Texas en El Paso. Escritora, periodista y docente en creación literaria: enseña narrativa de ficción y no ficción en la Universidad de la Sabana, la Universidad Central y la Universidad de El Rosario. Es también una de las profesoras del TEUC (Taller de Escritores de la Universidad Central). Su libro de crónicas *La lectora de lágrimas* recibió mención por calidad literaria en el testimonio autobiográfico en el Concurso Nacional de Crónica Ciudad de Bogotá 2010.

## 2 Chapinero

### **Andrés Ospina**

Escritor y realizador de radio bogotano. Ha sido coordinador y presentador de programas radiales durante más de 10 años, y la mayor parte de esta carrera ha sido desarrollada en las emisoras Radio Nacional de Colombia, Radiodifusora Nacional - 99.1 y Radiónica. Ha sido promotor de diversas iniciativas alrededor de la historia y patrimonio de su ciudad, tales como el blog El Blogotazo, en la versión digital del periódico *El Tiempo*, y el sitio web *Museo Vintage*. Es autor, entre otros, de los libros *Bogotá Retroactiva*, *El Silbón* y *Bogotálogo: usos, desusos y abusos del español hablado en Bogotá*. Sus textos han aparecido en publicaciones como *El Tiempo*, *Esquire*, *Rolling Stone*, *Semana*, *Publmetro*, *Cartel Urbano*, *Cambio*, *SoHo* y *Caras. Ximénez*, su primera novela, fue presentada en la edición 2013 de la Feria Internacional del Libro de Bogotá.

## 3 Santa Fe

### **Miguel Ángel Manrique**

Soy un zombiólogo aficionado al que le gusta el zumo de zanahoria en las mañanas. Escribo cuentos y novelas, soy profesor de escritura en la universidad más pública de las privadas, coordino el taller de novela corta del Fondo de Cultura Económica, asesoro en escritura a un grupo de investigación en formación para el trabajo, soy un feliz padre de familia, leo a Kafka, Stephen King y Dan Fante, la poesía de Pessoa, Idea Vilariño y Frank Báez, me gustan los cómics y las películas de George Romero. Gané el Premio Nacional de Novela 2008 del Ministerio de Cultura de Colombia con *Disturbio*. También soy autor de *Carlos Fuentes: una lección del tiempo y la circunstancia*, *La mirada enferma*, *El Quijote de Shakespeare*, *Sobre la escritura*, *San Mateo y el ángel* y *Ellas se están comiendo al gato*.

## 4 San Cristóbal

### **Nahum Montt**

Con *El Eskimal y la Mariposa* obtuvo el Premio Nacional de Novela Ciudad de Bogotá en el 2004, posteriormente editada por Alfaguara y considerada como una “radiografía visceral y poética de la violencia colombiana de los años ochenta y noventa del siglo XX”. Es autor de *Versado en desdichas*, biografía novelada de Miguel de Cervantes Saavedra, además de cuentos, ensayos y crónicas. En *Lara* reconstruye con ritmo vertiginoso, propio de la novela negra, los últimos días del ministro de Justicia Rodrigo Lara Bonilla, asesinado por las mafias del narcotráfico en 1984. Ha sido coordinador general de RENATA, Red Nacional de Talleres de Escritura Creativa (programa del Ministerio de Cultura con más 40 talleres en toda Colombia) y director del taller de novela Ciudad de Bogotá, uno de los más importantes semilleros de narradores en el país.

## 5 Usme

**José Celas**

Escritor, periodista cultural y cronista urbano, nacido en Bucaramanga. Director de la revista *Página 13. Prensa libre de nuestramerika*. Viajero y trashumante en la acción comunitaria y educativa por Chile y Venezuela. Combina la academia con los saberes populares, la literatura con el diálogo activo, las letras de molde con la voz presente, la permanencia con la itinerancia. Actualmente escribe la novela bogotana *Las cuentas de Fernanda*.

## 6 Tunjuelito

**Blanca Cecilia Pineda**

Ha publicado 13 obras literarias entre crónica, poesía y cuento, entre estas *Historias en sepia y negro*, *Ciudad Bolívar territorio de Vida* y *Crónicas de Ciudad Bolívar* (ganadora concurso Bogotá). Como escritora, ha sido invitada a México, Argentina y Chile.

## 7 Bosa

**Sonia Truque Vélez**

En 1993 obtuvo la Beca Colcultura de Ensayo, con la investigación “Almacén de los niños. Historia de la literatura para niños en Colombia”. Coautora de *Los Samper Un libro abierto*. Trabajó en el apoyo documental para los Cuadernillos de Poesía de Panamericana Editorial. Antóloga y comentarista de libros. Ha publicado los libros de cuentos: *La otra ventana*, *Historias anómalas* y *Los perros prefieren el sol y otros cuentos*. En la colección Viernes de Poesía del Departamento de Literatura de la Universidad Nacional publicó poemas con el título de “Bordes”. Desde 1990 dirige el taller Cómo Escribir un Cuento, dirigido a particulares y entidades como el Banco de la República.

## 8 Kennedy

**José Pérez Franco**

Realizador integral (guión, dirección y montaje) de cine y televisión, con amplia experiencia como productor de documentales, videos institucionales, programas de ficción y videos comunitarios. Comunicador Social-Periodista, con ejercicio como Comunicador Organizacional y Comunitario. Diecisiete años de trayectoria como docente universitario en programas de cine y televisión y como comunicador-periodista en áreas de redacción, guión, dramaturgia y creación narrativa. Así mismo libretista, ensayista y cuentista, además de investigador del relato de horror.

## 9 Fontibón

### **Luisa Fernanda Espina**

Estudió Literatura en la Universidad de Los Andes. Desde 2004 ha dirigido talleres de creación y apreciación literaria para niños, jóvenes y adultos para la Casa de Poesía Silva y el programa Jóvenes Tejedores de Sociedad. Ha trabajado también como editora y correctora de estilo de publicaciones de editoriales como Siglo del Hombre, Luna Libros, Fondo de Cultura Económica y Norma, y de instituciones como la Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte, la Facultad de Artes de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas y la Embajada de Francia en Colombia. En 2005 colaboró en la escritura de la serie de libros de texto *Metáfora*, de Editorial Norma.

## 10 Engativá

### **Jaime García Pulido**

Escritor y periodista bogotano. Finalista del Premio Juan Rulfo en París y del Premio Casa de Las Américas en Cuba, con *Libro sin título por descuido del autor*. Se formó consecutivamente en tres talleres de literatura, los de las universidades Javeriana y Central de Bogotá y el de la Universidad de California, Berkeley. Ganó el Premio de Crónica Ciudad de Bogotá del Instituto Distrital de las Artes IDARTES en el año 2012 con “Libros al piso”.

## 11 Suba

### **Juan Camilo Biermann**

Historiador de la Universidad Nacional. Tiene experiencia docente en las áreas de historia, música y creación literaria, en el ámbito escolar y universitario. Por sus escritos ha recibido reconocimientos tales como el VII Premio Nacional Universitario de Cuento Corto (2002) y ha sido finalista de concursos como el Premio Ciudad de Bogotá, el Premio de Cuento Hucha de Oro y el Premio de Cuento Sin Rastro, entre otros.

## 12 Barrios Unidos

### **Claudia Niño**

Escritora, artista plástica y orfebre. En el 2007 hizo parte del Taller de Narrativa R. H. Moreno Durán y en el 2008 del Taller de Cuento Ciudad de Bogotá. Ha publicado “Casa abandonada” y “Alguien fuma” en *Cenizas en el andén. Cuentos de la ciudad* (Asterión Ediciones, 2009); “Artefacto” en *Pisadas en la niebla. Antología de nuevos cuentistas* (Editorial Común Presencia, 2010). Fue seleccionada para la *Antología de talleres literarios* del Ministerio de Cultura Colombia (Tragaluz Editores, 2011).

## 13 Teusaquillo

### **Óscar Godoy Barbosa**

Comunicador social-periodista de la Universidad Externado de Colombia, con Diploma de Segundo Ciclo en Estudios de América Latina, con énfasis en Literatura, de la Universidad Sorbona III (París) y una Maestría en Escrituras Creativas en la Universidad de Texas en El Paso (UTEP). Profesor del Taller de Escritores de la Universidad Central (TEUC) y de los programas de Creación Literaria de esa misma casa de estudios desde 2008. Ganador del Concurso Nacional de Novela Aniversario Ciudad de Pereira (1999), con la novela *Duelo de miradas*, del Concurso Nacional de Cuento para Trabajadores (1998), con el relato “Mis jueves sin ti”, y segundo premio en el Concurso Nacional de Cuento Bogotá Capital Mundial del Libro 2008, con el relato “Susana y el sol”. Ha publicado las

novelas *Duelo de miradas* y *El arreglo*, y sus cuentos han sido publicados en diversas antologías y revistas literarias.

## 14 Los Mártires

**Rafael Cely**

Profesional en Estudios Literarios de la Universidad Nacional de Colombia. Coordinador del Colectivo El Errante Insaciable y del Club de Lectura y Escritura de Mártires. Editor de las antologías *Escrituras Insaciables I* (2013) y *Caminos y silencios de Mártires* (2013). Autor de ensayos, reseñas, poemas y relatos, publicados en diversas antologías y blogs literarios.

## 15 Antonio Nariño

**Alejandro Martínez**

Ganador del IV Concurso Nacional de Cuento de RCN y el Ministerio de Educación Nacional (2010). Ganador del Concurso “El cuento más corto” organizado por *El Tiempo* y Twitter (2010). Integrante del grupo de redacción de la revista *Ex-Libris* (publicación de la Cámara Colombiana del Libro para la Feria Internacional del Libro de Bogotá). Ganador del Premio Funzipa 2011 en la categoría Zipaquireño del Año por la labor realizada en el área de literatura. Ha publicado cuentos en la revista *Ex-Libris* y en la antología *Colombia Cuenta 2010*.

**Diego Valbuena**

Licenciado en Humanidades y Lengua Castellana de la Universidad Distrital (Bogotá). Finalista en el II Concurso Literario Umpalá (2005). Ganador del concurso Bogotá: Historias Paralelas (2008), proyecto ganador de Bogotá Capital Mundial del Libro. Ha publicado cuentos en las revistas literarias *Gavia* (Universidad Distrital), *RILTTAURA* (Universidad Nacional), *El Puñal* (Chile), *Ex-Libris* (Feria Internacional del Libro Bogotá 2011) y *Palabrero Virtual* (Colombia). Fue publicado en la antología de cuento urbano *Cenizas en el andén* (2009) y *Letras capitales* (Común Presencia, 2010).

## 16 Puente Aranda

**Miguel Ángel Pulido Jaramillo**

Escritor y dramaturgo. Ha publicado la novela *El Piso 46*, el poemario interdisciplinar *Huellas, evocaciones y encuentros en el corazón del matadero distrital* y el libro de Cuentos *El Dado y La Piedra*. Ganador de nueve premios en literatura a nivel local y distrital en los que se destaca *La expedición Bicentenario: Gritos que cambiaron la historia* y el Premio de Artículos Sobre Patrimonio. Además, ha dirigido talleres de literatura, desde el año 2004, en la Biblioteca Virgilio Barco, en Fundaset, en la Escuela de Artes Interdisciplinarias de La Candelaria y en el ICBF entre otros.

## 17 La Candelaria

**Jesús Antonio Álvarez Flórez**

Magíster en Literatura de la Universidad de los Andes. Primer lugar en el primer concurso regional de cuento “Érase una vez Casabe”, en Yondó (Antioquia), en 2008; primer lugar en el segundo concurso internacional de cuento breve “Tu cuento vale”, en Barcelona (España), en 2009; primer lugar en el primer concurso nacional de cuento organizado por el Ministerio de Cultura y la Red Nacional de Talleres Literarios RELATA, en Bogotá, en 2010; primer lugar en el XXII concurso de

relato breve Pedro de Atarrabia, en Navarra (España), en 2010; ganador del primer concurso hispanoamericano de cuento organizado por la Latin Heritage Foundation, en Washington (Estados Unidos), en 2011, y del sexto concurso nacional de cuento RCN y Ministerio de Educación Nacional (Colombia), en 2012. Sus cuentos han aparecido en las antologías *Demasiado jóvenes para morir* (Ediciones UIS, 2008), *Líneas de sombra* (Ediciones UIS, 2010), *Suenan voces* (Sílaba Editores, 2010), *Antología de cuentos* (Tragaluz, 2011), *Los ojos de la virgen* (Latin Heritage Foundation, 2011), *Ruidos en el techo* (Ediciones UIS, 2012), *Colombia cuenta. Sexto concurso nacional de cuento* (Editorial Delfin, 2013) y *Cuentos de La Cueva por Colombia* (Ediciones La Cueva, 2013). Es autor de *El libro de las ausencias* e *Historias del viejo barrio*.

## 18 Rafael Uribe Uribe

**Nahum Montt** (ver taller San Cristóbal)

## 19 Ciudad Bolívar

**Blanca Cecilia Pineda** (ver taller de Tunjuelito)

## 20 Sumapaz

**Jaime Hernando Martínez Silva**

Egresado de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas de la licenciatura en Lingüística y Literatura y de la especialización en Ciencias de la Educación con énfasis en Psicolingüística. Integrante del grupo de investigación “Comunicación Dialógica y Democracia”, adscrito al Centro de Investigaciones y Desarrollo Científico de la Universidad Distrital. Ha participado en investigaciones sobre democracia, discurso pedagógico y libertad de expresión. Es catedrático de la Universidad Distrital.

## Taller Virtual

**Jairo Andrade**

Premio Nacional de Cuento Jorge Gaitán Durán (2012), primer premio en el concurso de cuento IDCT (Bogotá, 1999), segundo premio en el Concurso Nacional de Cuento Universidad Central (2010) y mención de honor en el concurso de cuento homenaje a Clarice Lispector del Instituto Brasil-Colombia (2011). Ha sido director de talleres y jurado de concursos literarios en diversas universidades, y en el Concurso Nacional de Cuento RCN-Ministerio de Educación desde 2007. Dirige el Taller Virtual de Escritores desde 2009. Ganador de Becas a Antologías de Talleres Literarios del Ministerio de Cultura en 2011.

## TALLERES CIUDAD DE BOGOTÁ

### Taller de Cuento

**Carlos Castillo Quintero**

Cuentista, novelista, poeta y editor. Ha publicado los libros de cuento *Los inmortales* (2000), *Carroñera y otras ficciones perversas* (2007) y *Espiral al Sur y otros relatos de la noche* (2013); las antologías *El placer de la brevedad. Seis escritores de minificción y un dinosaurio sentado* (2005) y *Pisadas en la niebla. Nuevos cuentistas boyacenses* (2010); los poemarios *Piel de recuerdo* (1990),

*Burdelianas* (1994), *Rosa fragmentada* (1995), *Sin el azul del día* (2008) y *Ab imo pectore. Antología personal* (2010). Ganó el premio nacional de cuento convocado por el Ministerio de Cultura y dirigido a Directores de RELATA, años 2011 y 2012; el Premio Nacional de Cuento de la Universidad Central, 2012; el Premio de Poesía CEAB (2007), y el Premio Nacional de Poesía Universidad Metropolitana de Barranquilla (2002), entre otros.

## Taller de Crónica

### **Cristian Valencia**

Escritor y periodista. Sus crónicas han sido publicadas en las revistas *Soho*, *Credencial*, *Gatopardo*, *El Malpensante* y *Cromos*; y en los periódicos *El Tiempo* y *El Espectador*. Actualmente escribe una columna de opinión para el diario *El Tiempo*. La editorial Random House-Mondadori publicó una selección de sus crónicas, bajo el título: *Hay días en que amanezco muerto*. Y Editorial Planeta publicó las novelas *Bitácora del Dragón* y *El rastro de Irene*.

## Taller de Novela

### **Pedro Badrán**

Premio Nacional de Novela Breve con *El día de la mudanza* (2000). Ha publicado además *La pasión de Policarpa* (2010), *Lecciones de vértigo* (1994) y *Un cadáver en la mesa es mala educación* (2006). Entre sus libros de cuentos están *El lugar difícil* (1985), *Simulacros de amor* (1996), *Hotel Bellavista y otros cuentos del mar* (2002) y *Manual de Superación personal y otros cuentos* (2011). Es autor además del relato para jóvenes “Todos los futbolistas van al cielo” (2002).

